

# Carlos Mastrángelo

El guadal  
crucificado



#YoMeQuedoEnCasaLeyendo  
UniRío editora

dar a leer  
COLECCIÓN

UniRío  
editora

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

# *El guadal crucificado*

Carlos Mastrángelo



Universidad Nacional de Río Cuarto  
*Río Cuarto – Córdoba - Argentina*

**Mastrángelo, Carlos**

El guadal crucificado / Carlos Mastrángelo ; prólogo de Pablo Dema. - 1a ed. - Río Cuarto : UniRío Editora, 2017.  
204 p. ; 21 x 17 cm. - (Dar a leer)

ISBN 978-987-688-225-5

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Novela. I. Dema, Pablo, prolog. II. Título.  
CDD A863

**El guadal crucificado**

*Carlos Mastrángelo*

2017 © *UniRío editora*. Universidad Nacional de Río Cuarto  
Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto – Argentina  
Tel.: 54 (358) 467 6309 – Fax.: 54 (358) 468 0280  
editorial@rec.unrc.edu.ar  
www.unrc.edu.ar/unrc/comunicacion/editorial/

Primera edición: *septiembre de 2017*

ISBN 978-987-688-225-5

Tirada: *300 ejemplares*

Ilustración de tapa: *Daniel Marín*

**Colección Dar a leer**

Directores: José di Marco y Pablo Dema



dar a leer  
COLECCION

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**



**Uni.** Tres primeras letras de “Universidad”. Uso popular muy nuestro; la Uni.

Universidad del latín “universitas” (personas dedicadas al ocio del saber), se contextualiza para nosotros en nuestro anclaje territorial y en la concepción de conocimientos y saberes construidos y compartidos socialmente.

**El río.** Celeste y Naranja. El agua y la arena de nuestro Río Cuarto en constante confluencia y devenir.

**La gota.** El acento y el impacto visual: agua en un movimiento de vuelo libre de un “nosotros”.  
Conocimiento que circula y calma la sed.

#### ***Consejo Editorial***

Facultad de Agronomía y Veterinaria  
*Prof. Laura Ugnia y Prof. Mercedes Ibañez*

Facultad de Ciencias Humanas  
*Prof. Pablo Dema*

Facultad de Ciencias Económicas  
*Prof. Ana Vianco y Prof. Gisela Barrionuevo*

Facultad de Ingeniería  
*Prof. Jorge Vicario*

Facultad de Ciencias Exactas, Físico-  
Químicas y Naturales  
*Prof. Sandra Miskoski y Prof. Julio Barros*

Biblioteca Central Juan Filloy  
*Bibl. Claudia Rodríguez y Bibl. Mónica Torreta*

Secretaría Académica  
*Prof. Ana Vogliotti y Prof. José Di Marco*

#### ***Equipo Editorial:***

Secretaría Académica:

*Prof. Ana Vogliotti*

Director:

*Prof. José Di Marco*

Equipo:

*José Luis Ammann, Daila Prado, Ana Carolina Savino  
Maximiliano Brito, Daniel Ferniot*

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

## Entre la realidad y la ideología. Para releer (y polemizar) con *El guadal crucificado*, la última novela de Carlos Mastrángelo

### “Dar a leer” para armar la trama cultural

Miradas en perspectiva, las publicaciones literarias de UniRío son producto de una política de la lectura que da respuesta a dos preguntas: ¿qué importa leer?, ¿cómo se lee mejor? La “Colección Filloy” reafirma el lugar privilegiado de un escritor de culto siempre amenazado por el riesgo de devenir ícono cultural decorativo. La reedición de *Caterva*, *Usaland*, *Balumba*, *Sagesse* y *Urumpta* es una interpelación continua a los lectores viejos y nuevos. Importa, no venerar, sino leer a Juan Filloy, entrar en una relación viva y no exenta de polémica con su obra. La colección “Dar a leer”, que hoy incorpora a Carlos Mastrángelo, aporta elementos para reponer las coordenadas de un sistema literario local al poner en serie los nombres Osvaldo Guevara, Susana Michelotti y Juan Floriani, compañeros de ruta de Filloy pero también sucesores generacionales, emergentes a partir de la década de 1940. Es decir que se trata de leer captando filiaciones, continuidades y rupturas en una tradición; y en esa trama de escritores, instituciones y textos que conforman un espacio cultural al que se busca fortalecer desde la universidad, la figura de Mastrángelo no puede pasarse por alto. De todos los aspectos de su labor multifacética desarrollada entre 1940 y 1980, tal vez la más conocida sea la vinculada al estudio y difusión del cuento argentino; aunque también escribió crítica, ensayos, cuentos y novelas. Y de toda su producción ficcional, acaso la que se encuentra más fuera del foco de atención de los lectores es la novelística, ya que sus dos novelas publicadas<sup>1</sup> hace más de medio siglo no han vuelto a reeditarse y la tercera permanecía inédita hasta ahora.

## Mastrángelo novelista

La segunda novela que Mastrángelo publica en Buenos Aires contiene un texto en donde se mencionan las repercusiones favorables que tuvo *El hombre desconocido* en la capital nacional. Según ese texto preparado por la editorial, Ernesto Sabato, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Gudiño Krämer y Bernardo Verbitsky vertieron comentarios elogiosos sobre la primera novela de Mastrángelo publicada en Editorial Claridad, lo cual permite inferir que el autor era una voz promisoriosa en las letras argentinas de mediados de siglo XX. Recordemos que Claridad, sede de los autores representativos del grupo de Boedo, había propiciado en los años '20 el inicio de la carrera de varios jóvenes mediante la colección "Los nuevos", célebre por haber rechazado el manuscrito de la primera novela de Roberto Arlt y por haber publicado por primera vez a Elías Castelnuovo, Roberto Mariani y Leónidas Barletta, entre otros. Mastrángelo, nacido en 1911, pertenece a la generación posterior a la de estos autores y su novela se publica en Claridad cuando se extinguían los últimos ecos de la polémica entre el vanguardismo supuestamente elitista de los jóvenes ligados al grupo de Florida y el realismo socialista y popular del grupo de Boedo. Esa marca inicial, ese destiempo del Mastrángelo novelista, perdura, y se acrecienta, en sus incursiones novelísticas posteriores. Insistió con él en la segunda novela y no fue mucho más lejos de allí en la tercera. Acaso ese sea uno de los motivos por los cuales quedó inédita *El gadal crucificado* (mecanografiada y corregida por el autor en 1967), cerrando así la producción de novelas, mientras que insistió hasta al final de su carrera con el cuento, género en el que sí pudo buscar alternativas experimentales. En efecto, no sólo estudió y antologó el cuento argentino de "vanguardia"<sup>2</sup> sino que uno de sus libros de cuentos<sup>3</sup> de 1978 salió con el subtítulo *Cuentos para releer y polemizar*, en clara alusión al contexto de discusión en el que se encontraba en ese momento en Río Cuarto.

Una marca de la continuidad de la adhesión a las normas del realismo en las novelas de Mastrángelo se percibe en la precisa notación espacio-temporal. Las tres novelas transcurren en años sucesivos y están ubicadas en espacios relati-



vamente similares: el sur de la provincia de Córdoba, Río Cuarto, pueblos de esta región que todavía existen y otras pequeñas localidades imaginarias -Agua Amarga, Los pajonales, La Lechuza Muerta o Cielo Azul- que tienen características análogas a los otros pueblos reales. Para los personajes que viven en estas pequeñas y medianas localidades la capital federal es el polo opuesto, real y simbólico, que los atraerá con la promesa de permitirles crecer y transformarse.

Con respecto a la continuidad temporal, las novelas abarcan aproximadamente tres décadas. *El hombre desconocido* comienza en el año 1932 y se extiende hasta 1937, la segunda novela va aproximadamente desde 1938 hasta 1945 y *El guadal crucificado* tiene la estructura de un extenso relato enmarcado. Se inicia a comienzos de los '60 y se remonta a 1946 y los años sucesivos. Es decir que la línea de tiempo que abarcan las novelas cubre treinta años aproximadamente y el trasfondo político que se evidencia con mayor nitidez es el desarrollo de las fuerzas sociales que derivaron en la formación del movimiento peronista y las dos presidencias de Perón hasta llegar a un momento cercano a la culminación de la tercera novela en la década de 1960.

### *El guadal crucificado*

*“Todos los que tienen algo de sensibilidad están tratando de salir de este lugar, incluso yo. Creo que preferiría arriesgarme a la bomba atómica que quedarme. Está tan muerto...”*

Lawrence Durrell<sup>4</sup>

*El guadal crucificado* tiene una estructura más compleja que las otras dos novelas pero difiere en lo acotado de los desplazamientos de los personajes y, sobre todo, en la negatividad que la recorre íntegramente. En las primeras, los personajes se trasladan a Buenos Aires y sufren positivas y radicales transformaciones. En *El hombre desconocido*, el joven y enfermizo Leonardi se va a la capital para retornar a su lugar de origen hecho un escritor con fuerte determinación y conciencia social. En *Barro limpio*, el “cabecita” Rosendo Gómez pasa de ser un joven desocupado y desvalido a un trabajador que aprende a luchar por sus derechos, al punto de iniciar una carrera política a mediados de la década de 1940 como

consecuencia de las nuevas alianzas sociales entre los proletarios y los profesionales, estos últimos representados en la novela por el médico Minden.

La tercera novela tuvo un primer título tentativo que fue *Agua Amarga*, tanto éste como el segundo por el que optó al final el autor dan el tono y la orientación que domina el texto. No está la novedad del hombre “desconocido” (cambiado para bien) de la primera, ni la “limpieza” de la tierra mencionada en la segunda<sup>5</sup>, sino la amargura y, peor aún, la crucifixión mencionada en el título. Es más, la opción narrativa de Mastrángelo, al presentar a dos viajeros que suben a un ómnibus en Río Cuarto con destino al sur de la provincia por razones de trabajo, es más propia de una estética expresionista que realista. El colectivo al que suben está atestado y “miserablemente alumbrado”, a poco de partir pasan por la cárcel de encausados “en su tétrico y sombrío estilo medieval” y se nos informa que “en un horizonte neblinoso y gris apareció por fin el sol como una enorme úlcera en medio de un organismo agrisado y putrefacto”. La presentación de esta realidad aprisionada en imágenes negativas es el marco fúnebre de una larga conversación en la que el viajante mayor cuenta una historia trágica ocurrida años atrás en el pueblo de Agua Amarga a una joven maestra.

En línea con lo anterior, la novela está encabezada por un epígrafe extraído de *Una excursión a los indios ranqueles* que dice: “¡Qué triste y desconsolador es todo esto! Me parte el alma tener que decirlo. Pero para sacar de su ignorancia a nuestra orgullosa civilización, hay que obligarla a entablar comparaciones. Así se replegará cuanto antes sobre sí misma, y comprenderá que la solución de los problemas sociales de esta tierra es apremiante”. Esta introducción orienta de un modo definitivo la lectura. La tierra a la que se refiere Mansilla es la misma en la que los viajeros abordan el colectivo y es la misma zona en la que transcurre el drama de la maestra. De modo que además de esa historia, o tras de ella, tenemos que leer también el drama de los habitantes de una región agobiada por el atraso, como si el diagnóstico de Mansilla todavía estuviera vigente casi un siglo después.

Decíamos que la novela es estructuralmente más compleja que las demás porque hay significativas alteraciones del orden cronológico de la historia. Puntualmente: el veterano viajante Galenti le cuenta al joven Albertini –debutante en el oficio- una historia que le viene a la memoria después de ver descender a una joven maestra en un pequeño pueblo. Galenti menciona que estuvo por primera vez en Agua Amarga en 1922, a los once años, y por segunda vez en 1947, a la edad de treinta y seis años. Han pasado aproximadamente quince años de eso, por lo tanto cuando comienza el relato estamos en 1961 y Galenti es un cincuentón. La maestra que ve descender del ómnibus le recuerda a aquella otra que él conoció en Agua amarga en el '47 y a partir de allí comienza a contar su historia.

Agua amarga es un pueblo pequeño al cual es casi imposible acceder debido al pésimo estado del camino, cuestión que sigue vigente en 1961. Allí hay un solo hotel, el Italia, que pasa de manos de su dueño a las de El Turco. El hotel, como todos los edificios del pueblo, es miserable y ruinoso. Ya en este capítulo aparece la primera mención al peronismo: Galenti visita a un cerealista de apellido González, quien le dice: “...y Agua Amarga es un porquería. Esto ya no es ni un pueblo ni nada. Y por desgracia, con eso de la industrialización del país, todo el mundo se está yendo, y especialmente la juventud. El presidente dice que la grandeza y el porvenir de la república no está en el campo sino en las grandes ciudades” –ver p. 44- A lo que contesta Galenti: “pienso que el país puede ser industrializado y hacérselo progresar sin abandonar ni descuidar el campo” –p. 44-. Se agrega que este es un problema viejo, “agravado por Perón”. El campo se está despoblando y los pueblos pequeños –Italó, Buchardo, todos los de la zona- se están transformando en pueblos fantasmas. Todo esto es lo que cuenta Galenti mientras prosigue el viaje junto a Albertini, han pasado quince años de aquel diálogo con González pero, a juzgar por los vidrios faltantes de las ventanillas y los caminos cenagosos, las cosas no han cambiado mucho en esta región del sur de la provincia de Córdoba.

En el segundo capítulo un narrador en tercera persona nos cuenta que un año después de esa conversación entre Galenti y el cerealista González llegó al pue-

blo una maestra. La chica es muy joven, se llama Ana, es desvalida y frágil y por eso la apodan Pajarito. Desde este capítulo hasta el séptimo asistimos a la vida cotidiana en Agua Amarga narrada por este narrador omnisciente. Cuesta al principio pactar con la perspectiva de esta voz porque la decisión más natural hubiese sido mantener el punto de vista de quien evocó y fue testigo de la historia, Galenti, pero el autor lo deja de lado y, como en las novelas realistas al estilo de Tolstoi, se sumerge y nos traslada al mundo novelado sin privarnos de conocer la interioridad de los personajes. Así vemos que Ana se aloja en el hotel Italia, el cual no ofrece ninguna comodidad, y que la escuela en la que deberá trabajar es un rancho similar a uno que visitó el médico Minden en *Barro limpio*. La historia de la maestra es la historia de las privaciones que se viven en esos pueblos. Y además de las penurias económicas observamos la corrupción moral: la gente está desocupada y entonces murmura, critica a los vecinos, se envicia, se envilece. Hay un personaje que es el emblema de esta corrupción: el rengo Peñaloza, quien tiene en el cuerpo la marca de la corrupción moral y acecha a la maestra durante toda su estadía en el pueblo hasta que propicia una tragedia.

Los sucesos más importantes de la historia de la maestra tienen que ver con una relación amorosa que entabla con Rivera, un hombre que está enterrado en ese pueblo detenido en el tiempo. Rivera es un señor de casi cincuenta años -de profesión farmacéutico-, es conocido de González -aquél cerealista con el que Galenti conversa en su primer viaje a Agua Amarga- y ambos ofrecen un diagnóstico de la situación de los pueblos del interior. Rivera y Ana se enamoran y son criticados por la gente del lugar, además son perseguidos por el rengo Peñaloza y su patota. Antes de ese momento Rivera y Ana van a un baile. La pareja encuentra que todo allí es abyecto: se arman peleas, todos se emborriachan y “después de algunas horas de baile, vienen a completar fisiológicamente su esparcimiento espiritual en esta propia plaza”<sup>6</sup>. -p. 113- dice luego Rivera. Este hombre, acostumbrado al comportamiento de la gente del pueblo, retoma la dicotomía civilización-barbarie para explicarse la realidad en la que vive. Si por un lado es indiscutible que la conquista del desierto fue una “hazaña y la victoria sobre el indio o el salvaje fue un hecho incontrovertible” -p. 115-,

por otra parte “la civilización (en nombre de la cual se había hecho todo eso) seguía siendo tan o más bárbara que la de los propios enemigos a quienes se exterminó” –p.115. Desde el punto de vista de Rivera, el triunfo definitivo de la “civilización” propiciado por los hombres del ‘80 –Roca y compañía- ahora se está echando a perder, la gente del interior es la civilización degradada, la “barbarie” recargada.

En el capítulo siete volvemos a encontrar a Galenti y Albertini en el ómnibus de regreso a Río Cuarto. Allí el joven viajante cuenta su primera experiencia laboral y Galenti retoma la narración de su historia, que se detiene en el momento culminante: Rivera pasea con Ana después del baile, Peñaloza y su banda planean atacarlos, la pareja ingresa en una zona oscura de la plaza y los emboscan. Hábil narrador, Mastrángelo suspende el desenlace y le da la voz a Galenti quien cuenta, a manera de coda, algo que vio la última vez que viajó a Agua amarga, varios años después de que terminó la historia de Ana. El pueblo estaba más atrasado que en 1948, no se conseguían cigarrillos, las calles eran un surco de guadal, los perros famélicos deambulaban por el pueblo y en la plaza pastaban alegremente unos caballos. Los protagonistas de la historia que no están muertos lograron sobrevivir gracias a que se instalaron en Río Cuarto, ciudad a la que se alegran haber retornado los viajeros después de la gira por los “villorios”. “Río Cuarto -dice Galenti- me parece, si no una gran urbe por lo menos una preciosa ciudad” (p. 128).

### **Conclusión: realismo, realidad e ideología**

El último pasaje citado es el remache ideológico de una novela que no problematiza los dualismos y que, como las dos primeras, parece estar demasiado atada a certezas previas rara vez puestas en tensión. En efecto, las dos primeras novelas están hechas a la medida de un realismo social que sospecha de cualquier obra que no exprese de manera inequívoca las verdades doctrinales del partido comunista<sup>7</sup> y para la cual una novela como *El juguete rabioso* resulta sospechosa. La tercera, sin salirse de una estética realista con matices naturalistas, expresio-

nistas y hasta tremendistas, recae en tesis políticas esquemáticas y sin matices. A saber: estuvo bien exterminar a los pueblos originarios pero todavía quedan asignaturas pendientes; el peronismo es una continuación de la barbarie puesto que con el “verso” de la industrialización ahogó el progreso de los pueblos del interior, no solo los de sur sino también los del tramo Río Cuarto-Villa María, mencionados explícitamente; los que apoyan la “causa” peronista son vagos y viciosos (el personaje de Peñaloza y su pandilla). Estas proposiciones, más que verdades históricas, son instancias de exhibición de una ideología dominante en el llamado imperio riocuartense, fuertemente arraigadas hasta hoy. Una localidad rural bien podría ser vista, desde otra perspectiva ideológica, como una arcadia o un paraíso perdido, como ocurre en las evocaciones de los pueblos semirurales en las obras de tantos escritores argentinos (Carlos Mastronardi, por nombrar uno). Y, como contrapartida, una ciudad de provincia como es Río Cuarto puede aparecer representada como un conglomerado urbano chato y sin gracia, tal como se desprende de una novela de Martín Kohan, *Museo de la revolución*, en la que el protagonista, proveniente de la capital federal, describe la ciudad mientras se dirige a la terminal de ómnibus.

Eso que llamamos etnocentrismo tiene variantes minimalistas (el localismo pueblerino) o maximalistas (el chauvinismo patriotero) y se hace evidente como una tendencia generalizada cuando ampliamos el foco o cambiamos la perspectiva. La carta de Durrell dirigida a Henry Miller citada en el epígrafe fue escrita en 1948 y el agujero del que quiere escapar es la ciudad de Córdoba. Para un cosmopolita como Durrell, la “Docta” argentina es un infierno de chatura; esto dicho en el mismo momento en que el personaje de Mastrángelo considera que Río Cuarto es una “ciudad preciosa” y Córdoba una “gran urbe”, consideraciones que desnudan un etnocentrismo distorsivo animando las valoraciones tremendamente negativas de los “villorios” de la región que hace Mastrángelo. Como se ve, la estética realista, practicada con ahínco y solvencia por Mastrángelo, no permitió representar objetivamente y fielmente la realidad, como postularon incluso sus mentores más brillantes (Lukács ante todo), sino que dejó plasmada la trama ideológica y las orientaciones políticas de los novelistas que la ejecu-

taron. Al respecto, Juan José Saer sentenció: “Creo que el realismo, en tanto que categoría estética, casi no existe y que, elogio o reprobación, es empleado menos para describir el objeto al cual se aplica que para denunciar la concepción de realidad de quien lo enuncia”.<sup>8</sup>

Estas observaciones críticas, parciales, cuestionables y abiertas a cuestionamientos, se hacen con todo el rigor del que somos capaces convencidos de que la obra de Mastrángelo las soporta y las merece para adquirir su verdadero espesor en el contexto general de una vida que no cejó en el empeño de elevar el nivel de la discusión cultural de Río Cuarto. La publicación de *El guadal crucificado* le hace justicia a un escritor que forjó una obra literaria digna de la atención de los colegas más respetados de su época y fundamental para trazar un mapa de las letras locales.

*Pablo Dema, Río Cuarto, junio 2017*

---

1 *El hombre desconocido*, Buenos Aires: Claridad, 1949 y *Barro limpio*, Buenos Aires: Stilcograf, 1958.

2 *39 Cuentos argentinos de vanguardia*, Buenos Aires: Plus Ultra, 1985.

3 *21682. Cuentos para releer y polemizar*, Buenos Aires: Plus Ultra, 1978.

4 Carta a Henry Miller, citada por Diego Tatián en *Contra Córdoba. Historias mínimas*, Córdoba: Caballo negro editora, 2016, p. 88.

5 El título de la segunda novela evoca el de la tercera. Barro limpio es un oxímoron, en esa novela el barro es el interior, los pueblos olvidados de la provincia de Córdoba. El concepto de limpieza supone la posibilidad de vivir con honestidad aun en las peores condiciones. En *Barro limpio* el doctor Torselli (moralmente torcido) está hundido en un “charco cenagoso”, está envilecido; Minden y Rosendo Gómez, viven en el interior, en el barro, pero están limpios, tienen ideales, luchan por ellos. Ahora

estamos en el “guadal crucificado”, de nuevo la tierra, el interior, martirizado por la política estatal que, en pos de la industrialización, olvida a las pequeñas comunidades que viven del campo.

6 En los cuentos de Mastrángelo reaparecerá el tema del sexo y se expondrá de modo directo algo que está insinuado en casi toda su obra. Las relaciones sexuales sólo son aceptadas por el narrador y los personajes cuando están acompañadas de un sentimiento amoroso genuino. Tenemos varias escenas en las que se describen los impulsos sexuales que amenazan la integridad moral. Por ejemplo en *El hombre desconocido* Leo mira a su prima Marinda mientras ella se baña, es la primera vez que el adolescente ve una mujer desnuda —que además de exuberante es mayor que él—. La escena es de una intensidad tal que en un momento el corazón de Leo parece a punto de estallar. Pero el adolescente se contiene, no se degrada moralmente. En *Barro limpio* vemos a la hermana de Rosendo Gómez transformarse en mujer, apreciamos cómo la ropa de niña comienza a quedarle estrecha, cómo sus formas desbordan las remeritas miserables y observamos las reacciones de todos los hombres que la conocen. Ni el propio padre de la chica logra resistirse y una noche, borracho, la viola. El padre de Rosendo Gómez es el personaje que alcanza la más absoluta degradación moral de todos los hombres que se dejan vencer por el deseo. Se trata de un deseo que coloca al hombre en la misma categoría que los animales, esa práctica del sexo es “criminal”. También en *El guadal crucificado* hay momentos que parecen calcados del anterior. La hija de El Turco, el dueño del hotel, ha dejado de ser una niña y el rengo Peñaloza la acecha: “Le gustaban los ojos grandes y profundos de Nayi, su tez pálida, cual durazno no muy maduro todavía. Y, cuando ya mayorcita —apetitosa fruta pintona—, lo que más le atraía era su andar algo desganado y sensual, y sus pechos poderosos y punto menos que insolentes para la humildad de la sucia y corcusida vestidura que la aprisionaba” —p.25—. Otra vez la niña que se hace mujer, la naturaleza pujante, la hembra que desborda la ropa. Y Peñaloza “abusando de la confianza que se le dispensaba, no desperdiciaba oportunidad de largarle algún chiste picante, de espiarla cuando se bañaba o cambiaba de ropa, de pedirle que le enseñara las piernas para ver si eran mejores que las de la Dora o de alguna otra amiga y, sobre todo, de rozarla, tocarla, pellizcarla...” —p.52—. El rengo no puede sujetar su deseo, pretende el sexo sin la “posesión espiritual”. Finalmente terminará, como el padre de Rosendo Gómez, violando a una mujer, adquiriendo las trazas de una bestia: “el rengo y su sombra semejaban una araña monstruosa, una especie de pulpo negro” y también: “reptaba como un reptil enfermo o una bestia herida” (p. 125).



7 Como puntualiza José Amícola, en Argentina, hasta 1955, “ejercen una influencia hegemónica los partidos de izquierda tradicionales (el Partido Comunista y el Partido Socialista). Los comunistas han sostenido, por lo general, las directivas o líneas emanadas de la Unión Soviética; desde una defensa del realismo socialista duro hasta una progresiva revisión con posterioridad a la Segunda Guerra”. José Amícola: “Marxismo”, en *La teoría literaria hoy*, La plata: Ed. Al Margen, 2008, p. 88. Este es el marco doctrinario que legitima la posición antiperonista de los escritores de izquierda.

8 *El concepto de ficción*, Buenos Aires: Ariel, 1997. p. 294

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

*¡Qué triste y desconsolador es todo esto! Me parte el alma tener que decirlo. Pero para sacar de su ignorancia a nuestra orgullosa civilización, hay que obligarla a entablar comparaciones. Así se replegará cuando antes sobre sí misma, y comprenderá que la solución de los problemas sociales de esta tierra es apremiante.*

Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

# I

## 1

El ómnibus acababa de ponerse en movimiento. Pero a una señal del guarda, que abrió la puerta, se detuvo. Un portafolio fue arrojado adentro y tras él subió su dueño, con sendas valijas en las manos, una de las cuales era tan grande que apenas pasaba por la estrecha puerta. El nuevo pasajero era un muchacho alto, de abundante cabellera impecablemente peinado. Vestía un tropical color lino que parecía recién salido de la tienda o la tintorería. Venía sonriente y con el cigarrillo en la boca.

—¡Por poco lo pierdo! —exclamó, sacándose un instante el cigarrillo de la boca.

Mientras pagaba el boleto dio un vistazo al vehículo repleto y miserablemente alumbrado, que de nuevo estaba en marcha.

—Parece que tendré que viajar parado.

El guarda alargó el brazo y le dio el vuelto, sin contestar. Entre ambos, en el estrecho pasillo, estaban las dos valijas cerca de un pequeño colchón arrollado y atado con una piola. Miró otra vez a la más grande y luego se aproximó al conductor.

—¿Arriba? No podemos perder tiempo —dijo éste—. Llevamos como media hora de atraso.

El guarda no tardó en agregar en voz baja, sonriendo:

—¿Se trae la cama en ese valijón?

El nuevo pasajero, a una indicación del guarda, se ubicó casi al fondo, donde apenas llegaba la desmedrada luz. El hombre, más bien grueso y de aspecto robusto, se estrechó lo más que pudo contra la ventanilla para darle lugar en su asiento.

—Gracias. Menos mal que no me toca ir parado —dijo el muchacho, sonriendo de nuevo y como pidiendo disculpas—. Tengo para varias horas...

—Y estos colectivos no son muy “confortables”, que digamos— añadió su compañero de asiento.

No acababa el joven de dejar su portafolio sobre las piernas, cuyas rodillas tocaban el asiento delantero, cuando se levantó tratando de ayudar al guarda en la ubicación de las valijas.

La más grande fue colocada al lado del conductor, entre su asiento y la puerta clausurada y la otra la dejó el pasajero en el pasillo, a un lado, sentándose nuevamente.

El muchacho pitó intensamente su cigarrillo, lo tiró con cuidado al suelo, sobre las desvencijadas tablas del piso, lo aplastó con el pie, puso otra vez la cartera sobre sus aprisionadas piernas y miró a su compañero. No era una cara desconocida, y trataba de ubicarlo en su memoria o en el lugar que lo había visto antes. Como mirando por la ventanilla hacia las calles casi oscuras y desiertas, lo observaba tranquilamente. Usaba un saco a la cazadora, áspero y grueso, de confección, y bajo él llevaba un pullover: excesivo abrigo para esa fecha, según el observador. Parecía cincuentón y su cara, de rasgos nítidos y enérgicos, emergía de la bruma del alba como tallada en madera.

—Si hubiera salido a horario, lo pierdo —dijo, con el deseo de reconocerlo.

—Esta catramina a veces sale a horario. Lo que nunca se sabe es a qué hora llegará... cuando llega —dijo el hombre, con su vigorosa y simpática voz.

—¡Eh...! ¿Tanto? —exclamó el otro.

—Hace como veinte años que viajo, y los ómnibus de “las quinientas” son los peores que conozco —afirmó enfáticamente y golpeando sobre sus rodillas el diario arrollado que tenía en su diestra.

—¿Usted es viajante?

—Así es. Y en estos cachivaches hace más de diez que viajo. ¿Vio a las dos monjitas, que viajan adelante? Cuando subieron se persignaron, cuando se sentaron volvieron a persignarse y, si usted se fija, verá cómo rezan fervorosamente, aunque yo diría: furiosamente.

El muchacho miró. No muy lejos, en la otra fila de asientos, con la cabeza inclinada bajo sus blancas tocas, las dos monjas parecían orar, aunque no las oía.

El hombre desplegó el periódico, tratando de leer. Pero fuera aún no aclaraba y la luz de adentro era tan escasa que dobló nuevamente el diario, desistiendo.

La Cárcel de Encausados, en su tétrico y sobrio estilo medieval, quedó atrás con su dura estructura de ladrillos desnudos envuelta en las tinieblas, un poco más allá del paso a nivel, que era como un mojón entre el campo y la ciudad.

—Por lo menos tendremos pavimento un buen rato —comentó el joven, encendiendo otro cigarrillo, después de ofrecer a su compañero, que no aceptó.

—No lo suficiente como para viajar seguros, porque me parece que va a llover. Ya estoy sintiendo olor a agua. Y para colmo esta ventanilla no tiene vidrio.

—¿Le parece que tendremos lluvia? —y el de traje claro, incrédulo, añadió de inmediato, riendo—: ¡y yo me vengo con esta ropa y sin piloto!

El hombre miró hacia el naciente. El nuevo día se insinuaba a través de una acuosa claridad azulina.

—¿También usted es viajante, ahora?

El ahora intrigó al muchacho, que luego contestó afirmativamente, no pudo ya contenerse.

—Parece que usted me conoce. Yo también a usted. Pero no puedo recordarlo —y se golpeó la frente con el puño.

—Usted me ha visto en lo de Martínez y Carraspietra. ¿No es allí donde usted trabaja? Yo les sabía vender artículos de bazar y ferretería.

—¡Ahora caigo! ¿Usted no se llama Galenti?

—Así es. ¿Viaja para ellos?

—En cierto modo —contestó el mozo—. Solamente a comisión. También tengo algunas cobranzas y además me permiten llevar artículos de otras casas. Prefiero esto y no estar esclavizado a un miserable sueldo. Y como llevo varias cosas, espero defenderme bien. Es la ventaja de ser viajante: se trabaja cuándo y dónde se quiere y uno vende lo que se le antoja.

El hombre sonrió y, como ocultando sus impresiones, miró de nuevo por la ventanilla hacia el naciente. La claridad se hacía mayor aunque no había indicios de fuego solar.

Estaba lejos de compartir el optimismo ingenuamente arrogante del joven Albertini. Y todo en éste —sus palabras, su traje de verano y su enorme carga de valijas, una de las cuales más bien semejaba un baúl y hasta la zona que había elegido o aceptado para trabajar— le indicaba su absoluto desconocimiento o inexperiencia de sus nuevas actividades.

—Lo conozco al gerente —se limitó a decir Galenti, volviendo nuevamente la cabeza hacia la leve claridad exterior.

El ómnibus se detuvo, abriéndose la chirriante puerta por donde apareció un paisano de alpargatas y boina, con una bolsa al parecer llena de pilchas y una traza tan esmirriada y humilde que semejaba un linyera. Miró en torno, arriba, abajo, y terminó por ubicarse casi al fondo, de pie en el pasillo, con la bolsa entre las dos piernas y agarrándose de cada uno de los espaldares de los asientos más próximos. A su diestra, un gringo rubio y coloradote venía hablando a los gritos de cerdos, del tiempo y de las lluvias; y a la izquierda, detrás de Albertini, estaba una mujer magra, seca, morena, con un pañuelo cubriéndole la cabeza y



una criatura de pocos meses en los brazos. Su compañero de asiento dormía con la cabeza reclinada en la ventanilla, que tampoco tenía vidrio, y la gorra sobre los ojos.

## 2

A la izquierda del conductor, en un horizonte neblinoso y gris apareció por fin el sol como una enorme úlcera en medio de un organismo agrisado y putrefacto. Luego, a medida que la esférica masa de fuego se hacía más nítida y más roja, se abrió paso dificultosamente entre gigantescas nubes sucias y sombrías. Los maravillosos rayos dorados no tardaron en penetrar por el flanco izquierdo del colectivo, y todo el mundo dirigió sus miradas hacia aquella admirada lejanía, donde las nubes, igual que inmensas montañas oscuras y amenazantes parecían rozarse y luego chocar entre sí produciendo un profundo estruendo prolongado y vibrante que no por lejano dejaba de oírse.

Solamente las monjitas, ahora con un motivo más, no levantaban la cabeza en su incesante oración.

Galenti dejó de leer y se puso a contemplar ese estupendo cuadro que reflejaba una feroz batalla entre la luz y las sombras, el fuego y el agua.

—Le costó salir, pero salió —murmuró.

—Pero no para mucho —añadió enseguida—: porque ya está lloviendo.

El vehículo se detuvo nuevamente, en medio del campo desierto. El guarda abrió la puerta. Un hombre de sombrero negro y manta sobre los hombros bajó, con un gran envoltorio en la mano, recibiendo luego del guarda la valija. El hombre caminó bajo la lluvia hasta un sulky que lo esperaba, más allá del pavimento, cerca del alambrado, en un camino de tierra semejante a un callejón.

Igual que si obedeciera las órdenes de los truenos, que ya parecían surgir del fondo de la tierra, ya desde el lejano horizonte que había estado momentos antes rojo y ardiente como la boca de un volcán, o de abajo mismo del desvencijado

vehículo, el sol desapareció totalmente bajo una tupida y densa lluvia que no permitía ver nada a pocos metros de distancia.

—Se acabó la lectura —exclamó el viajante veterano, doblando el diario medio mojado y metiéndolo en el bolsillo del saco.

—¡Perdóneme! ¿Quiere leerlo? —se lo dio a Albertini—. Usted está libre de la lluvia. Impensadamente su compañero lo tomó, le dio un vistazo buscando asaltos, crímenes o deportes mientras Galenti intentaba inútilmente solucionar esa ventanilla que carecía de vidrio y de cortinas. La ventanilla de la señora que viajaba detrás de ellos, con su criatura que había comenzado a berrear porque no podía dormirse, tampoco tenía vidrio pero al menos algo cubría ese trapo colgante que no podía agarrarse de ningún lado.

—Vamos a tener un viaje muy divertido —murmuró.

Albertini le devolvió el diario, más interesado en el panorama de la lluvia y en las perspectivas que se le presentaban con su traje de verano y sin piloto que en la lectura del periódico.

Galenti, al no poder leer ni mirar el paisaje porque había oscurecido tanto que el ómnibus, encerrado y oprimido dentro de esa lluvia torrencial parecía apenas moverse en el fondo del mar, siguió dando libre curso a sus ideas y a sus recuerdos.

—He viajado en casi todos los ómnibus que recorren la provincia de Córdoba, y no hay peores que los del sur, y especialmente los que van a “las quinientas”.

—¿“Las quinientas”? ¿Qué es eso? —sonrió de nuevo Albertini, pese a su preocupación por la lluvia.

—Les llamamos “las quinientas” a todos esos pueblos que comprenden la zona de Laboulaye, Huinca Renancó, Cañada Verde, Legua Larga, Pitalauquén, Los Médanos, etc. Muchos de ellos son pueblos y villorrios inmundos adonde es más fácil ir que volver. Y de los ómnibus que recorren “las quinientas”, le aseguro que los peores son los de esta línea. Usted dirá que exagero: en uno de mis últimos viajes me tocó un asiento peor que éste (fíjese cómo está la madera terciada o

qué sé yo: parece cartón mezclado con suela) y ese frotamiento de interminables horas me despeluzaron el saco de un traje nuevo que quedó en las espaldas todo encrespado. ¿Usted conoce el astracán? ¿Ha visto un tapado de astracán? Así quedó mi saco.

—Fíjese usted —continuó Galenti con su voz nítida y vigorosa levantando la cabeza—. Son los únicos ómnibus que no tienen rejillas: esos portaequipajes tan necesarios. Como la parte trasera se ha llenado de valijas, paquetes y bolsas, las cosas andan desparramadas por el suelo o tiene uno que llevarlas en las manos.

Albertini, sonriendo, lo tocó con el dedo: el guarda estaba cerca de ellos hablando con una muchachita menuda, casi perdida en el asiento. Su llamativa cabecita de cabello corto y revuelto era como un montón de pequeñas plumas.

—Lo va a oír el guarda —murmuró el joven, viendo que su compañero no se daba por enterado.

—¡Si grito para que me oiga!

Sin disminuir la voz, dijo que los conocía y estaba cansado de decirles que los que viajaban en esas catraminas eran seres humanos. Buenos muchachos, habían empezado hacía pocos años, con una mano atrás y otra adelante, y ya tenían dos coches. Galenti manifestó que en cierto modo los admiraba, y a veces quería creer (aquí bajó algo la voz) que sino mejoraban los vehículos era porque no podían. Cuando Albertini viera y sintiera los efectos de los pésimos caminos, se haría cargo de lo que costaba mantener una línea como esa. Galenti había tenido un cochecito y se vio forzado a venderlo: le estaba chupando la sangre. En muchos viajes, casi en la mayoría, los gastos de nafta y aceite y especialmente de reparaciones superaban a las ganancias. Estos muchachos eran trabajadores y corajudos: nunca se llegaba a horario pero se llegaba; y más de una vez Galenti los había visto metidos hasta las verijas en el barro. Y había una nota original en estos dos ómnibus. Casi todos llevaban en el tablero, frente al conductor, la imagen de un santo y más comúnmente de una santa; la foto de Evita o Perón (esto hasta hacía poco) o el escudo nacional pegado o pintado sobre el parabrisas

al lado del retrato de Carlitos Gardel. Estos muchachos no llevaban nada, fuera de su decisión y su voluntad de superar cualquier obstáculo.

—Y es por eso que son originales y se ganan mi simpatía. No porque esté yo contra las creencias religiosas o los ideales: sino que estos jóvenes no piden nada a las fuerzas superiores o desconocidas, llámense santos, héroes, líderes o banderas. Confiados en su propia fuerza, se defienden luchando.

—¿Será por eso que las monjitas no dejan de rezar? —rió Albertini, encendiendo otro cigarrillo.

El guarda dejó de hablar con la muchachita del peinado revuelto y se aproximó al conductor, inclinándose al hablarle. Luego volvió unos pasos y haciéndole una seña con la mano:

—La vamos a acercar.

Ella se levantó allegándose a la puerta, mientras el paisano de boina ocupaba su asiento. Llevaba un portafolio y un modesto saquito oscuro que se lo puso mientras hablaba con el guarda. Grácil y delicada, no dejaba de sonreír, como avergonzada de causar molestias.

En vez de detenerse como todas las mañanas, el ómnibus, en segunda marcha, dobló hacia la derecha metiéndose hasta media rueda en un barrial enmarcado por dos alambrados.

—Si la dejamos aquí, usted se nos pierde en estos barriales —dijo delicadamente el guarda, casi un adolescente—. ¿Y qué van a hacer los chicos sin su maestrita?

De pronto Galenti se incorporó en el asiento, como pegando un salto. Albertini casi se asustó e hizo ademán de levantarse para darle lugar y permitir que saliera.

—¡Qué estúpido! —dijo, sentándose de nuevo—. ¡No puede ser ella...!

Luego de avanzar como un kilómetro bajo la copiosa lluvia y sobre el resbaladizo barro, sin cambiar de marcha, el colectivo se detuvo en una esquina, cerca de un surtidor de nafta.

—Está cerrado —dijo el guarda—. Ahora lo que falta es que todavía estén durmiendo y nadie pueda abrirle la puerta.

—¿No le conviene más ir directamente a la escuela? —aventuró un hombre joven, sentado en uno de los primeros asientos.

—Es muy temprano y la directora, que tiene la llave, seguramente no ha ido todavía —aclaró la jovencita, no sabiendo otra cosa que sonreír más como comprendiendo que no era precisamente eso lo que convenía en tales circunstancias.

—Para colmo, don Hercolano, el bolichero, es sordo como una tapia —advirtió sonriendo, el conductor, casi tan joven como el guarda.

—Pero su mujer no, y él muy madrugador —alentó el guarda y sin terminar lo dicho dio un salto y llegó a la puerta. Ésta se abrió en ese mismo instante como si los dueños los hubiesen estado oyendo, apareciendo don Hercolano con el mate en una mano y el enorme travesaño de hierro en la otra.

Estaba el vehículo nuevamente en marcha y la maestra en el almacén saludando con su mano y su sonrisa, cuando gritó el conductor, levantando a su vez la diestra:

—¡... Y no se olvide que llevamos más de media hora de atraso!

Un relámpago que blanqueó por un segundo el interior del ómnibus y todo el ámbito, seguido de un trueno que semejava una montaña desplomándose muy cerca del lugar, parecieron advertirles que la muchacha tenía más suerte que ellos.

### 3

—¿La confundió con alguna conocida? —interrogó Albertini, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón y como procurando achicarse en el asiento.

—“Si hubiese la posibilidad de que sea ella tendría motivos para impresionarme y pegar ese salto como un imbécil” —se contentó mentalmente el otro viajante—.

“Pero precisamente porque es imposible que sea ella, es por lo que el golpe fue rápido y grande. Lo que significa sencillamente que el parecido es asombroso”.

—Es tan parecida a una maestríta que conocí hace muchos años en un pueblucho insignificante e infame, y tengo recuerdos tan especiales del pueblo y de ella, que antes de poder reflexionar pegué ese brinco.

Le pareció que eso explicaba mucho y no explicaba nada; que su odio o resentimiento contra ciertos aspectos de la realidad eran exagerados; que después de todo el hecho y su ambiente no tendrían quizás tanta importancia para un lector de noticias policiales o un aficionado a los estudios sociológicos; y que acaso se estaba reblandeciendo y acobardando al cabo de tantos años de caminos, fondas, hoteles, colegas más mentirosos y charlatanes que él, y pueblos y villorrios sordidos en los que no advertía progreso alguno y que, por el contrario, muchos de ellos decaían y degeneraban hasta desaparecer, no quedando más que las desoladoras y herrumbradas vías de la estación y la estación misma.

El colectivo había entrado nuevamente en la ruta, sobre el pavimento, hacia el sur. La luz matinal era tan escasa y la lluvia de nuevo tan densa que el conductor no se atrevió a apagar los faros y, según algunos pasajeros, “con esa marcha de tortuga” no llegarían nunca a destino.

Felizmente no corría viento, el agua caía pareja y sólo alcanzaba a salpicar el hombro o la cabeza de los que iban muy cerca de las ventanillas sin vidrios. Gamenti se obstinaba en leer pero empezó a sentirse molesto por el hombro que se le mojaba más y más.

—¿Quiere que cambiemos un rato de lugar? —se ofreció Albertini.

—Gracias. Recién entraba más —y sonriente comentó: —Usted, con ese traje, necesita más protección.

—Verdad. ¡Ya me estoy “cantando” de frío! —y Albertini rió, encogiéndose más en el duro asiento—. Anoche, cuando salí del bar, ¡estaba todo tan estrellado!

Galenti volvió a verlo tan inexperto y anacrónicamente optimista que tuvo ganas de sacudirlo y despertarlo con una cachetada. Mas la comprensión y la lástima pudieron más que lo otro.

—¿Hace poco que viaja?

—Recién empiezo —sonrió el muchacho, quien parecía haber sido lanzado al mundo para sonreír. Y como el otro quedó mirándolo: —El primer viaje que hago —completó.

—No eligió la mejor zona, que digamos.

—La eligieron ellos. Es decir, como me dieron algunas cobranzas, y la mayoría son de esta zona, resolví... resolvimos comenzar por “las quinientas”, como dice usted.

—¿Cobranzas? ¿Y en estos tiempos? No se desaliente: pero han de ser muy duras esas cobranzas.

—Muchas son de Huinca Renancó.

—En Huinca Renancó, si no le va bien, por lo menos podrá comer y descansar como un ser humano. ¿Conoce Arroyo Turbio, Coronel Mansilla, Buchardo, Los Médanos, Pincén, Tierra Seca, Jovita, Del Campillo, Santa Milagrosa, Italó, Mattaldi (con un único fondero que se llama Amado Nervo), Agua Amarga?... Un villorrio peor que el otro. Y cuando me acuerdo de Agua Amarga, que ya no debe figurar ni en los mapas, me pregunto cómo aguanté tantos años esta profesión.

—Nunca he andado por ahí —dijo el muchacho, un tanto sorprendido por ese chorro de nombres de pueblos y el enfático y resentido acento de Galenti.

—¿Tampoco estuvo en Agua Amarga? ¿No oyó hablar de él? Esa maestra de recién, esa criatura que tanto se parece a... (¿tampoco sabe nada de *Pajarito*?) me la trajo a la memoria, me revivió tantos recuerdos que si tuviera que contárselos ordenadamente no sabría cómo desenredar la madeja.

—Ese *Pajarito*, mejor dicho ese *churro* que bajó recién —sonrió Albertini—: ¿qué tiene que ver con la “madeja” o con Agua Amarga?

—¿Usted la vio un *churro*? En realidad yo no la vi, no la estoy viendo así. Es que usted es muy joven y mira con otros ojos. Yo recordé a la otra maestra...

—¿A la otra maestra?

—Sí. La recordé a *Pajarito* quizás precisamente porque no era o no parecía hermosa. No tenía nada que lo pareciera. Casi al contrario. Pero tenía algo —algo que creí ver en esa chica que se bajó en el almacén— mucho más importante que lo que llamamos belleza o hermosura y que usted no vio... “Y que tampoco vería por su temperamento y edad”, agregó mentalmente para su coleteo.

Hacía rato que habían dejado el pavimento y ya no era tan fácil hablar sin interrumpirse por las continuas sacudidas y saltos del colectivo, que pasaba continuamente de segunda a tercera y de tercera a primera. Además, el niño que viajaba prácticamente en la propia nuca de Albertini, berreaba incansablemente y, cuando dejaba algunos minutos era para dedicarse a su ondulante y renegrida melena, desorganizándole con sus inquietos deditos la artística peinada.

Dos veces había vuelto el muchacho la cabeza, sonriendo a la madre y al niño. Como en una amistosa advertencia

—Quédese quietito, no moleste a la gente —le decía la magra mujer. Y revolviendo un bolso sobre sus faldas sacaba una galletita, un caramelo u otra golosina, y se la daba.

Intrigado por este viejo colega, que parecía un amargado y por lo de *Pajarito*, Albertini guardaba silencio mirando a Galenti, quien se sintió poco menos que obligado a principar su narración.

#### 4

Galenti era un niño de once o doce años cuando fue por primera vez a Agua Amarga, llamada por él mucho tiempo después “Tierra Sucia”. Se casaba una tía,



hermana de su padre, con un italiano que tenía un almacén. Y la fecha del casamiento coincidía con el día de la Virgen del pueblo, que se festejaba anualmente con más entusiasmo y pompa que cualquier otra fecha, inclusive el 25 de Mayo y el 9 de Julio.

El niño Galenti conservó hasta Galenti hombre, recuerdos muy agradables y frescos de aquel pueblito y de aquella fiesta. La banda de música, de Laboulaye, uniformada en vistosos colores, con sus instrumentos chispeando al sol recorría las calles al son de marchas tan hermosas y conmovedoras que el niño hubiera deseado ir detrás de los músicos para aquietar su corazón que le galopaba en el pecho al compás de los más profundos y generosos sentimientos.

Agua Amarga era un pueblito alegre, limpio, floreciente. No era muy grande; las casas principales estaban diseminadas un poco al azar, lejos de la plaza y de la iglesia, y la gente vivía allí activa y esperanzada. No faltaban los amplios negocios de ramos generales. Y el chico —que se quedó varios días en la casa de unos parientes— recordaba las grandes estanterías que llegaban al techo atestadas de latas de sardinas y conservas, enormes frascos de caramelos, cajas de galletitas, centenares de otras golosinas y un aroma especial que en su memoria formaba parte de su organismo y de su escasa felicidad infantil: canela, chocolate, yerba, café.

Una espaciosa y brillante peluquería, frente a uno de estos negocios de ramos generales (en los que le hubiera gustado estar empleado o vivir), con un aparato en un rincón que semejava una máquina de café express, y un gran espejo que ocupaba casi íntegra una de las paredes, también permanecía imborrable en la mente del viajante. Recordaba asimismo importantes talleres de maquinarias agrícolas y, muy especialmente, una carpintería con varias máquinas y en las que trabajaban cuatro o cinco obreros además del patrón.

Habían pasado veinticinco años cuando Galenti, hombre ya, llegó por segunda vez a lo que él calificó después, en su tercera visita, de “Tierra Sucia”. Y llegó sentimentalmente preparado porque, siendo corredor, no le daba al viaje otro significado que el puramente comercial y tenía noticias, además, de que Agua

Amarga había “progresado poco o nada”. No se le escapaba, por otra parte, que el chico del primer viaje pudo haber magnificado involuntariamente las cosas, a pesar de que ese niño vivía entonces en Laboulaye, pueblo incomparablemente más grande e importante.

Esa mañana del año 1947, cuando el viajante Galenti bajó del tren y echó un vistazo al otro lado de las vías, más allá de los galpones y vio unas cuantas casas casi en ruinas envueltas por la polvareda que levantaba el viento, creyó comprender por qué lo miraban desde las ventanillas los demás pasajeros con esa mirada de curiosidad y a la vez de lástima.

Era el único pasajero que había bajado en Agua Amarga. Con la valija en una mano y el portafolio en la otra atravesó las vías, dejó atrás los galpones de cinc, en uno de los cuales se leía en letras blancas, casi borradas, el nombre del pueblo; pasó el molinete dificultosamente por el estorbo de la valija y la cartera y cruzando la calle reseca y polvorienta dio otro vistazo al pueblo.

Ni un alma. Detrás suyo retemblaba el suelo, se oía el tren alejarse y parecía imposible que se hubiera detenido en esa estación insignificante y punto menos que desierta.

A la izquierda, más allá de una esquina de puertas cerradas, sin revocar y casi destruida, entre la calle y la alta vereda de tierra un cuzco corría al viento, a la basura que arrastraba el viento, ladrando como enloquecido.

A la derecha, sobre una acera tan alta que semejaba una barranca, acababa de asomarse un hombre por una puerta. Galenti aminoró en marcha, indeciso. Podía subir en la esquina, por una suave pendiente, entre dos pequeños postes. Se resolvió al fin y ascendiendo a la vereda se dirigió en dirección al hombre, que ya se había entrado.

Frente a él, a dos o tres cuadras, sobre una verdadera nube de tierra, papeles y basuras, próxima a un paso a nivel giraba rápida y quejumbrosa la rueda de un molino. Un sulky apareció entre la tolvanera.

Galenti entró.

—Buenos días, señor.

—Buenas... —contestó el hombre. Era alto, de tez oscura y abundante y negra cabellera. Sin saco y apoyado en el largo y viejo mostrador, del lado de afuera, estaba tomando mate.

—¿Me podría indicar un hotel?

El hombre entregó el mate por sobre el mostrador a una chica que acababa de aparecer o que el viajante no había visto. Luego apreció la discreta ropa y la buena presencia del desconocido y con una sonrisa que apenas fue mueca:

—Tanto como hotel... no sé. ¿Usted es viajante?

Contestando afirmativamente, Galenti miró el rostro del tendero y, con cierta disimulada impertinencia, sus pies enchancletados, el piso de tierra recién regado y barrido quizás por él mismo, y la larga estantería desvencijada y arqueada, como el mostrador, bajo un techo de tirantes y ladrillos encalados de donde colgaban verdaderos pingajos de telarañas.

—Acá a la vuelta, en lo de don Higinio. De la esquina (señaló con la mano) por donde usted vino, dos cuadras hacia el centro. ¿Qué viaja usted?

—Un poco de todo. Tengo algo también para usted —dijo Galenti, tomando nuevamente la valija, que había dejado en el suelo y echando una nueva mirada al negocio—. Luego tendré el gusto de visitarlo.

—Cómo no: aquí estamos a sus órdenes. Aunque la cosa anda muy mal por estos pagos. La gente se va. No hay más que viento, tierra y miseria.

Galenti hizo alusión al día tan desagradable, al viento.

—Acá nos extrañamos cuando no lo hay —añadió el otro.

Pensando en un posible cliente, el viajante dejó otra vez la valija, estrechó la mano del tendero, que tenía la cara casi gris de tan oscura y dándole su nombre se marchó.

—Nadin Nejas, a sus órdenes —dijo el comerciante detrás suyo—. No es gran cosa. Pero es el único... —agregó, refiriéndose al “hotel”—. De la esquina, dos cuadras hacia el centro.

En esas dos cuadras que marchó Galenti por aceras de tierra, subiendo y bajando en las esquinas, pues las calles más bien parecían zanjonés a más de un metro de profundidad, inútilmente fue buscando con la memoria y con la vista los hermosos negocios de ramos generales, alguna peluquería cuya limpieza y enorme espejo lanzaran mágicos destellos, el vasto salón donde se hicieran los bailes y kermeses animados por la banda de tan vistoso uniforme y cuya música le llenaba el pecho de tan bellas cosas y que jamás podría expresar.

No veía ningún hotel por aquí. Estuvo por preguntar a dos muchachones en camiseta y de alpargatas: uno apoyado en la pared y el otro, en cuclillas, tirando semillas de paraíso hacia la calle. Pero antes se le ocurrió observar la propia esquina en la que se había detenido, volviéndose.

En uno de los vidrios de la puerta cerrada vio la propaganda de una cerveza. Más arriba, casi totalmente desvanecidas, alcanzábanse a leer aún las tres palabras sobre el revoque de la pared: *Hotel y Bar “Italia”*.

Entró. Un hombre pequeño y casi esmirriado estaba bajando la cortina metálica de la vidriera.

El salón, de aspecto abandonado, tenía al fondo una pequeña estantería con algunas pocas botellas. Cerca del mostrador, tres individuos jugaban en una mesa cuyas patas parecían enterradas entre cáscaras de maní.

Cuando el hombre se le aproximó:

—Una habitación —pidió Galenti, después de saludar, y dejando de observar por un momento.

—¿Para la siesta o también para la noche? —preguntó el hombre. Su vieja tricota no se sabía si había sido marrón, gris o negra, y se frotaba las manos como si las tuviera sucias.

—Veremos. Pienso pasar la noche aquí —y Galenti siguió al hotelero, quien continuó hablando en tanto caminaba.

—Muchas comodidades no tengo por ahora. Hay varios pensionista y algunos viacante.

Había una extraña mezcla de melosidad, ostentación y franqueza en sus palabras, que Galenti calificó mentalmente de “burda propaganda ítalo-argentina”.

Saliendo al patio pasaron cerca de una puerta por donde salían ruidos como de carne machacada y un agudo olor a ajo. El viajante prefirió no mirar; pero vio a su pesar a una mujer trabajando. A los rayos solares que oblicuamente iluminaban la entrada de la cocina las moscas danzaban como en un festín.

El hombrecito se detuvo ante una puerta, esperándolo:

—Aquí la tiene, señor —y sonrió, agarrándole la valija y disculpándose por no haberlo hecho antes.

Pero no pudieron entrar los dos. El hombre de la tricota dejó la valija sobre una mesa y salió para que el pasajero pudiera apreciar el cuarto.

Un olor más “insolente” que el de la cocina, y muy distinto, distrajo por un instante la atención del viajante, que entró en el cuchitril. Era tan pequeño, que si el otro hubiera dejado la valija en el suelo no hubiese podido entrar y llegar a la cama de hierro sobre cuyo elástico había un viejo colchón arrollado. La cama de una plaza, la destartada mesa que estaba sufriendo el peso de la valija, además de una percha de madera con dos ganchos herrumbrados y mal colgada de dos clavos entre los innumerables que se veían en la sucia pared, era todo el mobiliario del tabuco.

Cuando el italiano se alejó, Galenti siguió observando el ambiente en que descansaría algunos minutos después del almuerzo y donde quizás pernoctaría.

—Luego le prepararemos la camita para que pueda hacer su siestita —dijo melosamente el hombre, que estaba otra vez detrás suyo con su sonrisa y restregándose las manos.

Galenti lo miró sin decir nada, sin saber si se acostaría sobre ese sucio colchón que tuvo miedo y asco de examinar detenidamente, si tomaría la valija y el portafolio antes o después del mediodía, marchándose en el tren, en el auto de algún colega, o en cualquier camión que lo alejara cuanto antes de allí.

En las inmediaciones de la cama, la pared veíase cubierta de clavos, agujeros, garabatos y nombres y palabrotas; y más abajo, de manchas que caían como babosas sobre el piso de madera, grandes y alargadas hacia abajo, desde la altura de la cama hasta el suelo.

Recorrió con la vista las cuatro paredes. Además de la puerta, la única abertura era una minúscula claraboya, inmediata al techo de ladrillos y tirantes ennegrecidos y que, sujeta con un alambre, desde abajo no podía abrirse del todo ni cerrarse. Una araña estaba cerca de la claraboya, como indecisa entre entrar más o marcharse.

Un diminuto espejo cuadrado, tan viejo que semejaba una lata, colgado entre otra serie de clavos, como si cada viajante o cada pasajero que había pasado por ahí lo hubiese adaptado a su altura y comodidad, completaba el mobiliario de esta habitación del *Hotel y Bar "Italia"*.

Todo le pareció mucho más desolador al recordar que el tren pasaba dos días después, que recién al día siguiente había un ómnibus, y que no hacía la línea que seguía él; y que en cuanto a algún colega con coche no sería muy fácil hallarlo en estos pueblos de mala muerte. Algo parecido sucedía con los camiones, que muy raramente se alejaban de las rutas más importantes.

Como dándose cuenta recién ahora de que no se había movido en ese breve espacio dejado por la cama, la puerta y la mesa y donde seguramente no cabía la valija acostada, apartó un tanto ésta, sobre la mesa, para dejar a su lado el portafolio, y dio con un resto de vela encajada en una palmatoria. Giró la llavecita de la luz, casi en el aire en ese lugar de la pared donde se había caído el revoque y, cubierta de polvo y excrementos de mosca, la lamparita se encendió. "Aquí deben cortar la corriente precisamente cuando más se necesita", pensó el viajante, dejando al fin el abultado portafolio sobre la mesa. Quedó otra vez indeciso. La-

vase un poco, peinarse. Cogió la valija para colocarla en un lugar más cómodo y abrirla, pero la cama estaba sin hacer y ni siquiera había una silla. Estaba por salir reclamándola a gritos, cuando el hombre de la tricota se le apareció de nuevo, sin hacer ruido, con su trocete de zorrino.

—Sírvese, señor —sonriendo le entregó una toallita y un jaboncito—. Cuando le venga cómodo, ¿lo documento, per favor?

Pese a su depresión espiritual, Galenti volvió a mirarlo con lo que él creyó una sonrisa inexpresiva pero que en realidad no fue más que una sarcástica mueca de hiena acorralada.

—¿Mis documentos? ¿Para qué quiere mis documentos? ¿Por si soy un ladrón, un asesino, un enemigo de la “nueva Argentina”, buscado por la Federal, o un infeliz, que se le irá sin pagar o con las valijas llenas de sábanas o cubiertos del “hotel”? ¿No sabe, pedazo de desgraciado, que hace una semana, en plena Avenida de Mayo, en la espina dorsal de Buenos Aires, en un señor hotel de varios pisos, con ascensores, baño privado y teléfono en la habitación, adonde fui por primera vez y nadie me conocía, me pidieron la documentación después de pagar y pocos minutos antes de retirarme? ¿No sabe que su ridícula actitud me provoca y me inspira la diabólica idea de exigirle a mi vez a usted sus “documentos” para denunciarlo por sus pretensiones, por su falta de la más elemental higiene, de comodidad, de tacto y por su desfachatado y cínico fraude de llamar “hotel” a esta inmundada letrina?

Pensó todo eso, mas no lo dijo. Por otra parte, el “hotelero” ya había desaparecido.

Lo que gritó, saliendo nuevamente al patio, fue:

—¡Una silla, por favor!

Con el saco en la mano, se quedó en la puerta del cuchitril, esperando. Luego, impaciente, volvió la cabeza hacia adentro, y vio la percha, de la que se había olvidado. Colgó el saco después de sacar la billetera y ponérsela en el bolsillo del pantalón. Y casi como una bestia, buscó el “baño” con el olfato más que con

la vista, dejándose guiar por el olor que había superado con creces —cualitativa y cuantitativamente— al de la cocina.

Poco menos que pegado a su cuarto, estaba el “baño”. La puerta, más pequeña que la de su zaquizamí, semejaba más bien la de un gallinero y estaba entornada. La empujó levemente con el pie, con cierto asco y desconfianza. Y si en la cocina las moscas hacían un festín en cambio aquí parecían en un velatorio, pues aunque eran muchas, permanecían fúnebremente quietas y como al acecho.

Se retiró de inmediato, expelido violentamente por el cuadro y el hedor.

Del fondo, de un galpón casi lleno de trastos, botellas y basuras, por entre las que paseaban los pollos y las gallinas picoteando incansablemente, venía el gringo trayendo un esqueleto con botellas vacías.

Galenti no despegaba la vista del hombre, que se acercaba a él, más acá de unos raquíticos sauces rodeados por un cerco de botellas de un litro enterradas por el pico.

—Necesito una silla. O cualquier cosa para sentarme —agregó con evidente sarcasmo—. Y quiero que vea esto...

Se dirigió al “baño”.

—Entre y mire —completó.

El “hotelero” lo hizo, dejando el esqueleto con las botellas en el suelo.

—Sí... hay que tirar un balde de agua —dijo con cierto apuro y moviéndose de pronto de un lado para otro—. La cadena no marcha...

—Se rompió la cadena pero pueden limpiar, pueden echar las moscas, puede ponerle las tablas que faltan, puede tirar un balde de agua con desinfectante todas las mañanas en el piso, pueden ser un poco más limpios, chanchos de mierda —pensó el viajante.

El otro se explicó a su vez:

—Usted no se da una idea, señor, de cómo se vive en este pueblo.



Dejó de moverse un momento, cogiéndose las manos como con desesperación.

—Usted busca un albañil, un carpintero, un plomero, y no lo encuentra porque no hay. En este guadale no han quedado más que los vieco y las muquere. Hace mese que tengo de arreglare la poerta, el inodoro, la lluvia, ¡que tampoco anda! Hace mese que se hano comprometido venir, ¿y usted lo ha visto al albañil y al plomero? ¡Así lo he visto yo! A los poco obrero que hano quedado tiene que pedirle de rodilla, vienen cuando se le antoca ¡y le cobran un oco de la cara! Usted sabe, señor: ¡ello mandan ahora!

Por toda respuesta, Galenti largó un sonoro escupitajo al suelo, y no dirigido precisamente a los obreros.

## 5

Con el portafolio en una mano y en la otra un papelito conteniendo una lista de “notables” del pueblo, sacados en su mayoría de una guía telefónica, el viajante entró nuevamente en el salón.

Allí estaba el hombrecito de la tricota, don Higinio, detrás del mostrador.

—¿Me puede decir dónde queda “Martínez y Álvarez, cerealistas”?

—Aquí a la vuelta, más allá de la carnicería, pasando el paredón largo —explicó don Higinio, extendiendo el brazo.

—Álvarez no está —acotó sin levantar la cabeza uno de los tres hombres que jugaban, cerca del mostrador.

Galenti lo miró. Era moreno, rechoncho y parecía más bien bajo.

—Ése no está nunca. Pero puede verlo a González, el empleado —amplió otro de los jugadores, un muchachón delgado, de campera y alpargatas, dejando el cigarrillo en el borde de la mesa y poniendo un naipe sobre ella—. Juegue, doctor —añadió, mirando al moreno rechoncho.

—¿Y Martínez? —siguió inquiriendo el viajante.

Ahora fueron los cuatro los que levantaron la vista para mirarlo.

—Martíne murió hace má de dos año —dijo el italiano, pasándole a una botella un trapo de color indefinible, igual a su tricota.

Para disimular su turbación (“A ése puede visitarlo en el cementerio”, pudieron haberlo cachado), Galenti se aproximó al mostrador y puso sobre él su cédula de identidad.

Después, con la desagradable sensación de que las viejas tablas del piso cederían bajo sus pies juntamente con las rejillas del sótano, que en ese instante pisaba, salió a la calle ventosa y polvorienta preguntándose vagamente por qué estaría cubierta con una lona la mesa de billar y qué hacían sobre ella esa gran cantidad de sillas apiladas.

Aunque Martínez no pertenecía ya al mundo de los vivos y Álvarez estuviese ausente, sabía que el empleado se llamaba González, y podía así presentarse a él con cierta pompa y tocar su humana vanidad.

—“Señor González: tengo el agrado de hacerle una visita en nombre de Kardin-ginten, fabricante de relojes suizos”, etc., etc.

González a su vez podría quizás suministrarle datos de algunos otros que no llevaba anotados y el nombre del doctor rechoncho y de facha vulgar y bonachona que tragaba maníes y cerveza en ese bodegón como cualquier pelafustán.

La carnicería, con una puerta de tupido alambre tejido; luego un largo e interminable paredón torcido, sin revocar, que terminaba en un portón de cinc una de cuyas hojas estaba en el suelo; después, una verdulería de la que se alejaba una señora seguida de un perro; y, finalmente, una placa de hierro enlozado en la que aún podía leerse: *Martínez y Álvarez - cerealistas*.

Entró y se detuvo ante un pequeño mostrador. El hombre era aparentemente joven, de edad más bien indefinida, como el color de sus cabellos abundantes y sus descuidados y cortos bigotes, que por sus canas no se hubiera podido afirmar que eran grises ni tampoco negros.

—¿El señor González?

De saco color pardo y barba de varios días, estaba leyendo unos papeles, de pie detrás del mostrador, cuando el viajante entró.

Giró la cabeza sin mucho apuro y, aproximándose un poco:

—Sí... —dijo sencillamente.

Galenti se apresuró a estrecharle la mano, un tanto aparatosamente, dando a su vez su nombre y no tardó en enterarlo de que sabía que el señor Álvarez estaba ausente.

Advirtió que González usaba un lacito negro, anudado en el cuello, en vez de corbata o moñito. Su rostro, a pesar de su color y expresión indefinibles como todo en él, inclusive sus pantalones, que pudo apreciar más adelante, era si se quiere agradable e inspiraba cierta confianza. Esto era lo único que desentonaba en ese ambiente agobiado de polvo, desidia y miseria, y donde el hombre parecía una cosa o un objeto más no obstante esa especie de nobleza o romanticismo triste que asomaba vagamente en su semblante.

Galenti hablaba sobre el viento, la sequía, otras cosas que en apariencia nada tenían que ver con el objeto de su visita. Y mientras observaba la caja fuerte anticuada y color verde oscuro, una añosa máquina de escribir, una prensa para copiar y, al fondo, un destartalado anaquel conteniendo una hilera de biblioratos con el lomo a la vista, como enormes y antiguos libros, terminó por decir que no entendía por qué estaban encendidas todas las luces de la calle a las once menos dos minutos de la mañana.

—De día no dan más que dos horas de luz, de once a una, y habiendo una sola línea, las de la calle también quedan encendidas.

—Qué quiere usted con estos pueblos —añadió luego González lentamente, y con la misma lentitud dejó los papeles sobre una mesita, cerca de la máquina de escribir.

No tardó el viajante en abordar el tema que le interesaba. Y tras breve preámbulo sobre la importancia del reloj en la más civilizada como en la más retrógra-

da parte del mundo (exceptuando los supuestos pueblos o salvajes que usaran todavía relojes de arena o de sol) le ofreció uno, “a mitad de su precio real”, ya que él “no pagaba propaganda, vidrieras, letreros, patentes, lujos ni empleados”.

Después de mirarlo González devolvió el reloj pulsera que Galenti sacara de su henchido y pesado portafolio.

—La marca parece buena y creo que no es caro. Pero no estoy para estas cosas— y adicionó, como para sí mismo:

—El reloj *ha dejado de marchar* en estos villorrios. El otro insistió largamente: el reloj no era un lujo, su precio era ínfimo en relación con su calidad y hasta se lo podía dejar con facilidades.

González, con mucha menos premura, machacó a su vez sobre su situación y la del pueblo en general, agregando:

—... y Agua Amarga es una porquería. Esto ya no es pueblo ni nada. Y por desgracia, con eso de la industrialización del país, todo el mundo se está yendo, y especialmente la juventud. No conozco su opinión, pero el Presidente dice que la grandeza y el porvenir de la república no están en el campo sino en los talleres de las grandes ciudades.

—Pienso que el país puede ser industrializado y hacérselo progresar sin abandonar ni descuidar el campo —dijo Galenti tratando de rehuir el tema.

—Para colmo no llueve, y el trigo, que está creciendo, necesita más agua que nunca. Peor no pueden ir las cosas.

El viajante le ofreció luego una malla para reloj pulsera, enchapada en oro.

—¡Como para gastos extras estamos!

No tardó en mostrarle un encendedor importado, también inútilmente, y a continuación hizo la prueba con una estilográfica azul oscuro y dorada: —Como usted ve, dijo, es elegante y hermosa como un sueño.

Pero González, detrás de su aspecto blando y simple, era irreductible y Galenti, suspirando, guardó con cuidado su lapicera en la cajita de cartón, que puso nuevamente en su cartera llena de compartimentos.

—El drama de la tierra y de los pequeños pueblos no es actual —comentó mientras cerraba el portafolio y como reflexionando en alta voz—. Es un problema viejo, agravado ahora por Perón.

—El campo se está despoblando espantosamente —continuó González—. Italó, por ejemplo, tenía antes mil quinientos habitantes. Hoy tiene cuatrocientos. Buchardo tenía cinco mil y ahora no cuenta ni con la mitad. Un amigo mío, rematador, se está haciendo millonario vendiendo las chacras de todos los que se las pican a las grandes ciudades. De Agua Amarga no vale la pena ni hablar. El trigo no se paga nada y la gente no quiere trabajar inútilmente. Es atraída por las populosas ciudades, especialmente Buenos Aires, con su dinero, sus comodidades, su trabajo. Dicen que allá los obreros ganan bien, viven bien, les sobra trabajo, y que los industriales nadan en el oro.

Mirando disimuladamente su reloj en la mano abandonada sobre la cartera, Galenti advirtió que hacía más de media hora que estaba con González y que de alguna manera debía compensar los minutos perdidos. Así, antes de irse averiguó que el morocho que viera en el “hotel” debía ser Floresta puesto que no había otro “doctor” morocho en el pueblo. Un posible cliente era quizás Moranteri, el dentista, que lo tenía a la vuelta, cerca de la otra esquina, haciendo diagonal con el “hotel”. Le informó asimismo González que en Agua Amarga había una sola escolita, y ciertamente muy pobre; y finalmente opinó que más le hubiera valido al viajante seguir de largo en el ómnibus o en el tren en que había llegado.

—En cuanto al pueblo en sí...

—Lo conozco algo —dijo Galenti—. Estuve aquí cuando era chico, hace más de veinte años. Nunca olvidé su plaza hermosa e inmensa, sus altísimos y orgullosos pinos susurrando en el atardecer y en la noche...

—¡Pero en aquellos tiempos esto era mucho mejor que ahora! —replicó González como despertando de una modorra de muchos años y con un repentino fulgor en su mirada, que se hizo más vivaz y más inteligente—. La plaza es lo único que vale algo... Aunque esos pinos, tan altos, ¡no sirven ni para ahorcarse...! Y está muy a trasmano, lo mismo que la iglesia. ¿No la conoce usted? Todo en Agua Amarga es estrafalario: la iglesia, como la plaza, está retirada y no da el frente al pueblo. Caso parecido de Santa Eufemia, cerca de La Carlota, que la construyeron con esa orientación porque, según se comenta, algunos no quisieron cooperar con el que tuvo la idea de levantarla...

Estrechándole la mano:

—Usted es un amable conversador —le dijo el viajante— y pronto tendré el gusto de visitarlo otra vez. Discúlpeme ahora: en mi próxima visita conversaremos con más tiempo y le venderé un hermoso reloj suizo a mitad de precio y a pagar como quiera...

—Con mucho gusto... si es que me encuentra todavía aquí.

Y cuando Galenti bajó a la vereda aún hablaba González:

—¡No deje de visitarlo a Rivera, el farmacéutico!

El otro se detuvo, envuelto en una tolvana de basuras y pedazos de guano reseco.

—¿Usted no vende libros, mapas, objetos curiosos o de arte? Rivera se está salvando: en cambio de estar enterrado, como nosotros, vive sumergido en los libros y en sus viejos proyectos de un viaje a Europa...

—Lo llevo anotado y tengo referencias de él. Muchas gracias y hasta luego.

\*\*\*\*\*

—De allí me fui a lo de Moranteri, el dentista —continuó relatando Galenti a su joven colega—. Pero no pude entrevistarle porque se encontraba en la escuela.

Corrí a la farmacia, pero tampoco a Rivera pude ver: había salido por un momento, según el chico, y no tardaría en regresar.

La suerte no era mi compañera esa mañana. Siendo ya las doce pasadas, regresé al *Hotel y Bar "Italia"* con un humor comparable al viento, al "hotel", al pueblo y al éxito obtenido hasta entonces y pensando con qué horrible almuerzo me estaría esperando don Higinio, que no podía tener las manos quietas o que parecía tenerlas siempre sucias.

Debo reconocer, sin embargo, que si bien el comedor no era limpio ni cómodo, mis vientos interiores se calmaron un tanto al ver que hasta allí no llegaba la tierra de la calle y que el mantel que cubría la mesita donde me ubicaron no estaba enteramente sucio, que digamos. Y así como es cierto que abundaban las moscas y me llegaba de la cocina un olor y un vaho que había tenido que enfrentar heroicamente un par de horas antes, juntamente con otros olores mil veces peores, también lo es que tuve una grata sorpresa: después de un poco de fiambre discreto y una sopa no del todo despreciable, me trajeron un abundante plato de pollo a la portuguesa. A menudo es así en la vida: en las buenas o en las malas, siempre nos encontramos con eventos malos o buenos.

\*\*\*\*\*

—Y así fui conociendo al dentista, quien era también maestro y a quien hallé por segunda vez la tarde de ese mismo día en un almacén donde llevaba los libros y que me recuerda a un director de escuela de Moldes. Después de veinte años de servicio, este último era también dactilógrafo de un escribano y hacía otras changas en sus ratos libres. Así me hice amigo de González y, sobre todo, del farmacéutico Rivera, un gran tipo, aunque un poco escéptico y encerrado en sí mismo y en el mundo de los libros. Porque volví, y más de una vez, a Agua Amarga; hice pocos clientes pero muy buenos.

Y en ese pueblo cayó un día Anita, la maestríta, más conocida por *Pajarito*. Yo apenas la conocía. Viajó una vez conmigo en un ómnibus parecido a éste, y al poco tiempo, en otro de los viajes que hice a Agua Amarga hablé algunas pala-

bras con ella en la escuela y en el “hotel”. Al pensar en ella y en el infame villorrio, la veo como un clavel en un chiquero. Tenía un no sé qué de pájaro y de flor. ¡Y tan generosa y desvalida! Conocí su *caso*, hasta en los menores detalles, a través de González y de muchos otros, inclusive un ex policía.

## 6

Eran las doce y todavía no llegaban a Del Campillo. Hacía como una hora que Galenti hablaba. Y ni él ni su colega prestaron mayor atención a la lluvia que luego de mermar algo, a eso de las once seguía precipitándose con mayor intensidad, obligando al conductor a una marcha muy lenta en el centro de una oscuridad casi nocturna y en la que la luz de los faros proporcionaba muy flaca ayuda.

En los momentos de tregua el agua había disminuido hasta cesar casi completamente. La atmósfera, aclarándose en pocos minutos, permitió ver el espectáculo que los rodeaba. En todos los ámbitos, a izquierda y derecha, adelante y atrás, el cielo se unía circularmente a la tierra, más allá de los alambrados, del camino, de las enormes lagunas dentro y fuera de los campos, en una inmensa soledad y lejanía.

Llevaban ya como siete horas de viaje. Y en las tres últimas ni un auto, ni un sulky, ni una chata en el camino. Alambrados, cielo y barro. Cielo, barro y alambrados. Y en algunos lugares ni alambrados se veían. Algún rancho perdido en la desoladora inmensidad. Algún arbolito. Y todo cubriéndolo la lluvia de tal modo que no se divisaba el horizonte y, por momentos, ni los alambrados mismos a los costados de los caminos anegados de lodo o de agua.

En los escasos minutos en que casi creó la precipitación pluvial y sopló el viento, la gente empezó a reanimarse y a conversar en voz alta y hasta pareció que no tardaría en alumbrar y calentar el sol. Varios caranchos sobre una vaca muerta, entre el alambrado y el ancho camino, en un sector alto y no inundado, fue un espectáculo tan novedoso e interesante que todos le dirigieron sus miradas y algún comentario. Exceptuando las monjas, que con la vista hacia abajo, no se



sabía si miraban su crucifijo o el suelo, y los dos viajeros, que continuaban absorbidos en la narración sobre Agua Amarga.

—Hace rato que hemos pasado el río Quinto —dijo un pasajero vestido con cierta elegancia y que viajaba con una mujer, madura como él.

—Es posible que los ranqueles sobre sus caballos, y el mismo coronel Mansilla, que era civilizado, anduvieron por acá con más seguridad que nosotros pese a que hemos progresado como un siglo.

—El General anduvo a caballo doscientas cincuenta leguas entre el río Cuarto y el río Quinto —aseguró ella, con una revista en las manos.

—Cuando lo hizo era coronel, no general —corrigió él.

Un gordo con grandes bombachas blancas que caían sobre sus botas cubriéndolas casi totalmente, sombrero negro y largo pañuelo blanco anudado al cuello se levantó, con un paquete en la mano. A pesar de que no era alto se golpeó la cabeza en el techo y tuvo que encogerse, quitándose el sombrero y poniéndose de nuevo después de desabollarlo. Así, poco menos que acurrucado entre los asientos, y procurando ver por las ventanillas dónde debía apearse, viajó varios minutos, hasta que se bajó.

Ya en primera, ya en segunda, el vehículo siguió avanzando un rato, como tanteando por momentos el invisible suelo y las posibilidades de continuar la marcha en ese ancho camino cubierto de yuyos aplastados en las orillas, con baches o barro en el centro o enormes lagunas que ocupaban la calle de alambrado a alambrado dilatándose cuadras hacia adelante.

El hombre quedó atrás, con sus botas enterradas en el lodo y el envoltorio en las manos, recortándose su lejana silueta contra el horizonte amenazante aún con grandes nubarrones las cuales se movían sobre un fondo por instantes límpido y luminoso. Pero no tardó en convertirse en una minúscula manchita blanca entre los alambrados casi invisibles y el cielo sombrío y amenazador.

—Pobre hombre —murmuró una mujer.

—Quién sabe dónde vive y no sé cómo se las arreglará.

El colectivo volvió a gemir en primera. Parecía morderse y retorcerse de impaciencia, rabia y desesperación. El motor marchaba mas no el ómnibus, el cual no se movía ahora un centímetro del lugar. Y no tardó en aquietarse y callar también el motor, como largando el último suspiro.

La esperada salida del sol había sido semejante a una ilusión. Oscureciendo de nuevo, comenzó otra vez la lluvia, en medio de un silencio universal y sobrecogedor.

Este silencio infinito permitía distinguir nítidamente el estrepitoso concierto de las ranas, en su incesante y multitudinario cascabeleo metálico acompañado de unos pocos sapos con su ¡uh uhuhuh! largo y lúgubre, y que antes se escuchaba en breves intervalos, durante los cambios de marcha del colectivo.

—Cualquiera diría que estamos en otro planeta —dijo el hombre que hablaba del coronel Mansilla, rompiendo el mutismo general.

—¡Parece que estamos llegando al fin del mundo! —agregó la que debía ser su mujer, con menos ironía y más inquietud.

—Alcanzame la pala —pidió el guarda al conductor, bajando de inmediato con la herramienta, luego de arremangarse los pantalones hasta las rodillas.

—¡Parece mentira: estos caminos, este vehículo y esta “aventura” en plena época de los viajes interplanetarios y cuando podemos dar tantas vueltas a la tierra como una mosca en torno a una naranja! —comentó Galenti con su vigorosa voz, haciendo una pausa de reposo a su larga narración.

—¡Qué barbaridad! —atinó a decir Albertini con su voz bronca y atabacada, encendiendo otro cigarrillo y acurrucándose, con frío, en el duro asiento.

No tardó en bajar también el conductor, poniéndose la gorra y hundiéndola hasta las orejas. Uno quitando barro con la pala bajo las dos ruedas traseras, el otro arrancando yuyos con una rapidez que asombró a algunos pasajeros, apenas si dieron tiempo a que un muchachón rubio y poco menos que hercúleo, sentado adelante, se ofreciera a ayudarles.

—No, gracias. Ya está listo —dijo el conductor, yendo a buscar otra brazada de malezas a las orillas de la gran laguna, donde el agua, cerca de las hierbas, era amarillenta y espumosa igual que la cerveza. Volvió por última vez con los yuyos, chorreando agua y barro por las rodillas y los colocó bajo las ruedas traseras, para que no patinaran.

Minutos después, faltando poco para llegar a Del Campillo, empezó a verse alguno que otro rancho. Los chicos los miraban pasar, asomados en los agujeros de sus humildísimas viviendas. Luego, al cesar nuevamente la lluvia, los hombres, las mujeres y los pibes salían a mirarlos como a seres de otro mundo: pasaban con tres o cuatro horas de atraso y, pese a ese diluvio que parecía universal, arribarían triunfantes a Del Campillo.

Pararon algunos minutos para comer algo en la esquina de una fonda del pequeño pueblo.

—Mire qué miseria y qué desolación —murmuró Galenti, sacando el piloto, la pequeña valija y el portafolio de bajo el asiento—. Dando un vistazo a esto se dará una idea de cómo era Agua Amarga en los últimos tiempos, cuando le tocó ir a vivir allí a *Pajarito*. Aunque le adelanto que esto es mucho mejor. Debo quedarme aquí y después tomar el tren para Villa Valeria.

—¡Pero no me contó usted todo! —rió el viajante primerizo, bajando delante de él.

—Cierto que es muy poco lo que le narré —reconoció Galenti—. Ya tendremos oportunidad de vernos, y le seguiré relatando.

Galenti pidió una habitación a la gente de la fonda, atareadísima en preparar sándwiches de pan Felipe y mortadela para la mayoría de los pasajeros y después se despidió de Albertini deseándole muchas ventas y buenas cobranzas en su iniciación como viajante.

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

## II

### 1

Un año después del primer viaje de Galenti como viajante a la que él llamó, despectivamente, “Tierra Sucia”, llegó *Pajarito* a llenar una suplencia en la única escuela que restaba en el pueblo. Agua Amarga dista no mucho más de ciento cincuenta kilómetros de Río Cuarto. Pero estos ciento cincuenta kilómetros se duplicaban y a menudo triplicaban en el tiempo y en el magín de los viajeros: por los pésimos caminos y por los incómodos y antiguos ómnibus que hacían la línea hasta Laboulaye. Al cabo de un interminable zangoloteo y cubiertos de polvo, estos vehículos largaban a sus pasajeros más muertos que vivos y con los huesos descompaginados.

Se recostaba el sol de ese ardiente y polvoroso atardecer cuando el colectivo llegó al pueblo, deteniéndose en la esquina del *Hotel y Bar “Italia”*.

Frente al “hotel” había un paisano con un lío de ropas bajo el brazo, un agente de policía, dos o tres perros y, un poco más lejos, un hombre joven y renco, con una muleta reemplazando la pierna que le faltaba.

Cuando la maestra hubo descendido, con una cefalea que apenas le permitía tener los ojos abiertos, el cojo se le acercó, sonriéndole.

Deprimida por el viaje y por el aspecto de Agua Amarga y del “hotel”, que más bien parecía de afuera un inmundo boliche, ella miró su renegrada y relumbrante melena bien peinada, y sonrió a su vez involuntariamente como pidiendo protección. Con su único brazo libre, no tardó el hombre en ofrecerse para llevarle la valija, que el guarda acababa de bajar del techo del ómnibus cubierto de polvo. La muchacha se negó a que la ayudase. Pero como tenía las manos

ocupadas con un bolso y un paquete de cosas que no cabían en la valija ni en el portafolio, el rengó se apuró y agarró la valija, por más que ella, sonriendo y sintiéndose menos sola, insistió en que no se molestara.

—Por favor, déjela aquí —dijo la jovencita entrando en el salón desierto, todavía con la mesa de billar cubierta con una lona y las sillas encimadas, y examinando de soslayo al hombre de la muleta mientras esperaba que apareciera alguien.

El rengó no soltaba la valija y, sin una palabra, se quedó próximo a la maestra; a ella le pareció que demasiado cerca. Su cara no era ciertamente desagradable; y pese a su aspecto de lustrabotas, vendedor de lotería o pordiosero (pues algo de todo eso trascendía de él) veía un algo de orgullo y hasta de arrogancia en su cabeza cuidadosamente peinada y en su modo de ser.

Cuando, un poco nerviosa, la maestra iba a rogarle otra vez que dejara la valija en el suelo, el hombre, sin soltarla, se dirigió hacia el interior del “hotel”.

En ese instante apareció el “turco” Nejas, nuevo propietario de la fonda y pariente del tendero: sin saco y con la camisa desprendida.

Caminó hacia ella lentamente, sin decir nada, y tampoco decía nada el hombre de la muleta, que no se desprendía de la valija.

El fondero saludó y después dijo:

—Usted debe ser la maestra que me dijo los otros días el guarda del ómnibus.

Era un sesentón de aspecto abandonado, con un reborde de mugre en el cuello de la camisa sin corbata y un inmóvil ojo muerto y lechoso.

Hablaba con voz tarda y melancólica, intentando sonreír atraído por la cabecita y el extraño peinado de la maestra, que parecía la desgredada melena de un varón o la cabeza de un pájaro cuyo nombre en ese momento no recordaba.

—Esta valija es suya ¿no? —y poco menos que arrebatándosela al cojo lo miró como diciéndole:

—¿Quién te llamó a vos aquí?

—Venga, señorita —añadió, pasando por el comedor y saliendo al patio.

El rengo caminó al lado de ella algunos pasos. Y en la puerta que daba al patio, donde se detuvo para darle paso a la maestra, ésta pudo apreciar, en un segundo y a la luz crepuscular, sus pómulos y mentón pronunciados, sus ojos ardientes y rencorosos, sus labios apretados y sobre todo el color de su piel oscuramente roja, como de cuero curtido.

“Quemado dentro por la bebida y fuera por el viento y el sol”, se dijo poco después ella.

Al pasar cerca del hombre y su muleta, una extraña inquietud recorrió rápidamente el cuerpo de la muchacha. Abatida y sintiéndose enferma y sin fuerzas, siguió al “turco”, con el que no había cambiado más que dos palabras. Pero al dejar de ver al rengo se sintió mejor.

—La pieza está ya preparada —avisó el fondista, deteniéndose en la despereja veredita de ladrillos, frente a la puerta de una de las habitaciones que daban a un patio de tierra, y lejos del que fuera un jardincito delimitado con botellas enterradas. Más acá, donde seguramente arrojaban a menudo aguas servidas y restos de alimentos, una gallina y varios pollos picoteaban desperdicios sobre el húmedo suelo.

La maestra se detuvo al lado del hombre y luego entró a mirar. Aunque las impresiones que le habían transmitido vagamente de Agua Amarga podían sintetizarse en “el pueblo de mala muerte” que le dijera una amiga, la chica no se esperaba lo que estaba viendo. La habitación era o le parecía demasiado espaciosa, quizás por su triste desmantelamiento y abandono y por la proximidad del crepúsculo que comenzaba a oscurecer con tétricas sombras los rincones.

—¿No tiene... no me podría prestar algunas perchas? —pudo decir ella al término de un largo silencio y en el que de nuevo el desaliento apenas si le permitía mover los labios.

—Claro... Esto está así... hasta que poco a poco... nosotros y usted misma la irá arreglando —trató de disculparse el “turco”, que todavía no había entrado la valija y como controlando las reacciones de la nueva pensionista.

Ella dio algunos pasos y dejó el portafolio y el paquete, vacilante, sobre la mesa sucia de algún líquido que dejara sus huellas en el polvo adherido allí desde quién sabe cuánto tiempo.

Cuando el hombre se hubo retirado a poco de entrar la valija y de murmurar algo que ella ahora no recordaba se dio cuenta de que no le había preguntado, concretamente, el precio que le haría; dónde quedaba el baño; a qué hora se cenaba; y si quedaba lejos la escuela. Éstas y otras cosas las había pensado en el ómnibus, en parte de puro aburrída de ver alambrados y más alambrados, algunas osamentas de vacas muertas de hambre o de sed, y también porque formaban parte del “plan de trabajo” de esa jornada. Pero tanto en el viaje como a la entrada del pueblo y en el “hotel” mismo se halló con cosas absolutamente imprevistas y que ahora la tenían perpleja y con un malestar tan profundo (además de esa horrible cefalea: un geniol o una aspirina era otra de las cosas que había olvidado pedir al patrón) que allí permanecía de pie, al lado de la enorme valija cubierta de polvo y sólo atinando a mirar insistentemente esa “habitación del hotel” donde tendría que dormir ésa y Dios sabe cuántas noches más, donde debería corregir los deberes de los chicos y preparar las lecciones y las láminas y donde se vería obligada a pasar sus horas de descanso o de hastío porque, según le habían informado, allí no había nada que ver, “fuera del guadal de las calles con su basura y sus perros”.

Estuvo varios minutos inmóvil con esa cuña de dolor introducida entre la sien izquierda y el ojo del mismo lado y con la asquerosa mesa no encajando, no entrando, no cabiendo en su cabeza ni en su conciencia y la despintada camita con una raquítica almohada poco menos que hilachenta y como desinflada y reseca pero limpia y las paredes manchadas y sus horribles, agresivos, herrumbrados clavos que le penetraban precisamente entre la sien y el ojo izquierdos junto con la sucia ventanilla del ómnibus con tierra, con sol, con sacudidas, esas terribles,



continuas, bestiales sacudidas hediendo a animales putrefactos y ese sol que metiéndosele exactamente por la sien y el ojo izquierdos introducía en su piel y en sus huesos revolviéndole el cerebro y el estómago ese fuego líquido y polvoroso que revolvía todo su organismo pero especialmente esa sien y ese ojo donde también chocaban ahora esta ventana sin vidrios y sin cortinas y esta puerta de una sola hoja que en un tiempo fue verde o azul o colorada sin cerradura y sin pasador con un enorme, viejo y lustroso agujero del que colgaba un alambre que los pasajeros anteriores hacían pasar por la arandela de un tornillo para que de noche no se abriera mientras ellos dormían.

En cambio la humilde camita con su almohada hilachosa y despachurrada pero limpia venía hacia ella igual que una húmeda y fresca esponja que le aliviase esa terrible resquebrajadura que sentía entre el ojo y la sien.

Recostarse aunque fuese unos escasos minutos; reclinar su cabeza y ese lado de la frente en la fresca tela blanca que seguramente olía a limpia humildad, pero limpieza al fin; tomarse el geniol o lo que fuera que le pediría al patrón; reposar esos pocos minutos intentando olvidar esa infernal travesía de cinco horas y el ambiente que rodeaba a esta cariñosa camita con su blanca almohada y dejarse estar en ese pozo de silencio y quietud como cuando, niña aún, mientras ella se quemaba en el sopor de la fiebre que duró varios días su madre se colaba sin hacer el menor ruido en la habitación siempre en penumbra y la besaba acariciándole los cabellos creyéndola dormida.

Iba a pasar el doble alambre de la puerta por la arandela del marco, después de encender la luz, para cerrarla y recostarse un momento, cuando don Nejas, tras de golpear con el puño, le entregó una percha de ropero.

—Por ahora tiene ésta —su voz era pastosa y su habla arrastrada y un tanto oscura y tartajeante, con un dejo doliente y melancólico—. Mañana a lo mejor le encuentro otra...

—Bien, gracias.¿No tendría un geniol o un mejoral, por favor?

Cuando el “turco” se retiró masticando algo que la maestra no alcanzó a entender, recordó que traía uno en el bolso, junto con unas galletitas que no había probado y un libro que ni siquiera intentó abrir en los sacudones del camino.

Nuevamente había olvidado preguntarle por el baño, a qué hora servían la cena y dónde quedaba la escuela. Quizás con un baño y un geniol...

Arrastrando sus pies apareció de nuevo el hombre con un geniol y un vaso de agua. Ella sintióse súbitamente mejor. Y al agradecerle su amabilidad rogándole perdón por las molestias ocasionadas hasta tuvo ánimos para sonreírle. Tomó la pastilla, le devolvió el vaso que don Nejas no quiso recibir “por si lo necesitaba” y le preguntó dónde quedaba el baño.

—... Allí —farfulló el fondero entre otras palabras que no llegaron a los oídos o a la conciencia de la muchacha, indicando con la mano la última de las puertitas que daban a la veredita de ladrillos. Mas no se movió. Quedóse como auscultando las impresiones que esta nueva etapa haría en el ánimo de la jovencita, que se dirigía allá.

—¿No tiene luz? —preguntó Ana, echando un vistazo desde la puerta a ese baño que había indignado al viajante Galenti un año atrás.

El “turco” masticó algo sobre la instalación, sobre los electricistas, sobre los obreros, alcanzó ella a oír “algunos de estos días”, “tenemos que reorganizar”, “la muerte de mi señora”, “la gente quiere pagar poco”. Y en tanto hablaba se iba aproximando.

—¿Y la lluvia? —siguió averiguando la maestra, en un hilo de voz, con desencanto y resignación.

El fondista contestó con igual o parecida ambigüedad:

—Después veremos...

Ella no quería hacerle tantas preguntas a un hombre que seguramente la triplicaba en edad y, además, el modo de expresarse del “turco” irritaba a sus nervios, que se hallaban en un estado lamentable.

De cualquier manera se bañaría, aunque fuese echándose baldadas o latas de agua. Y por más que se dijo esto en un instante de terrible depresión, fue precisamente lo que tuvo que hacer, pues la lluvia no funcionaba y, por otra parte, agua tampoco había. Lo hizo casi a oscuras, respirando la nauseabunda atmósfera que subleva a Galenti, de pie sobre una tabla que ella misma recogiera del patio y con el agua de la bomba que en un fuentón le había traído Nayibe, la hija de Nejas.

Y cuando ya más animada estaba en la habitación, sacando las cosas de la valija y estudiando cómo y dónde almidonar su guardapolvo y acomodar en la pared sus pocos vestidos, surgió el recuerdo de su madre, cuyo retrato había posado ya sobre el sucio veladorcito desmantelado, tan pequeño que no lo había visto al entrar en el cuarto. ¡Qué exóticas, ingenuas y hasta tontas sonaban en este momento sus palabras, algunas de las últimas palabras que le dijera al despedirse!:

—Al llegar te pegás un *regio baño* en el *hotel*, te arreglás un poco y antes de cenar te ponés a leer un poco en tu *habitación*.

## 2

El “turco” Nejas no era turco, ni tampoco árabe, como decían otros. Era libanés. Primo hermano de Nadin Nejas, el tendero, tampoco era Nejas, así como se pronuncia y escribe en castellano, según le dijo una vez el fondero a la maestra. Originariamente era distinto; pero quedó *Nejas* para facilitar la pronunciación y la escritura.

Estaba hastiado de su boliche: “Bazar, Librería, Agencia de Diarios y Revistas”. Apenas puchereaba con él y temía comerse ahora los pocos pesos amarrocados en los “buenos tiempos”. Estaba enfermo de aburrirse detrás del mostrador, aguantando a los vecinos y amigos que leían y ajaban los diarios y las revistas sin llevarlos o que llevaban sin pagar, y de fiar billetes de lotería y cigarrillos que cobraría para las calendas griegas. Y logró ser convencido por el incansable don Higinio para que le comprase el “hotel”.

Las razones esgrimidas por el pertinaz italiano eran poderosas: no había otro “hotel” en el pueblo y, aunque podían ofrecer muy escasas comodidades todo el mundo y especialmente los viajantes se veían obligados a comer y pernoctar allí.

Y se adelantaba a la posible pregunta o suspicacia de don Nejas informándole que él, Higinio, seguiría sacándole sus buenos pesos después de mejorarlo y pintarlo y, sobre todo, colocarle uno o dos baños como la gente: con bidé y todo, porque las mujeres modernas no la podían pasar sin eso. Pero repentinamente, unos parientes de la Capital Federal le ofrecieron asociarlo en una fábrica de tejidos de su propiedad.

Ya se sabía cómo andaban las fábricas, y especialmente de tejidos, en Buenos Aires, y no era cuestión de perder la oportunidad.

No fue tan fácil convencer a don Nejas, si bien tenía muchas ganas de abandonar ese boliche en el que había perdido varios años. Y las razones invocadas por el gringo Higinio eran simples y terminantes: ¿No había hecho su pequeña pero firme fortuna dando de comer a algunos hacendados y chacareros y a los viajantes, que nunca se fijaban en un peso? ¿No había logrado eso sin gran sacrificio? ¿Acaso había otro hotel o comedor que pudiera competirle? ¿Y no tenía él —también eran argumentos de don Higinio— una mujer sana y fuerte y muy entendida en cocina y una hija que le ayudase a servir la mesa y arreglar las piezas, librándose de empleados que, con las leyes nuevas, era un rompedero de cabeza y una invasión a los bolsillos del patrón?

Pero la máxima razón expuesta por don Higinio y que inclinó definitivamente la balanza era que el fondín de Los Médanos —pueblito parecido a Agua Amarga y distante unas cuatro leguas de éste— estaba por cerrar, si es que no había cerrado ya. Y era lógico que todos los viajantes y pasajeros de Los Médanos, se verían obligados, con o sin ganas, a llegar al *Hotel y Bar “Italia”*, ya que no había otro pueblo ni otros hoteles a menos de doce leguas hacia cualquier rumbo.

Eso fue lo que le dijo el italiano ese atardecer, en su cotidiana búsqueda del diario. Y eso fue lo que creyó don Nejas, sin detenerse a reflexionar ni inquirir la exactitud de tales afirmaciones, de las cuales sólo conocía que efectivamente

en Los Médanos había una fonda –Hotel “España”– de un gallego llamado Martínez.

Al día siguiente, cuando firmó el compromiso e hizo la primera entrega, sintióse más joven, más fresco y con la cabeza más despejada. Había empezado a ser propietario del *Hotel y Bar “Italia”*, que una vez refaccionado y pintado sería completamente otro pudiendo sacarle la plata que quisiera. El flamante propietario estaba lejos de indagar el cúmulo de contratiempos que, como un alud, se le vendrían encima.

La primera desgracia fue la muerte de su mujer. Más fuerte, más joven y más emprendedora que su marido, y más resuelta a dejar esa vida de infelices que había llevado en los últimos años, colaboraba con él en más de lo que podía, cargando sobre sus hombros casi todo el peso de la nueva situación. Fue en pleno julio, y por atender a unos viajantes que llegaron a las tres de la madrugada después de haber pasado casi toda la noche empantanados y que en su desesperación por poco voltearon la puerta de la esquina. Apurada y sin abrigarse lo suficiente, les sirvió algunas copas de ginebra, les preparó rápidamente una pieza poco menos que desmantelada andando de acá para allá mientras su marido, con su ciática que le impedía moverse obligándolo a lloriquear como una criatura, permanecía en cama. A los pocos días doña Latife no supo más nada del hotel, de si convenía aumentar la tarifa a los viajantes, ni de cuándo empezarían la refacción ni la colocación del bidé, que sería el segundo en toda Agua Amarga, ya que el primero y único lo tenía el farmacéutico. “Pulmonía doble”, dijo el médico.

La segunda desgracia fue que, en el apremio de los últimos momentos, antes de firmar su convenio don Nejas no había revisado ni someramente toda la casa ni las existencias del “hotel”. Y poco a poco fue advirtiendo que lo único en buen estado que había allí eran algunas botellas de vermut, de anís y de ginebra, además de varios esqueletos de vino común de mesa y diez cajones de cerveza. De lo demás –desde las puertas, camas y sábanas de las habitaciones hasta los cubiertos y manteles– nada había de sano o la menos digno de usarse decentemente. Y si lo había antes, don Higinio –diligente y realista– había tenido la precaución de llevárselo.

La tercera, gran desgracia, lo encarnaba el hecho de que, por mala suerte u otras circunstancias, la clientela de que hablara el ex propietario del “Italia” no aparecía por allí salvo en rachas muy raras. En estos casos se le llenaba la casa de gente y de faena, de febril trajinar, de gritos y protestas. Y la pobre Nayibe, muerta su madre, oficiaba a veces de cocinera, de mucama y de mozo, mientras su padre atendía el mostrador, preparaba y servía sándwiches a algunas personas en el bar, conversaba con los viajantes, escuchaba sus quejas y burlas o ayudaba a su hija en la cocina o el comedor sintiendo reventársele los pies planos y como si la cabeza se le volara, estallando.

No obstante, lo común era que todas las semanas, de lunes a sábado, no tuviese más que uno o dos a almorzar, casi ninguno a cenar y todas las piezas desocupadas, a excepción del jefe del Correo, quien dormía y comía allí hacía años y que allí permanecería acaso hasta que las ruinas del “Italia” lo apremiara a solucionar de alguna otra forma el problema de su comida y su vivienda. La otra excepción era el farmacéutico Rivera: también viejo cliente del comedor.

La última desgracia en aparecer, aunque no tardó en ocupar el primer plano en la vida y en la cabeza de don Nejas, fue su robusta hija Nayibe, quien, avergonzándose de su nombre “turco”, se hacía llamar Nayi. (Además de bonito y original, el apócope le parecía muy moderno porque sonaba a revista elegante, a estrella de cine, a propaganda de algún jabón o cosmético de lujo).

Desde un tiempo a esta parte, y en medio de las “ruinas” de la fonda y las de sus propias esperanzas, que coincidían extrañamente con la alarmante despoblación que día a día se notaba en el pueblo, don Nejas observaba, con más curiosidad y resignación que amargura, el extraño cambio que se iba operando en su hija.

El raro proceder de Nayi comenzó poco antes de la muerte de su madre y cuando atendía a dos camioneros que dilataron su permanencia en el comedor hasta muy tarde. Entre preguntas, conversación, chistes y qué postres tenía y por qué no servían mate en vez de café y por qué siendo tan linda perdía ella el tiempo allí, eran más de las dos de la tarde y los camioneros, que se habían sentado a las doce, no se habían levantado aún.

A los pocos días, con sus rústicas camperas y pidiendo toallas y jabón para lavarse, los camioneros se presentaron nuevamente. Esta vez fueron más discretos. Y el más viejo y menudo, que no dejaba el cigarrillo ni cuando comía, en cuanto almorzó se fue a dormir la siesta en la cabina del camión dejando a su compañero que se solazara verbalmente con la que servía la mesa. El camionero joven también recreaba su vista, que no abandonaba a la muchacha ni cuando se retiraba, admirando el lento y rítmico contoneo de sus redondeadas caderas.

Nayibe no consideró accidental la retirada del otro recordando a la vez la larga duración del almuerzo de la semana anterior, y empezó a transpirar:

—Y ahora, ¿qué se va servir: fruta, o queso y dulce? —y esperando alguna chuscada, lo que a menudo hacían los viajantes, torcía la boca, alargaba el belfo y se soplabla el negro mechón que siempre se le venía a los ojos, particularmente cuando la ponían en aprietos o tenía pocas ganas de hablar o dar explicaciones.

—Ese gesto podrá ser poco delicado y hasta parece despreciativo —dijo el muchacho, viendo que estaban solos, en cambio del grueso y vulgar chiste que esperaba ella sobre alguna fruta tropical—. Y sin embargo me gusta verla haciéndolo.

Procurando no sonreír, aunque sonrió con todo su organismo, y cambiando de pie:

—¿Fruta, o queso y dulce? —repitió ella secamente, esperando todavía la intencionada mención picaresca o burdamente obscena.

—Lo único dulce que hay aquí y en todo este pueblo, es usted.

Nayi dio un nuevo y fuerte soplado a su mechón. Y se marchó en medio de una atmósfera de fuego con la sensación de que el muchacho y don Nejas venían tras ella con intenciones muy distintas. Al llegar a la puerta aminoró su marcha y volvió la cara, creyendo el camionero que le sonreía. Y no tardó en traerle una banana y queso y dulce.

—Así se decide de una vez —aclaró, retirando los regojos y los cubiertos usados.

También ese día el cliente fue muy moroso en dejar la mesa y hasta le estrechó la mano cuando se marchó.

Habitualmente desaliñada y punto menos que sucia, a veces hasta harapienta, Nayi fue cambiando tanto que en ocasiones hasta olvidaba que su madre había muerto y que eran muchas las cosas que la reclamaban en el “hotel”. Y cada ocho o diez días caía Antonio con su compañero.

En esa época la muchacha no podía escuchar ni sentir otra voz que la de su pletórica juventud, de su sangre ardorosa y repentinamente viva y palpitante, hasta entonces adormecida en los guadales y en la soledad de Agua Amarga. Los contados hombres que iban quedando allí eran los viejos o los vagos como ese sonso de Peñaloza o ese viejo verde de Larinche, de más de setenta u ochenta años, siempre sentado en la puerta de su casa con la pierna podrida al sol, llena de moscas, y que nunca dejaba de decirle algo cada vez que la veía aunque la viese veinte veces por día.

### 3

El comedor, muy pequeño comparándolo con el salón del bar, y ubicado entre éste, la cocina y el patio, tenía una puerta que se abría al salón y otra que llevaba al patio, además de la gran ventana que asomaba a la calle.

Algunos cuadros que databan de más de medio siglo atrás colgaban de las paredes entre telarañas, grietas, clavos y cordones de la chapuceada y remendada instalación eléctrica. Un perro trayendo una martineta en la boca era el motivo de uno. El otro era tan enorme que ocupaba menos que media pared en un extremo del saloncito; y tan oscuro que no se sabía si la pintura había cedido a la acción del tiempo, si el pintor había cargado las notas sombrías o sencillamente si el excremento de las moscas estaban cubriendo literalmente la hazaña artística. Entre tales dudosas sombras veíase a Otello quien, arrepentido de haber dado muerte a Desdémona, su esposa, a la que suponía infiel, se está hundiendo el puñal en el pecho.



—Ese primoroso cuadro —decía el farmacéutico a cierto amigo viajante— es sumamente recomendable para levantar el ánimo, llenarlo de optimismo y estimular el apetito. Algún historiógrafo de magra memoria o un tanto hiperbólico podría decir que está allí colgado desde que Mansilla anduvo por estos pagos intentando consolidar el pacto de no agresión con los ranqueles; y que desde entonces no ha sido movido jamás, a juzgar por las telarañas que cuelgan de sus bordes y que, adhiriéndose al cablerío que cruza sobre nuestras molleras como guirnaldas, adornan la vistosa y comfortable sala.

Si la nueva maestra hubiera sospechado cómo era el comedor y la tortura mental y moral a que estaría sometida esa primera noche de “hotel”, le habría dicho al patrón que prefería cenar en su habitación aunque tuviese que ir a buscarse ella misma la comida a la cocina. Era razonable pensar que el comedor no tenía por qué ser una excepción con respecto a todo lo que ya había visto y palpado y olido. Empero, también es verdad que siempre resta la esperanza en el peor de los panoramas humanos.

Repuesta por el baño y el geniol, y apurada en desocupar la valija y colgar provisoriamente algunos vestidos en las paredes, la muchachita entró en el comedor algo tarde y los tres o cuatro manteles blancos y los seis u ocho ojos y las seis u ocho manos y el piso de madera que parecía ceder a cada paso vinieron a ella amontonándose sobre ella atrayéndola, atrapándola y expulsándola de allí al mismo tiempo.

¿Se había presentado desnuda? ¿Caminaba con la cabeza y no con los pies? ¿Su peinado era tan estrafalario que había entrado allí un payaso? ¿O en el comedor no se admitía más que a varones? ¿O es que pensaron que era una ramera o una libertina y que el “turco” Nejas la había traído para divertirlos a muy poco precio?

En el centro de estos ojos que la miran, de estos manteles que la miran y de estas manos que de pronto se inmovilizan para mirarla ella se desliza, sofocada, vacía e inconsciente con esos ojos, esas manos y esos manteles metidos hasta los tuétanos y pisando sin sentir el suelo tras Nayi que felizmente salió a su encuentro

y con una sonrisa irónica y piadosa y soplándose despectivamente el mechón sobre el ojo le hace un gesto con la mano para que la siga.

Pero pasados los primeros minutos y tomado el plato de sopa que nunca supo qué gusto tuvo, la maestra advierte que su estado de ánimo y su imaginación habían exagerado un tanto la nota y ni siquiera se acuerda si saludó o no al entrar.

Había algunos, no obstante, especialmente dos muchachos jóvenes de una mesa frente a la suya, próxima a la ventana abierta a la calle, quienes la miraban tan descaradamente que por un momento tuvo que refrenar el impulso de sentarse al otro lado de la mesita, dando la espalda a ellos y a todos los demás.

Todos tendían hacia ella una eléctrica e impertinente curiosidad que no se preocupaban en disimular exceptuando una cabeza negra, de amplia frente y anteojos, que dejó de mirarla cuando ella se sentó y que desde ese instante no la miró más, al menos tan insolentemente, y eso que estaba cerca de ella, o quizás por eso mismo.

Además de los dos muchachos (uno había colgado el saco en la silla y tenía que volver la cabeza para verla, haciéndolo con una sonrisa entre obscena e idiota) había dos hombres más en otra mesita, uno con campera y otro de tricota, aparentemente judíos o árabes. El de tricota no le despegaba la vista cada vez que dejaba la palabra para cedérsela a su compañero. Media hora antes, cuando estaba preparando algunas cosas para el día siguiente, la muchacha salió por un momento de la habitación procurando averiguar quién le podría almidonar el guardapolvo o si tendría comodidad para hacerlo ella misma. Y al pasar por uno de los cuartos vio de soslayo e involuntariamente a los dos extranjeros poco menos que perdiéndose en un mar de cortes de género y ropas para hombres. Frente a frente discutían y ella alcanzó a oír: “Leguas, leguas y más leguas, y total: ¿para qué? ¡No hemos sacado ni para los gastos!”

También la miraba insistentemente, si bien con el mal disimulo de un torpe policía, un hombre de saco y corbata, que comía en silencio, solo en su mesita y con muy mesurados movimientos. Algo más próximo a ella estaba el señor de anteojos, frente amplia y cabellos negros, quien entre un plato y otro pellizcaba

y comía cortezas de pan mirando al techo o hacia la calle como si ningún otro comensal hubiese entrado en el comedor. Vestía correctamente, como el hombre de pocos movimientos y miradas malamente disimuladas y, al igual que él, era una nota un tanto desacorde en ese ambiente donde parecían hallarse más a gusto los vendedores de géneros y los dos muchachones en camisa que charlaban a los gritos y que, bajando por momentos la voz, la miraban groseramente.

#### 4

A la mañana siguiente, caminando animosa por las desparejas veredas del pueblo, bajando y subiendo ágilmente en las bocacalles, con su grácil figurita y su llamativo peinado, nadie hubiera creído que había llegado la tarde anterior y que su estado espiritual hubiese variado tanto.

—“Hoy que las mujeres se peinan como los hombres, o llevan la mitad de la cabellera sobre un ojo, o una *cola de caballo* atada con una cinta —decía Galenti en el ómnibus al viajante más joven— no me hubiera llamado la atención la cabecita de *Pajarito* con sus cabellos muy cortos y su raro peinado. Pero eso en aquellos tiempos era extravagante, y sobre todo en ella, que era tan sencilla”.

Casi feliz en la sombreada y fresca mañana de límpido aire, la maestra, que nunca en su vida había pasado una noche fuera de su cama, sentíase como si el horrible viaje, la habitación desoladora, el baño nauseabundo, el patio y el jardincito abandonados y casi todo el hotel en ruinas, no tuviesen nada que ver con ella o pertenecieran a un mundo ya superado.

Aunque la escuela distaba nueve o diez cuabras del centro y del hotel, lo que en un villorrio como Agua Amarga es una distancia enorme, Anita se había hecho indicar tan perfectamente su ubicación que con la cartera conteniendo el nombramiento bajo el brazo marchaba con paso rápido y seguro, sin prestar mayor atención a la curiosidad de la gente y a los requiebros de los hombres y de algunos que eran poco menos que niños.

—¿Te das cuenta qué cabecita más revuelta?

—Yo me quedo con las piernas... y lo demás —comentaron dos muchachos de alpargatas, uno con una bolsa a medio llenar colgándole por las espaldas.

A mitad de camino se halló con la mejor, casi la única vereda del pueblo; la de la farmacia. Estaba como un metro sobre el nivel del guadal de la calle y daba gusto caminar por ella. Pero lo que vio luego no era por cierto agradable: un poco más allá, en la acera de tierra, frente a una vivienda con alambre tejido y enredaderas, había un viejo con su cuerpo adiposo y desmedido desplomado sobre una silla y sus horribles pies desnudos. Amoratados y tumefactos, la piel tensa y al parecer entalcada, sus pies ulcerados estaban fuera de las zapatillas sucias y flojas y que apenas le cubrían los dedos. Las heridas veíanse cubiertas de una oscura costra y en su torno la piel amarillenta. Sobre las dos o tres llagas más grandes de cada pie se juntaban en negros racimos las moscas.

No pasaba mujer, por joven o anciana que fuese, a la que el viejo Larinche no le dijese alguna obscena frase. Y no escapó a esta costumbre la joven maestra, quizás oyó algo tan fuerte que enrojando intensamente sintió como un vértigo y por poco se llevó a una criatura que venía con un pollo agarrado de las patas.

Ahora raleaban más y más las viviendas. A la derecha, entre los árboles, más allá de un cerco de siempreverdes, emergía la torre de un molino cuya rueda, en lo alto, permanecía quieta. Más lejos, en un baldío o quizás en la misma calle, una cosechadora o trilladora de color rojo. Humildes viviendas más o menos en ruinas. Y perros, pollos y gallinas por todas partes.

Trató de convencerse y de *sentir* que Agua Amarga no era tan feo como le habían dicho, como lo había comprobado al entrar entre nubes de basuras y tierra, y como lo estaba viendo ahora, con la mayoría de sus casas anticuadas y sin revocar y sus calles guadalosas que semejaban profundas zanjas entre las aceras prácticamente inexistentes.

Tenía impaciencia por llegar y conocer la “escuelita” a la que había sido destinada. Y procurando no darles importancia a los vecinos que la miraban como si llevase un letrero en alguna parte de su cara o de su cuerpo, apretaba bajo su

brazo la pequeña cartera como si en su extraña alegría temiese perder el nombramiento, que llevaba en un sobre oficial tan grande que tuvo que doblarlo en dos para que cupiese en ella.

“Cerca de la iglesia, a una cuadra de la plaza”. ¿Pero dónde quedaba la iglesia y dónde la famosa plaza, solamente visitada por los caballos y las cabras de algunos vecinos, según lo había dicho el “turco” de la fonda?

Por aquí debía doblar a la izquierda. Y dobló. Dos o tres cuadras más lejos, sobre la mano izquierda, pasando algunos baldíos y frente a un largo paredón derrumbado, columbró una suerte de bosque de altísimos pinos. Y no se explicó por qué esa angustia, ese temor, ese apresuramiento de su sangre y de sus latidos al aproximarse a ese amontonamiento de gigantes hojas aparentemente silencioso.

Aparentemente: porque minutos después, al parar ante él por en medio de la calle, no era tan silencioso puesto que, aunque hubiese jurado que no corría una gota de aire sentíase su susurro, su respiración densa y profunda. Era un grave murmullo como de una cascada o un mar que estuviese muy lejos o detrás de una bruma.

No se animó a cruzarlo para acortar camino, ni a marginarlo por donde debía estar la vereda y sólo veía un caminito angosto como el de las sierras o los campitos cubiertos de yuyos. Enfrente había realmente acera, y unos mancarrones comían pacientemente la gramilla que nacía a los pies de una vieja pared.

Cuando con una especie de frío estremecimiento en las espaldas y alivio en su pecho dejó atrás la plaza con el denso respirar de sus gigantes, no tardó en hallarse ante la torre de la pequeña iglesia, con su cruz ennegrecida y añosa y su Cristo infinitamente cansado en su posición de suplicio. Se le ocurrió que no era un madero o un hierro simbolizando un crucifijo: era un ser real, era el mismo Redentor hastiado del tormento de esa eterna posición. Y, sintiendo una inmensa piedad que al instante se le ocurrió ridícula, con su angustia cansada por los gigantes aparentemente inmóviles, rechazó la peregrina idea de que alguien debía acercarse y bajar esa Cruz, hacer reposar esos brazos anquilosados de dolor y de años.

Después de la indicación de una mujer asomada en la puerta de su rancho, con el mate en la mano y rodeada de perros y criaturas en su mayoría desnudas, la maestra se detuvo ante una casa de paredes sin revocar, con una puertita verde. Jamás hubiera pensado que esa fuese una escuela.

Acercándose más vio una bandera que no se sabía si había sido blanca o celeste, cerca del escudo provincial, en lo alto de la humilde puertita. La bandera, y luego una maestra enseñando, le quitaron toda duda.

Cuando entró y saludó, intentando sobreponerse a su desilusión, la maestra que dictaba su clase, alta, delgada y con anteojos:

—¡Saluden a la señorita! —gritó a sus alumnos.

Los colegiales, varones y mujeres, muy pobremente vestidos y casi todos sin guardapolvos, se pusieron de pie al mismo tiempo y exclamaron poco menos que al unísono:

—¡Buenos días, señorita!

—Ahora siéntense y en absoluto silencio sigan copiando lo que les escribí en el pizarrón.

Lentamente, Anita observaba a los alumnos; las paredes de adobe cuyo revoque se había desconchado en muchas partes; algunas láminas de San Martín y Sarmiento; los tirantes encalados y el techo de cinc por cuyos agujeros rutilaban como diamantes los rayos escolares; el enorme pizarrón, que ocupaba casi toda la pared, bajo el crucifijo; y el destartado escritorio, sobre el que alcanzó a ver un lápiz, unos cuadernos, una hojita de Gillette, una tiza... Tan pequeño el escritorio que no sabía cómo se las arreglaba la maestra para...

—¿Verdad que ésta no se parece a la escuelita que usted soñaba? —preguntó su colega, a poco de reprender a un chico y ordenar silencio con un grito tan estridente que *Pajarito* no había visto consignado ni aconsejado en ningún texto

de los tantos que leyera. Parecía imposible que semejante alarido saliera de los labios de una “señorita” cuyo delantal tan blanco y cuya elegancia casi distinguida eran una nota discordante en ese ambiente donde hasta el olor era desagradable.

—Estos alumnos no son de los peores —agregó luego, con una voz y una sonrisa encantadoras—. Lo cierto es que si usted no los maneja con cierta energía le convierten el aula en un infierno. Para colmo, llevo dos grados en uno: primero superior y segundo.

Después de imponer nuevamente orden y silencio, acompañó a la joven pasando por una puertita que comunicaba con el patio de tierra, al que daban dos o tres puertas de otras tantas aulas o habitaciones.

Cuando la Directora abandonó por un momento a sus alumnos para atender a sus dos colegas, *Pajarito* ya tenía en sus manos el sobre con el nombramiento, preguntándose interiormente si una como éstas sería el aula que le correspondería a ella. Ésta no era distinta de la anterior, aunque sí el escritorio, mucho más amplio y cómodo.

Baja y regordeta, con el canoso cabello un tanto revuelto y un lunar con algunos largos pelillos en la comisura de sus labios, la Directora no alcanzó a cambiar dos palabras con ella y abrir el sobre sin pegar, cuando los alumnos se desbordaron como el agua de un pequeño lago al que acaba de tirarse una enorme piedra. Bastó no obstante que su maestra volviese la cabeza hacia ellos y entrara unos pasos, para que, como por arte de magia, ocuparan todos de nuevo sus asientos.

—Por favor, señorita: espéreme un minuto allí en el patio, bajo el paraíso si no quiere tomar mucho sol, o pase a observar mi clase, si le parece. Solamente faltan cinco minutos para el recreo, y conversaremos.

La maestra de anteojos fue a seguir atendiendo su grado y Anita, luego de una mirada al patio, vio una especie de galpón con bolsas llenas por donde picoteaban algunas gallinas y una puertita pequeña y desvencijada de un minúsculo cuarto de ladrillos sin revocar: seguramente la letrina. En el centro del patio una bomba de agua, y colgado de una rama del paraíso un hierro que momentos

después un niño hizo sonar varias veces con otro hierro más pequeño señalando la hora del recreo.

Desde la Escuela Normal de Río Cuarto; desde sus vastos y soleados patios de baldosas circundados de hermosas galerías; desde su magnífica biblioteca y sus espléndidos salones; desde sus libros y sus aulas y sus profesores en su mayoría elegantes y pulcros, eran muy distintas la pedagogía, los niños y muchas otras cosas que ella no lograba explicarse en estos momentos de perplejidad que por instantes llegaba a la angustia.

Entró al aula de la Directora, desengañada y cohibida. Entró no tanto por la curiosidad de ver cómo llevaba las clases, sino para satisfacer a esa señora en su doble misión de Directora y de Maestra, a quien desde ya se sentía en cierto modo sujeta y obediente, a pesar de no haberla puesto aún al frente de su grado.

Sonó la señal del recreo, y la maestra joven y de anteojos ya estaba a su lado en el patio, sonriente y con ganas de conversar. Una vez que el aula de la Directora quedó desocupada de alumnos, ésta invitó a *Pajarito* a entrar nuevamente.

—Usted, señorita, me dijo que nunca había ejercido. Aquí, lamentablemente, se hallará con algunas cosas que de seguro no esperaba.

Acomodando unas planillas sobre su escritorio, la Directora calló un instante y la miró. Anita advirtió que su delantal, no muy limpio por cierto, y su aspecto general estaban muy lejos del atildamiento que observaba en la otra maestra, el cual contrastaba con el ambiente y con los alumnos.

*Pajarito* callaba, al lado de su colega de anteojos, quien seguía sonriendo y dando cuerda a su reloj pulsera.

Fuera, los chicos gritaban desafortadamente. Este vocerío era como un tónico en el alma inhibida de la muchachita recién llegada.

—Como usted ve, nuestra escuelita es tan humilde, que ni parece una escuela.

—He visto, señora Directora, que se trata de un edificio no muy nuevo y con pocas comodidades —dijo, con una voz que al principio no le pareció la suya y



que poco a poco fue identificándose con ella—. Pero creo que no carece de los principales elementos para enseñar, y eso es lo que yo quiero y deseo: enseñar.

La única palabra la pronunció con energía y convencimiento que llamó la atención de las otras dos mujeres. Éstas las miraban fijamente, sorprendidas de que de esa graciosa y rara cabecita y de ese ser más bien diminuto y tímido, se desprendieran tales conceptos.

—¡Muy bien dicho! —exclamó la Directora, sonriente pero con una emoción malamente disimulada.

—Y conste que ha dicho “edificio no muy nuevo” y “con pocas comodidades” —dijo a su vez la otra, casi riendo y con cierto tono irónico y a la vez jocoso—. No dijo “miserables ranchos en ruinas” con un pizarrón, unos cuantos bancos rotos y una mesita que hace de escritorio y que a gatas se sostiene de pie. Esta niña me parece tan... discreta y delicada que tendrá un duro aprendizaje como maestra y como habitante de Agua Amarga...

—El escritorio no es tan destartalado como el suyo: usted habla de envidia —medio bromeó la Directora, casi al mismo tiempo.

—Perdóneme, señora: al hablar de la escuela olvidaba que usted vive en ella —aclaró la de anteojos—. ¡Y usted misma me ha hablado tantas veces de sus dos habitaciones!

—No he dicho más que la verdad, m’hija. Mis habitaciones son un poco mejores que las aulas, pero no veo la hora de jubilarme e irme.

De pronto el normal y uniforme vocinglerío infantil calló un instante para dejar oír dos o tres gritos casi salvajes.

—Vaya, Carmen, a ver qué pasa —dijo la Directora, cambiando de tono—. Debe ser el Peñaloza...

—A ése yo lo agarraría a cascotazos —comentó Carmen, saliendo.

La Directora largó una especie de áspero suspiro cual una honda y mal refrenada exclamación, golpeando con energía un libro sobre el escritorio.

—¡Decir que a ciertos chicos habría que manejarlos a reglazos y a punterazos es poco!; Es un bandido que no tiene nombre!; Los otros días le sacó un ojo limpio a una criatura de una pedrada!; A veces fallan la pedagogía, la psicología, el tacto y todo lo que de teórico pueda tener un maestro!

*Pajarito* callaba.

—Es terrible —prosiguió la Directora, disminuyendo el tono y la vehemencia—. A veces ni sabemos de quiénes son hijos. Llamamos al padre, a la madre, y no aparecen. Y un buen día viene un hombre, como sucedió una vez con el padre de Peñaloza, diciéndose padre del chico y sin embargo éste estaba anotado con otro nombre, y no era él quien lo había inscripto. Ese “hogar” debe ser un infierno... Tantas mujeres, de tantas edades y tantos chicos, que al final no se sabe cuáles son los padres, cuáles los hermanos, cuáles los hijos. Todo es allí sucio, promiscuo e inmoral.

—Los pobrecitos no tienen la culpa —aventuró, muy discretamente, Anita.

—Claro. Pero nosotras no podemos ir a esos “hogares” y regenerarlos. Somos maestras: no misioneros ni revolucionarios.

Luego de darle algunos consejos sobre su próxima labor, la Directora le informó que debía llevar el primero inferior, en el que había algunos alumnos hasta de trece años y cuyo maestro había sido hasta pocos días antes el doctor Moranteri. Moranteri era también dentista y se había ausentado a Córdoba con toda su familia.

¿Maestro y además dentista? La jovencita calló su sorpresa, ignorando que el odontólogo llevaba asimismo los libros del único negocio importante de ramos generales que restaba aún en Agua Amarga.

Ausente el doctor Moranteri —continuó conversando la Directora— ella misma siguió atendiendo el primer inferior. Como en la escuela no había más que dos aulas, el horario para ese grado era por la tarde. Anita tendría que adaptarse al medio ambiente y a los pocos elementos con que se contaba.

Entregándole el programa de enseñanza, habló luego de la necesidad de vigilar la higiene de los escolares, lo cual era allí una parte muy importante de la pedagogía, y ser inflexible en ese sentido. Narró que una vez Moranteri hizo desfilar a todo el grado por la bomba enseñándoles a los sucios, que eran la mayor parte, cómo debían lavarse. Lo malo fue que el odontólogo —quien no era mal maestro pero carecía de vocación para ello— y los propios niños tomaron el asunto por el lado “pintoresco” y “divertido” y la lección, no suficientemente enérgica ni seria, careció de la eficacia que de ella pudo haberse esperado.

El recreo, que había sido demorado deliberadamente algunos minutos por la otra maestra para que la Directora pudiese conversar con Anita, habíase dilatado todavía más por la gresca de Peñaloza con dos muchachos más grandes que él.

Cuando sonó la hora, aún hablaba y aconsejaba quien volvió a sorprender a la flamante maestra.

—Más que con los chicos, trate ante todo de llevarse bien con los padres y con el pueblo en general. Esto es mucho más importante que lo que usted pueda creer.

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

### III

#### 1

La tarde que dio su primera clase, dos días después de haber llegado al pueblo, Anita vio por segunda vez al hombre de la mula que le había entrado la valija al “hotel”. Mejor ataviado que el día de su llegada, estaba parado en la esquina de la plaza, mirándola acercarse. Creía seguramente que ella pasaría por la plaza, lateralmente o cruzándola, puesto que con esto último hasta cortaba camino. Pero la muchacha, como la vez anterior, se alejó de los árboles —cuyo grave y profundo murmullo no le agradaba, y menos al atardecer— bordeando el viejo muro caído de la acera de enfrente detrás del cual se veía una máquina corta-trilla.

En el primer momento, Peñaloza se quedó inmóvil, extrañado de que la maestra caminaba más para no pasar a su lado. O quizás no volvía a la fonda.

Anita notaba su inmovilidad y su intensa mirada sobre ella. Y cuando iba acercándose al paredón, se dijo que no tenía por qué inquietarse y que, después de todo, pasar sin saludarlo, como tenía pensado, era una estupidez por cuanto había sido tan amable para con ella.

Volvió el rostro, y la mirada del rengo seguía tan intensa sobre ella que la veía y sentía como una línea recta, tal una corriente eléctrica, entre ella y la cabeza de él. Y la verdad que era joven y hasta buen mozo, o por lo menos no desagradable, pese a su duro gesto, y que llevaba su cabellera impecablemente peinada. Se rió de su temor (a lo mejor estaba allí de pura casualidad) y le sonrió, moviéndole la cabeza, porque hubiera tenido que hablar demasiado alto para que la oyese.

Ante esta actitud, el gesto del cojo pareció endurecerse todavía más. Y haciendo un brusco movimiento con la muleta, como castigando algo en el suelo, se puso de pronto en marcha, detrás de ella, atravesando la guadalosa calle, en la que se enterraba su muleta, impidiéndole caminar con la celeridad deseada.

Cambiando su sonrisa por una expresión que ella se figuraba una mueca horrible y ridícula y sintiéndose sofocada por una oleada de calor que le subió de las rodillas, Anita apuró el paso. No quería volver la cabeza, aunque una fuerza tan poderosa como su voluntad la impulsaba a hacerlo, poco menos que tironeándola. Ella tenía dos piernas; era mucho más liviana que el rengo; a éste todavía se le estaría enterrando la maleta en el guadal; seguramente se desesperaba por avanzar y alcanzarla; qué diría la gente de una maestra peinada casi como un varón y huyendo, portafolio en mano, de un hombre rengo que se bambolea y maldice para alcanzarla.

Todos estos sentimientos y pensamientos la dominaban en medio de su sofocón. Todavía le faltaban dos cuadras para llegar a la calle principal —la calle de la farmacia y del “hotel”— y felizmente estas dos cuadras estaban poco menos que desiertas; podía hasta correr sin que nadie reparase en ella. Este pensamiento de que corría por en medio de las calles, perseguida por los perros y un cojo amenazándola con su muleta la hizo reír casi a carcajadas, en el centro de ese ardiente y extraño temor que le aflojaba la pierna y la hacía transpirar.

Diciéndose que esto pasaba ya de una broma y que no era cuestión de reírse, sintiéndose agotada y venciendo en su deseo de volver la cabeza, caminó a prisa otra cuadra más. Al llegar a la esquina se detuvo para dar paso a una camioneta, bajando lentamente la elevada vereda de tierra hasta la calle. Como mirando al conductor de la chatita, dobló algo la cabeza y de soslayo advirtió que Peñaloza estaba muy cerca de ella.

—Dígame ¿por qué me sigue? —estuvo por decirle, con la seriedad que le correspondía a una chica como ella, de su edad, y que además era maestra.

Pasando en pocos saltos a la acera de enfrente, se dijo que eso era ya entrar en conversación, y era lo que precisamente no quería. Una fuerza invencible la

inhibía para eso, la amedrentaba, repugnándole. Sin embargo, lo natural no era huir de él como de un monstruo, un leproso o un asesino. Si el hombre quería acercársele, que se acercara; si quería hablarle, que le hablara. Eso era lo que...

Estaba por aminorar su marcha creyendo poder tomar la decisión que hubiera tomado en este caso cualquier otra mujer equilibrada o sensata.

Pero:

—¿Cómo le va, Anita? ¿Recién sale de la escuela?

Era la simpática Carmen, su alta y elegante colega de anteojos, que con un vestido sencillo y juvenil, le había tomado una mano y se le aproximó casi maternalmente. Y antes de que Anita contestase:

—¿Qué le pasa que está agitada y tan apurada?

—¡He pasado una tarde hoy! ¡Y con este calor...! —y como temiendo que dejando de hablar su colega adivinase sus tontos temores: —¡No veo la hora de llegar al “hotel” y pegarme un baño!

Bamboleando rítmicamente su cuerpo, pasó al lado de ellas Peñaloza.

Temiendo quizás herirlo u ofenderlo, Anita volvió el cuerpo disimuladamente, no queriendo darle la espalda, acercándose más a la señora Carmen de Cepeda.

El rengo no la saludó; le pareció a ella que no la saludó. Pero una como sonrisa que no alcanzaba a dejar de ser mueca movió sus finos labios, y un fulgor cruzó fulminante su mirada.

Como protegiéndose, *Pajarito* se aproximó aún más a la joven señora, quien calló un instante.

Cuando Peñaloza se hubo alejado:

—¿Sintió el perfume? —le dijo casi al oído.

Anita lo había notado: fuerte, relajante, mas no dijo nada.

—A éste le podrá faltar todo, menos vino, perfume y mujeres.

—¿Mujeres?

Caminaron lentamente hasta la esquina. Carmen demoró la contestación.

—No puedo creerlo, pero tiene fama de que le gustan las polleras. Y como usted ve, no es feo, el pobre. Hasta tiene un no sé qué de apariencia de decente. Pero es una ruina. Y cuando está tomado; Dios me libre!

En la esquina se detuvieron de nuevo, Carmen hablando y Anita escuchándola sin dejar de mirar al rengo, quien, aminorando su marcha, iba en dirección a la fonda.

—Si me acompaña un rato hasta la farmacia después iremos juntas hasta el “hotel”.

Como sintiéndose liberada, la muchacha sonrió jubilosa y poniéndose en marcha al lado de su colega:

—¡Encantada con la invitación! —exclamó—: ¡Daremos un hermoso paseo por el centro de la ciudad de Agua Amarga!

—¡Agua Amarga! ¡Debieron haberle puesto Agua Salada! ¡Trate de no tomar esta agua, Anita! Salvo que quiera purgarse... Para las criaturas, sobre todo, es horrible. Si Dios quiere, ¡antes de fin de año nos vamos de aquí!

El sol tardaría una hora o más en ocultarse, el viento que había soplado todo el día estaba mermando, y frente a una casa una chica baldeaba la vereda y la calle. Al lado, ante una carnicería, una nube de moscas se revolvía como un hervidero de gusanos destacándose nítidamente contra la dorada luz solar.

Anita se sentía tranquila y feliz al lado de Carmen, quien seguía conversando ahora de su hijito de pocos meses y de sus proyectos para el futuro.

Llegaron a otra esquina y cruzaron la calle. Don Larinche estaba exponiendo sus pies tumefactos y llagados al sol, a la tierra y a las moscas. Subieron no sin esfuerzo a la mejor, casi a la única vereda del pueblo, que mereció un festivo comentario de la maestra menos joven: habló de la necesidad de “ascensores” y “paracaídas”, y entraron en la farmacia.



Antes de entrar, rezagándose un tanto, Anita alcanzó a ver que en la esquina más próxima nuevamente se había detenido Peñaloza, como esperándolas, y toda su feliz tranquilidad se desvaneció.

Luego de saludar poco menos que familiarmente, Carmen dirigió una broma al hombre que con su impecable guardapolvo blanco estaba detrás del mostrador, y se fue directamente a la balanza.

—¡Ni bajo ni subo! ¡Más perfecta no puedo estar! —exclamó, siempre en tono jovial.

Dirigiéndose a Anita, silenciosa cerca de la balanza, añadió:

—Así calladito y modesto como lo ve, es el intelectual del pueblo.

Sonó el timbre de la caja registradora. La negrita con el sobrecito de genioles salió.

El farmacéutico sonrió lentamente mas no alcanzó a hablar porque entró otro cliente.

*Esos anteojos, esa frente, ese bigote cuadrado, ¿dónde lo he visto?* Anita había pasado en varias ocasiones por la farmacia, pero era la primera vez que entraba.

Cuando volvió a timbrar la caja registradora y el paisano de alpargatas y sucia camiseta salió seguido del choquito, el boticario abrió de nuevo su ancha sonrisa alargando su bigote, abandonó el mostrador poniéndose pausadamente las manos en los bolsillos del pantalón, y al fin dijo, con la misma flema:

—Si seguimos así, Carmen, tendremos que cambiar los libros por otra cosa...

—¿Lo dice por las alpargatas que acaban de salir?

El hombre caminó unos pasos y, muy cachazudamente, con una pachorra que contrastaba con la límpida pulcritud de toda su presencia, se apoyó en el mostrador, del lado de los parroquianos y cruzando un pie sobre el otro:

—No soy enemigo de ellas, ni de lo que ellas representan como clase social. Lo que nunca me expliqué es por qué ese dilema.

Y dirigiéndose a Anita, que se había apoyado levemente en una vitrina llena de frascos de loción y otros artículos de cosmética:

—¿Qué opina usted, señorita, que también es maestra?

Poco a poco, la serenidad había vuelto al espíritu de Anita. No era la alegría que de pronto la asaltó al hallarse con Carmen; esa alegría que había entrado en ella como una oleada de sol vibrante y enceguedor en un cuarto triste y oscuro, o como una bandada de pájaros multicolores y parlanchines que irrumpen inesperadamente. Era algo más suave y profundo, y que como un maravilloso sedante emergía de todo ese agradable ambiente donde se mezclaban el olor amargo y tonificante de algún medicamento con el de alguna loción; de los vidrios y cristales que brillaban allí como si nada tuviesen que ver con Agua Amarga y acaso con la presencia misma del farmacéutico, que recordó de pronto haber visto en el comedor del “hotel”. Pero con el guardapolvo y moviéndose rodeado de los elementos con los que desempeñaba su específica función, parecía otro.

—A mis padres les costó mucho hacerme estudiar. Y qué soy: una simple maestra. Y se me ha ocurrido muchas veces que los libros, para muchos, son un verdadero privilegio... Es horrible, pero es así.

—Ha hecho usted una observación inteligente...

—¡Por Dios!; Observación inteligente yo! —dijo Anita, como disculpándose y enrojeciendo. Desde su llegada al pueblo sentíase tan disminuida y angustiada que no se explicaba de dónde le había salido ese sencillo razonamiento ni cómo se había atrevido a expresarlo.

—¿Vio, Anita? No se queje: ya está conquistando al pueblo —bromeó Carmen—. El hombre más culto de Agua Amarga le ha dicho inteligente... ¡Discúlpeme, querida! Obsesionada por mi peso, ¡me he olvidado de presentarlos!

—¿Vio, Carmen, con qué claridad señaló ella un problema que usted no entiende o no quiere entender, y que da origen a muchos resentimientos? —comentó el farmacéutico, como animándose un tanto aunque sin perder calmosidad.

Después de ser presentados, Rivera, el boticario, aclaró:

—Que era maestra ya lo sabía porque en los pueblos todo se sabe. Por otra parte, al peor observador no se le hubiera escapado. Anteanoche, en el bodegón de Nejas, cuando usted. entró al llamado “comedor” a cenar, advertí que era la nueva maestra a quien se esperaba y me hice cargo de los minutos que habrá pasado entre las miradas de algunos lobos hambrientos que por lo visto era la primera vez que veían a una mujer. Yo también, sin ser mujer, sentí una vez algo parecido...

Sonriendo, *Pajarito* lo miraba, moviendo apenas la cabecita.

—El primer día casi me voy antes de sentarme: tan fuerte fue el *choc* —siguió Rivera, pitando de tarde en tarde su cigarrillo—. Y sucedió que al día siguiente las cosas no me parecieron tan malas. Seguía, sin embargo, con la idea de solucionar de otra manera mi problema y no regresar más. Pero regresé, y de esto hace ya varios años. Todo está allí cada día peor... pero diría que no lo veo, no lo siento, no lo pienso: hay de por medio esos años de *entrenamiento* que se han convertido en un hábito. Y si alguna vez dejo de ir lo extrañaría, porque mal que mal, de tanto en tanto suelen verse algunas caras nuevas y uno conversa con algunos viajantes. Es la suerte y la desgracia.

—¿Ya se siente *enterrado* definitivamente? —había una pizca de broma en las palabras de la señora Carmen—. ¿Ya no se siente con suficientes fuerzas como para reaccionar?

Despaciosamente, y en tanto el cigarrillo, olvidado, se quemaba entre sus dedos amarillentos de nicotina, y mirando, con los brazos cruzados, la calle guadaluza y el sol que se ocultaba más allá de los árboles de un sitio baldío, Rivera reflexionó en alta voz:

—O falta de fuerzas o mucho análisis. Vender un sobrecito de genioles, una cajita de pomada, cincuenta centavos de agua oxigenada, ¿para eso estudió y vive un hombre? Pero está lo otro, aquello que la hizo a usted aceptar ese puesto de maestra... y en ese sentido no me quejo...

Cuando Anita y su compañera salieron después de despedirse con bromas y sonrisas en las que sobresalía el alegre parloteo de Carmen, el rengo Peñaloza pasaba por la farmacia, haciendo sonar rítmicamente su muleta sobre las baldosas de la vereda

—Y no se queje —le gritó todavía Carmen, desde la puerta—. ¡Usted tiene la mejor vereda del pueblo!

Anita intentó sonreír, festejando la ocurrencia, pero sentimientos muy distintos la enturbiaron otra vez por dentro. La profunda y sedante serenidad, el vibrante y luminoso sol y el alboroto de los alegres pájaro habían desaparecido de su cuarto dejándolo nuevamente en angustiosas tinieblas.

Carmen la acompañó hasta lo de don Nejas y la jovencita volvió a salir recién al día siguiente, para ir a la escuela.

## 2

Al otro día, poco después de las doce, Anita iba cruzando el salón para salir a la calle, cuando vio a Peñaloza que, parado en la esquina, miraba hacia adentro sin ningún disimulo, esperándola.

La muchacha volvió de golpe sobre sus pasos y abriendo el candadito del cuarto entró y estuvo unos minutos sintiendo los rápidos latidos de su corazón bajo el guardapolvo blanco. Luego salió, cerró, se asomó hacia el galpón, donde había un coche, seguramente de un viajante, y viendo abierto el destartado portón salió por él, sin mirar hacia la esquina. Haría unas cuadras de más, pero posiblemente el hombre de la muleta no la viera o no se atrevería a seguirla, a correr tras ella.

Advirtió, sin embargo, que lo que estaba haciendo era una nueva tontería; que su impulso de no salir por donde debía era propiamente y nada más que eso: un irreflexivo impulso; y que con estas actitudes no hacía más que prolongar una equívoca situación que debía aclarar o cortar rápida y enérgicamente, hacién-

dole frente y con valor. Valor que había demostrado al aceptar un puesto en ese miserable villorrio, tan distante de Río Cuarto, ella que jamás había pasado una noche fuera de casa y lejos de los ojos y los cuidados de su madre.

Caminando apresurada por las desiertas y guadalosas calles, bajo ese sol pesado y punzante de fines de septiembre que parecía de pleno verano y apretando con fuerza el portafolio en su mano, se prometió a sí misma, avergonzada, no proceder en lo sucesivo sino como correspondía.

Y hubiera deseado que en ese mismo momento se presentase el rengo para acabar de una vez por todas con esa ridícula situación.

### 3

Esa tarde, a la salida de la escuela —donde la impaciencia y la angustia no le permitieron retenerse más que unos minutos, haciendo una brevísima consulta a la Directora— vio que, como la tarde anterior, y en la misma esquina de la plaza, estaba Peñaloza, aguardándola.

—*Ahora no me cabe ninguna duda* —se dijo vagamente, suspirando con profunda inquietud, mientras cruzaba a la vereda de enfrente, aunque pasando cerca del hombre con la mayor naturalidad posible, y saludándolo.

El rengo no atinó a contestar su saludo, ni a obrar de inmediato. Mas no tardó en ponerse en marcha. Y cuando la maestra llegó adonde debiera haber estado la vereda y en cambio a menudo había caballos comiendo los yuyos, cerca de la corta-trilla casi en ruinas, él ya estaba a su lado, temiendo rozarla con su muleta.

Anita se detuvo y, apretando fuertemente la agarradera del portafolio con ambas manos, le preguntó con menos serenidad y más aspereza de las que hubiera deseado:

—¿Usted quiere algo de mí?

Un metro más allá, Peñaloza se detuvo, volviendo a medias el rostro y mirándola intensamente. Ante esa cabecita, ante esa cara tan delicada y linda, ante ese guardapolvo tan blanco y ante esa figurita tan grácil y femenina, el hombre no se atrevía ni podía decir nada. Acostumbrado a las chinitas de los ranchos y de los yuyales, y a Nayibe, con la que únicamente tenía la ventaja de que lo aguantaba porque se conocían desde tantos años atrás, hubiera estado horas enteras escuchándola y mirándola, aunque pusiese esa cara de enojada, ese hociquito fruncido que ponía en estos momentos y que, con su rara cabecita, la hacían más inquietante y más bonita aún.

La sangre giraba en torbellinos por su cabeza y él giraba por los cielos y la tierra en medio de esa tremenda y maravillosa emoción que lo aturdí y le hacía sufrir y gozar. Y seguía sin poder decir una palabra.

—¿Se puede saber qué anda buscando usted? —volvió a preguntar ella, aproximándosele un paso.

Ante esta fantástica e increíble realidad (estaba oyéndola, y ahora tan cerca que podía olerla y hasta tocarla con sólo levantar la mano) Peñaloza solamente acertó a decir lo que salió espontáneamente de él:

—Nada... Esto mismo... Estar con usted... así...

*Pajarito* enrojeció profundamente antes de contestar:

—¿Y por quién me ha tomado usted?

El cojo barruntó algo que ella no entendió cabalmente y luego añadió, con más énfasis y claridad:

—¿Por qué es tan orgullosa?

Buscando la manera de salir de esta situación y de que no se repitiera: *Perdóneme —pensaba Anita: tengo los minutos contados, creo que se ha equivocado usted lamentablemente y no le permitiré que otra vez me moleste de esta manera.*

Y plantarlo sin más ni más.

Pero la vista de la muleta, y la pierna ausente, cambiaron el curso de sus pensamientos:

—No tengo por qué ser orgullosa con usted ni con nadie. Pero creo que usted se ha equivocado conmigo y espero que no siga perdiendo el tiempo.

La muchacha prosiguió su marcha, dejándolo plantado. *Si me sigue, si insiste, estoy perdida.* Y deseaba hallar un negocio, la farmacia, cualquier casa donde meterse con alguna excusa, aunque también esto le pareció cobarde e impropio.

Él la siguió:

—Escúcheme, escúcheme... —más que hablar, parecía lamentarse, si bien con una voz que tenía algo de súplica y a la vez de amenazante.

Corriendo, o caminando más a prisa, ella lo hubiera aventajado. Mas esta actitud también sería ridícula, y no le correspondía. Después de todo, la seguía un ser humano, no un monstruo. Y convenía liquidar este desgraciado asunto. Al mismo tiempo se repetía que de no ser un rengu muy otro sería acaso su comportamiento para con él. Al fin y al cabo no era feo y sí joven y bien varonil... Y sin embargo era la falta de su pierna, su lástima por esa pierna ausente lo que de nuevo la detuvo, al ver que le hombre no cejaba. Y en medio de esa lástima lo hirió no obstante al espetarle:

—¿No se da cuenta del papel ridículo que está haciendo desde el día que llegué y que hace ahora mismo, siguiéndome como un perro?

Advirtió, por el rostro de Peñaloza, que se había excedido en sus expresiones y volviendo a plantarse, con las dos manos sosteniendo fuertemente el portafolio entre las piernas, añadió, dueña de sí misma:

—Bueno, explíquese.

Pese a la actitud de ella, que le pareció altanera, el hombre de la muleta intuyó cierta blandura en la maestra. Y hallándola más linda que nunca con su cabecita a lo varón y su gesto enérgico, sintió que su sangre y su corazón, esperanzados, tocaban los cielos, corriendo y repicando como campanas.

Peñaloza estaba jadeante: dijérase que hubiesen descargado de sus hombros y de su pecho uno de los gigantescos pinos que susurraban grave y profundamente cerca de ellos. Y de nuevo no pudo hablar durante un instante.

—Perdóneme... lo de orgullosa —balbuceó al fin.

*Pajarito* lo escuchaba, ablandando inconscientemente su gesto y su rígido porte.

Otra vez tardó él en encontrar las palabras, que tortuosamente salían de su reseca boca.

—Claro, usted es linda, jovencita, maestra... —y aquí enmudeció.

Defendiéndose de sí misma, y tratando de que ese inmenso calor que le subía desde todo el cuerpo y las manos no le arrebatase la cara, Anita se puso en guardia, afirmándose nuevamente sobre sus pies y apretando el portafolio contra sus muslos.

—... Y yo, un pobre infeliz que... la sigue como un perro, y encima usted se ríe de él —siguió diciendo Peñaloza, expresándose con más desenvoltura y recobrándose a su vez.

—Bueno, discúlpeme por lo que le dije. Pero todavía no sé lo que quiere. Explíquese.

Ahora Peñaloza se mordía los labios resecos, apretaba con la sudada mano la muleta que lo sostenía en pie y con la frente perlada de transpiración la miraba vehementemente con sus fulgentes ojos negros, cuyos glóbulos veía ella cruzados de gruesas arterias rojas. ¿Cómo habría que hacer para que esta clase de mujeres entendieran? ¿Cómo con la Dora, con la Mecha y hasta con la Nayi —que la había manoseado y besado todo lo que quiso— no había tenido que andar con tantas vueltas? “Explíquese”, “explíquese”, y hacía media hora que se lo estaba explicando y dos días que la seguía y que se mamaba y que andaba perdido por ella.

—Discúlpeme. Usted está ahora apurada... Alguna tarde, conversar algunos minutos... alguna noche...



Las dos últimas palabras las dijo precipitadamente, sintiéndose de pronto asustado de haberlas pronunciado. Y calló, en medio de un profundo aunque instantáneo vacío helado, esperando una contestación que no se imaginaba y que podía ser una bofetada, un insulto peor que los ya recibidos o vaya a saber qué. En ese instante de miedo se vio él y la vio a ella, desde otro plano: como si “vichando” desde muy lejos y muy cerca a la vez se estuviese “sirviendo un plato”. Ella, una maestríta recién llegada, una piba delicada y bonita; y él, un tirado, un vago, un chupador, un tipo que ya ni siquiera trabajaba de lustrabotas como antes, y que se mantenía con algunas changas de ocasión y que vivía pechando y jodiendo a medio mundo. ¿De dónde sacaba el coraje de molestar y seguir “como un perro” a una señorita que demasiado amable y paciente estaba siendo con él?

—¿Usted ha pensado bien lo que me está pidiendo? —inquirió ella, con sencilla serenidad, más allá de la lástima o el miedo.

—Usted dice eso porque cree que estoy borracho.

—No porque lo crea borracho —mintió algo Anita (desde el primer día, el rostro y principalmente los ojos inyectados en sangre le parecieron los de un alcoholista)— sino simplemente porque no tengo ningún interés en hablar con usted. Y por favor, no me moleste más.

Y se fue, con implacable y fría decisión, convencida de que Peñaloza insistiría, caminando tras ella. Iba con una especie de escozor en las espaldas, sintiendo la corriente de su mirada en la nuca, y esforzándose, con angustiada curiosidad, en oír sus pasos y el rítmico y trágico golpear de la muleta sobre la tierra dura.

—...*Por favor, no me moleste más* —seguía oyendo el rengo, que no se había movido un centímetro de su lugar.

—*No me siga como un perro* —se dijo a sí mismo, mirándola alejarse, hasta más allá de la esquina, por donde en ese momento un choco corría y ladraba tras un matungo huesudo y descarnado, tratando de morderle los garrones, que apenas podía mover.

Tan blanca y fina. Como un pajarito. Como una flor...

Tan distinta de la Dora, de la Mecha, de la Negra y de la Nayi, y eso que la Nayi no era de los ranchos ni andaba —como la Negra— por los yuyales.

—...*No me moleste más. No me siga como un perro...*

Pero otra cosa muy diferente también lo separaba de esas mujeres, y de otras que en pasados tiempos —en los tiempos de la Negra— habían *andado* con él. Y sintiendo un muy amargo sabor, como veneno, en la áspera boca, Peñaloza no atinaba a explicarse qué; pero lo intuía. Ella pertenecía a otro mundo. Por eso, más linda. Por eso, ese amargor en la boca.

Como un pajarito, como una flor...

—*No me siga como un perro...*

Y mirándola perderse entre una tolvanera:

“Como una viborita”, pensó también.

## IV

### 1

—¿Para quién te reservás, Nayi? —le preguntaba a veces Peñaloza, tan poco locuaz y tan hosco para con las demás mujeres, especialmente cuando no estaba tomado y éstas no eran de su misma condición social.

Se habían visto crecer desde que ella era una niña y él empezaba a sentir las violentas angustias del sexo, a poco de perder la pierna, cayendo de un molino.

Le gustaban los ojos grandes y profundos de Nayi, su tez mate pálido, cual durazno no muy maduro todavía. Y, cuando ya mayorcita —apetitosa “fruta pintona”— lo que más le atraía era su andar un algo desgano y sensual, y sus pechos poderosos y punto menos que insolentes pese a la humildad de la sucia y corcuisada vestidura que los aprisionaban.

Siendo chico Peñaloza se la pasaba en su casa, jugando con ella dócilmente y mirándola como un bobo. Y cuando era casi un hombre y la chica andaba con los primeros filos, empezó una agrídulce y equívoca amistad. Abusando de la confianza que se le dispensaba, no desperdiciaba oportunidad de largarle algún chiste picante, de espiarla cuando se bañaba o cambiaba de ropa, de pedirle que le enseñase las piernas para “ver si eran mejores” que las de la Dora o alguna otra “amiga” y, sobre todo, de rozarla, tocarla, pellizcarla en un juego que nunca fue más allá de algún beso más robado que provocado. Todo esto apuraba a ella en la búsqueda de un “novio” y a él en el logro de la Mecha, de alguna otra o del boliche, donde, después de aumentar momentáneamente los ardientes respingos de su sangre y su sexo, los apagaba y oscurecía a fuerza de “tintiyó” o lo que fuese.

Al cabo de una amistad de tantos años, don Nejas no se las llevaba muy bien con el rengo, a quien lo había ayudado de muchas maneras, además de prestarle plata que la mayoría de las veces no le reembolsaba y facilitándole billetes de lotería para que vendiera, los últimos de los cuales jamás pagó. No era tanto la insistencia con que frecuentaba la casa y la excesiva familiaridad con que trataba a “la Nayi” (cargosidad que ella toleraba quizás tanto por indiferencia como por inconfesado halago) sino su falta de honestidad y de palabra lo que empezó a desagradarle; su vagancia más o menos disimulada con ocupaciones esporádicas que hubieran podido permitirle vivir decentemente de ser más constante en ellas; y sus borracheras, las cuales, después de juntarse con la Dora, hacía varios años, eran más y más seguidas.

La madre de Nayibe, enérgica mujer sin dobleces, conoció a los padres de Peñaloza. Y trataba al niño y más tarde al adolescente, antes y después de perder la pierna, como si fuese de la casa y en ocasiones con la oculta ternura maternal con que se atiende y protege a un hijo desgraciado y desvalido.

Pero la caída moral de Peñaloza, desde que empezara a acoplarse con cualquier chinita, fue más rápida y vertical que la del propio boliche de su marido. Y cuando lo veía en la casa bromeando con su hija, se comportaba con él lo mismo que si no existiera. Ante esta actitud, el muchacho ni siquiera la saludaba. En cambio don Nejas movía la cabeza despaciosamente y le decía con su manera triste que parecía un lamento, un lloriqueo:

—Es una lástima. No sos ningún sonso; sabés leer y escribir, sos joven, ¿por qué no te buscás un trabajo y vivís como la gente?

Peñaloza pasaba a las habitaciones o al patio, buscando a la muchacha; o pegando un mulotazo a la puerta o a cualquier cosa que hubiese en el suelo desaparecía sin palabra ninguna o triturando un insulto con sus labios finos y ceñidos.

Únicamente la Nayi era casi siempre la misma para con él. Pero cada vez más silenciosa, indiferente y recogida en sí misma. ¡Ah si los dejasen un par de horas solos o pudiese bailar o sacarla a pasear aunque fuese a la plaza, donde no sabían andar más que los caballos o algunas cabras!

Solamente ella no lo haría con su desprecio porque él era un infeliz, y no le daba estúpidos consejos, como ese viejo baboso y tuerto que había nacido quejándose y quejándose se iría seguramente a la “estancia del ñato”.

Únicamente la Nayi no había cambiado para con él, y, sin embargo, tampoco era la de antes. Casi no conseguía ni hacerla sonreír. No contestaba ni le daba bolilla cuando le hacía bromas y le decía chistes. Y no quiso recibirle sino a la fuerza y como con fastidio (¡qué triste y desgraciada tarde aquella!) aquel frasco de loción que bien sabía él que a ella le gustaba y que, no teniendo guita, en un descuido de Rivera se lo había birlado de la vidriera mientras atendía a otro. Desde entonces la amistad se hacía día a día más equívoca y rara y alteró su rumbo una ardiente tarde de verano.

A la hora de la siesta, mientras ella cuidaba el negocio hojeando una revista, Peñalosa se le acercó sin decir nada. Los pechos de la Nayi, apoyada en el mostradorcito, se le ofrecían con una belleza que hizo galopar su sangre en las sienas mientras en su bajo vientre la ansiedad era tan fuerte que se convirtió en dolor. Verlos era una belleza enloquecedora y a él y solamente a él le pertenecían puesto que los había visto crecer y madurar día tras día, años y años, soñando siempre tenerlos en sus manos como un par de palomas tibiamente palpitantes o descansar su cara y su cabeza en ellos en los momentos de amargura o tristeza.

Y al tratar de besarla pasándole una mano por sobre la cintura y la otra entre las palomas:

—¡No te acerqués, que tenés un asqueroso olor a vino! —exclamó la muchacha.

Todo el ferviente deseo que como una llamarada recorría el cerebro y el cuerpo del cojo pareció cuajarse en una helada sensación que lo inmovilizó, haciéndolo palidecer.

Ella continuaba hojeando la revista y él, por un instante, no supo qué hacer ni qué decir para herirla lo más dolorosamente posible.

(—¿¡Y vos, turca de m...!? ¿¡Te has mirado la roña que tenés en el cogote, en el... y en los sucios trapos que te tapan!?).

Pero no se atrevió a decirlo, y sin una palabra agarró la muleta y ganó la puerta de calle. Estuvo varios días sin ir a la casa, y, desde entonces, sus palabras, cuando la veía, eran más provocadoras, a veces insultantes y con un sentido puramente obsceno.

—¿Para quién te reservás, Nayi? —insistía—. Ya no tenés quince ni veinte años: si no me equivoco tenés más de veinticinco, aunque representás mucho menos que yo. Y después de tanto aguante, ¿a quién te vas a entregar?

Un día comenzó a intensificar sus visitas y su asedio, que no tenían ahora nada de ambiguos y parecían los de una bestia en celo.

Dormía el pueblo todo. Dormía el guadal bajo el sol áspero y fulminante. Solamente algunas gallinas chachareaban en el patio o en la calle mientras en las cornisas y en los profundos agujeros del muro que llegaban al interior del boliche, los incansables gorriones no cejaban en su chillante algarabía, pasándose de un lado al otro de la pared.

Sudando y con una sed que lo torturaba desde la boca a lo más recóndito de sus entrañas, pero bien peinado, caía a menudo Peñaloza, con la prisa de la desesperación o del que huye de alguien.

Sentábase cerca de Nayibe, inquieto y jadeante, y en ocasiones le pedía agua fresca: pretexto magnífico para “tantiar el terreno” y para que al menos reparase en él.

Pese a todo, la sabía buena a la Nayi, si bien cada vez más fría e incomprensible, y cada día más hermosa, quizás porque usaba ahora una blusa mejor. Se arreglaba un poco y hasta se la veía más fresca, más limpia, o al menos se le ocurrió a él.

Al principio tuvo la secreta esperanza de que coqueteaba con él y de que debía modificar su táctica, yendo más derecho al grano, como había hecho con la Dora en un rancho, al final de una fiesta y estando los dos bastante picados con el “tintiyó”.

Ella se levantaba sin abrir la boca; el muchacho la seguía con su mirada angustiosamente pegada en las piernas y en las caderas; traía Nayi el agua (que salía exquisitamente fresca de la bomba) y se la daba casi sin mirarlo.

—¿Para quién te reservás, Nayi? Estás más linda que nunca... pero los años pasan —volvía a las andadas Peñaloza, al cabo de un largo silencio.

La Nayi, sentada en un viejo sillón de mimbre, seguía volviendo las hojas de la revista.

—¿Por qué has cambiado tanto conmigo?

Dormía el pueblo todo, dormía el guadal bajo el sol áspero y fulminante, las gallinas chachareaban en el patio o en la calle y en un agujero que atravesaba todo el muro del boliche los gorriones entraban y salían desgañitándose.

—¿Los viejos duermen?

Y la Nayi siempre sin contestar.

—¿Pero por qué no hablás? —porfiaba Peñaloza, sentado en un viejo banquito de madera con la muleta entre los muslos.

La muchacha sonrió levemente, por la trágica y grotesca desesperación de su amigo o por lo que veía o leía en la revista. En vez de contestar se acomodó en el sillón y, al cruzar muy indolentemente las piernas, dejó un brevísimo instante sus carnes suavemente morenas al alcance de la vista anhelante del cojo.

—La Dora está enferma de abajo, Nayi: una especie de hemorragia... y hace tiempo ando como loco. Y vos estás tan linda que no podemos seguir —dijo temblando Peñaloza, pudiendo apenas hablar, con la boca reseca y todos sus músculos febrilmente endurecidos.

Ella, sonrojándose, no contestaba.

Peñaloza era una viva herida palpitante que se sentía quemado, torturado y acorralado por dentro y por fuera y la Nayi, a un metro de él, la más hermosa hembra del pueblo porque además estaba limpia.

—¿Te acordás, Nayi, cuando te bañabas y, sabiendo que yo estaba espiándote, nunca te enojabas?¿Te acordás cuando jugábamos: si yo te muestro esto, vos me mostrás...?

En el rostro de la joven, el calor y el color seguían subiendo, subiendo...

—¿Y acaso estaba mal, Nayi? Vos eras mujer y yo varón y...

Luego de una nueva pausa, cada vez más insoportables para el rengo, ella se movió en el sillón y él, como otras veces con la punta de la muleta le levantó la pollera. Nayi dejaba hacer sin abandonar su lectura.

Un chico descalzo y casi desnudo vino a preguntar algo, quizás la hora o a pedir prestada alguna cosa: Peñaloza no lo recordaba ya o no lo oyó pues sus sienes golpeaban ardorosas y tuvo ganas de encajarle un muletazo en cuanto lo vio aparecer.

El chico se fue y de nuevo ella leyendo o haciendo como que leía y él subiéndole la pollera oscura que contrastaba con su carne joven y rosada, dócil y generosa a sus miradas, y que al final pudo ver en toda su maravillosa plenitud.

Lentamente, y temblando como un afiebrado a quien el fuego interior lo consume por segundos, Peñaloza dejó la muleta en el suelo para lanzarse sobre ella y besarla frenéticamente, morderla, palparla con sus manos y todo su cuerpo y quizás desgarrarla, cubrirla toda con sus ojos, sus besos, su lengua, su carne, su sangre; confundirse con ella en un amasamiento brutal y a la vez excelso de sus carnes y sus huesos, convertirse los dos en uno solo y apagar ese ardor infernal que acabaría con su vida.

Pero de pronto se contuvo, rediviva en su sangre y ante sus ojos la amarga escena de pocos días antes. Quedó en suspenso unos pocos segundos durante los cuales, completamente inhibido, su monte dejó de funcionar y su voluntad quedó anulada. Y sólo se le ocurrió repetir, como si no fuese él quien hablase sino una sombra de sí mismo; como un idiota viéndose idiota él mismo y, sabiéndose espantosamente ridículo, no puede hacer nada para impedirlo:



—¿Para quién te reservás, Nayi?

Tampoco ahora parecía ella oír ni darse cuenta de nada. Hasta que ruidos en las habitaciones le hicieron soplarse el rebelde mechón sobre un ojo, y que volvió a caer sobre el mismo lugar.

Era su padre que se levantaba de la siesta y venía a atender el boliche.

## 2

Pocos días después de ser presentados en la farmacia, Anita y Rivera almorzaron y cenaron en la misma mesa.

El pequeño comedor del *Hotel y Bar “Italia”* no tardó en colmarse. Y cuando llegó el farmacéutico, al filo de las doce y media, don Nejas no encontraba lugar para ubicarlo. Posando luego sus chuscos ojos en un rincón donde la figurita de *Pajarito* casi pasaba inadvertida en una pequeña mesa, bajo el cuadro de Otello, el “turco” se le aproximó y le preguntó si le permitía al señor Rivera almorzar con ella. Y antes de que la maestra contestase, farfulló oscuramente, con cierta aparatosa finura:

—Discúlpeme, señorita. Usted ve cómo está esto. Hay feria en Los Médanos, o no viene ni una mosca o nos marean de trabajo. Me he permitido molestarla porque el señor Rivera es un caballero y una o dos veces los he visto conversando...

Ella, accediendo, casi ni se dio cuenta de lo que el hombre dijo, sintiendo entibiársele las mejillas, que seguramente se le habían sonrosado. Eran más de las doce y media y debía estar en la escuela a la una menos cuarto. De modo que tenía que levantarse e irse enseguida. Este pensamiento la tranquilizó. Pero se dijo también que esto era tonto, aunque sus sentimientos existían a pesar suyo. No tenía la culpa de que por primera vez en su vida iba a almorzar (ni siquiera eso: porque había almorzado ya) con un hombre, ni que tomase agua en lugar de vino y de que mientras los demás parroquianos elegían siempre entre “fruta

o queso y dulce” ella debía contentarse con lo que le trajesen ya que su presupuesto no le permitía otra cosa.

Después del rutinario “buen provecho” y del “con permiso, señorita Anita”, dijo el boticario, sentándose frente a ella:

—Pese a todas las despiadadas críticas que los otros días le hicimos a este *hotel* (¡vea qué nombre le aplicamos!) y especialmente el comedor, la estrechez de esta madriguera tiene sus ventajas: a veces nos pone en contacto con personas que nos hacen más llevadero nuestro aburrimiento aunque sea por algunos minutos. En este caso, por ejemplo, constituye una verdadera alegría...

—¿Se sirve fiambre?

Rivera suspendió su lenta y persuasiva alocución y miró a Nayibe.

—Sí, como siempre.

—Ayer no quiso —advirtió secamente la muchacha.

—Fue una excepción: no me sentía bien.

Conteniendo un gesto, Nayibe se sopló el mechón que le molestaba sobre el ojo, y se retiró con la panera vacía.

—Sí —añadió el farmacéutico en tono formal y dirigiéndose nuevamente a su compañera de mesa—. No lo digo por halagarla: usted es maestra, y una maestra, como el comisario y el médico, tiene mucha importancia en un pueblo pequeño.

No obstante esta salida, que le pareció un tanto extraña y que luego le hizo sonreír (un rústico y corpulento criollo de larga melena y rostro curtido y achinado y de botas apretando fuertemente su fusta o su talero al lado de una frágil y endeble maestría inerte dentro de su delantal blanco) ya no sentía Anita ninguna molestia ni inhibición y, por el contrario, lamentaba tener que irse de inmediato. *Un gran tipo*, le había dicho Carmen el día que los presentó. Mas ahora, tras haber conversado tres o cuatro veces con él, intuía que esas tres palabras resultaban fuera de foco con respecto al concepto y al sentimiento que estaban naciendo en ella a través de sus breves contactos con Rivera. En ocasiones la

franqueza del boticario iba tan lejos que ante ciertos ojos y oídos podía pasar por no muy bien educado. Y su conversación, ni frondosa, ni elocuente, ni pedante, tenía la atracción de algo más íntimo o profundo que todo eso.

—Pero entre una maestra y un comisario —prosiguió Rivera en un tono muy suyo y que la muchacha no supo si era en serio o en broma— me quedo con una maestra... Y con mucha más razón en estos tiempos. —Sobre todo si la maestra es inteligente o al menos inquieta y curiosa —agregó al instante, sirviéndose el fiambre que le acababa de traer la hija del “turco”—. Esta chica, por ejemplo, no sabe ni le gusta conversar. Ella está presente con su cuerpo, y deja que su cuerpo hable: pura biología, pura materialidad. Excúseme estoy garlando demasiado. Le toca a usted —y masticando tranquilamente la miró, a través de sus gruesos cristales, como aguardando sus palabras.

—Me toca a mí, pero será otra vez. Además —dijo *Pajarito* levantándose— no sé si será yo la maestra que a usted le gustaría escuchar. Y me voy porque ya debería estar en la escuela...

—¿Va a contarles a los chicos las atrocidades de los indios ranqueles, en estos mismos lugares, donde se comían crudos y vivos a los pobrecitos blancos, y cómo hemos “progresado” en menos de un siglo de “civilización”?

—Usted es muy pesimista, señor Rivera. Ya conversaremos sobre esto otro día.

Las palabras de Anita se diluyeron como gotas de agua en un océano entre el vocerío y el humo de los toscos hombres de bombachas, botas o alpargatas que comían, bebían, fumaban y gesticulaban a los gritos.

### 3

Esa noche, cuando Rivera entró en el comedor, la maestra acababa de sentarse a la mesa.

Pese a que don Nejas había abierto las puertas que comunicaban con el *Bar* y con el patio, en el pequeño salón hacía un calor sofocante y gelatinoso. Luego el “turco” abrió también la ventana que daba a la calle, por donde comenzaron a entrar mosquitos y hasta algunas cucarachas.

Los únicos comensales eran Anita, Rivera, el jefe del Correo, impertérrito en su impertérrita inmovilidad, y unos pocos hombres de campo, rezagados de la feria de Los Médanos, que en camisa o camiseta barajaban constantemente sus crías, sus invernadas, sus vacas, sus terneros y sus vaquillonas. No hablaban de otra cosa. Y tanto de sus palabras como de sus ropas y botas o alpargatas parecían desprenderse el olor a bosta, a pasto y a sudor de las bestias que criaban, compraban o vendían.

Sin quitarse su liviano saco de hilo, Rivera se aproximó a la mesa de Anita y luego de saludarla y desearle “buen provecho”:

—Si me siento en otra mesa, puedo incurrir en lo poco cordial —continuó—. Si lo hago en la suya con todo desparpajo, pasaré sin duda por indiscreto o mal educado. Si le pido permiso para acompañarla, paso tal vez por tímido, o puntilloso, poniéndola a la vez en un compromiso. Lo indiscutible es que le toca hablar a usted, señorita Ana. ¿Cuándo lo hará?

*Pajarito*, que mientras el boticario hablaba con su habitual lentitud tuvo tiempo de superar su nerviosidad y reflexionar, no tardó en invitarlo, sonriendo:

—Si gusta acompañarme, siéntese, señor Rivera, sin tantas explicaciones.

—Con verdadero gusto. —Desgraciadamente, o quién sabe si por suerte —añadió enseguida— (uno al final no llega a estar seguro de nada en este mundo) siempre doy o pido demasiadas explicaciones.

Un mosquito verde aterrizó en el plato vacío. Rivera lo sacó con la servilleta. Luego cubrió el vaso, que por costumbre había limpiado previamente, con la misma servilleta. Estaba por decir algo contra los mosquitos, contra el calor, contra la inaguantable y húmeda atmósfera reinante, pero como olfateándolo, don Nejas, que oficiaba en ocasiones de *maitre*, se hizo ver con un aparato de “flit”.

—Al final uno no sabe qué hacer —se quejó el hombre, con su lloriqueante voz—. Si cierro las puertas y la ventana, nos asfixiamos. Si las dejo abiertas, entra el olor de la cocina y se llena de bichos.

—Para mí, déjelas como están: “Prefiero morir de pie y no vivir de rodillas”. No sé la señorita.

Anita sonrió, indiferente y casi alegre.

—¿Vio? —agregó el farmacéutico, cuando se alejó don Nejas hacia la ventana, donde empezó a ametrallar moscas, mosquitos y cucarachas despiadadamente—. No mencionó a las arañas. No teme que entren.

—¿Por qué no teme que entren? —indagó seriamente la maestra, con cierta ingenuidad.

—Porque ya están adentro —sonrió Rivera—. ¿Usted se imagina la cantidad pavorosa de arañas (y excúseme que hable de estas cosas en la mesa) que habrá detrás del *Otello*, y del cazador de utilería?

—No hable de eso, por favor: me horrorizan las arañas.

Comenzaron a tomar la sopa, que trajo Nayibe sin decir una palabra y se sopló el mechón rebelde cuando el boticario le preguntó si no estaba demasiado caliente.

—¿Es posible que lo que me dijo hoy sea verdad? —demandó Anita, al cabo de un minuto de silencio—. ¿Conoce usted Punta del Agua?

—Queda entre San Basilio y Adelia María, cerca de Río Cuarto. No lo conozco, pero he estado de paso. La estación, uno o dos galpones y unas pocas casas o ranchos. Peor que esto todavía.

—Era una maestra; muy jovencita y muy necesitada; y tanto hizo la pobre que a pesar de no mezclarse en la política logró un puesto. Y la mandaron a Punta del Agua.

—Me imagino: si no tenía cuñas la fletaron a un lugar adonde nadie había querido ir.

—¿Sabe dónde vivía la pobre chica? En una de esas casillas para los empleados o los peones, en la estación misma. Los linyeras sabían darle la carne para que se la guardara en la fiambreira que ella tenía, entre sus pocas cosas. Estuvo allí trece años.¿Se da cuenta usted? Tre-ce años, agonizando con su juventud y sus sueños. Inútilmente pidió traslado o mejoras durante todo ese tiempo. Y finalmente, cansada, se retiró del magisterio.

Rivera cortó un pedazo de costra de pan y masticándolo parsimoniosamente la miraba a través de sus lentes, como si no estuviera nadie ante él o no la reconociera.

—No habiendo fondas ni pensiones, ni nadie que pudiera recibirla como pensionista, aunque más no fuera como favor u obra de caridad, eso no tiene nada de extraordinario. Lo excepcional es que haya resistido trece años así, viviendo solita en esa casilla y en un villorrio como aquél.

—Cualquier cosa puede ser posible por estos pagos, y nada me extraña. Y eso, *después de un siglo de civilización*, como diría usted...

—¡Oh, cómo insiste usted en eso! —sonrió, enrojando, la maestra.

—... Una de cuyas glorias —prosiguió lentamente Rivera— es haber reducido a los indios: yo diría *exterminado* —recalcó—. Tenía mis dudas de que nuestro mundo actual fuese superior al de los indios, al de los “salvajes”. Y resulta que hoy, al final de algunos años de experiencia y de lo que he visto y he sabido de estas mismas regiones y de todo el país, me parece que seguimos siendo tan salvajes, o acaso mucho más, que los mismos ranqueles. Si leyendo la historia escrita por nosotros mismos tenemos nuestras remordientes dudas, ¡figúrese lo que sería si la historia la hubiesen escrito los indios!

—¿No le parece que está usted defendiendo demasiado a los salvajes y menospreciando la obra civilizadora de los blancos?

—Nosotros despotricamos frecuentemente contra los malones de los ranqueles, olvidando que los ranqueles, a su vez, temían a los malones de los cristianos

—porfió el farmacéutico, siguiendo el hilo de sus ideas más que las palabras de la maestra.

— ¿Malones de los blancos? ¡Es la primera vez que lo oigo!

—No soy yo quien lo sostiene. Mansilla, en su famosa *Excursión a los indios ranqueles*, también compara el rancho de un gaucho, un *civilizado* (a quien tantas loas le cantamos en el circo, el teatro, en el cine, en la radio y en los tangos, además de todas las canciones folklóricas), con el tildo de un indio, es decir un bárbaro, y el resultado de la comparación es desoladora para nosotros los civilizados, y que tanto nos enorgullecemos del rancho, la guitarra, la zamba y la vidalita.

—Dejemos ahora esto, y contéstemme una cosa que quería preguntarle cuando empecé a contarle lo de la maestra de Punta del Agua...

Nayibe, en silencio, levantó los platos.

—¿Qué viene ahora? —quiso saber Rivera.

—Puchero con choclos y zapallo.

—¿Se da cuenta? Puchero de noche —dijo el farmacéutico, cuando la hija del “turco se hubo retirado—. Pero se olvidó de agregar: y carne de vaca. ¡Hasta en la comida seguimos siendo como los indios! Con la diferencia de que los ranqueles sustituían en ocasiones la carne de vaca por la de yegua, cosa que, no sé por qué, nosotros no hacemos. Pero hable usted, que tenía la palabra.

—Cada vez que voy y vengo de la escuela, cerca de la plaza me llama la atención una carpintería abandonada, con todas las máquinas y herramientas cubiertas de telarañas. La puerta, con un grueso candado, está tan vieja y deteriorada que a través de sus agujeros puede verse casi todo.

—Muy pronto quedará así toda Agua Amarga —dijo Rivera, sin levantar la vista del plato de puchero, que ya había traído la hija de Nejas—. Y usted tendrá que ir a dar clases en una carpa, si es que le queda algún alumno...

—Según la directora, esta población está peor que hace veinte o treinta años; y algunas hasta desaparecen.

—¿Algunas? La señora de Lucero es muy optimista. Santa Victoria, muy cerca de Santa Eufemia, desapareció literalmente. ¿Quiere más detalles? Ferrocarril General Bartolomé Mitre, que ya no funciona, Departamento de Tercero Abajo. Demolieron las pocas casas restantes y vendieron o se llevaron el material. Algo semejante sucedió con Wath, próximo a Realicó, La Pampa. Y muchos pueblos más que no conservan más que la estación ferroviaria, cuando la tienen, y su nombre en el mapa. Cosa parecida ocurrió con Olmos, a pocos kilómetros de Canals. Hay que conversar con los viajeros para darse una idea de este problema desolador de nuestro país. Y muchos pueblos que no han desaparecido están en agonía de muerte o completamente estancados. Es suficiente que hablemos de por aquí cerca: Huinca Renancó podría y debería ser ya una verdadera ciudad. Hasta hace algunos años, contaba con catorce o quince mil habitantes. Hoy, después del llamado del hombre de la sonrisa y de gran saludo, tiene casi la mitad. Esperemos algunos años más y veremos qué pasa. Importantes ciudades deberían ser hoy Arias, Canals y La Carlota, tan o más viejas que Río Cuarto, así como muchos otros considerables lugares y villas, sin olvidarnos de la legendaria e histórica Reducción, más antigua que el propio “imperio riocuartense”. Y acercándonos más a Río Cuarto, es mejor que no hablemos de poblaciones como Chucul, Carnerillo, General Cabrera, Las Acequias, Las Perdices. Conozco más de un viajante que hace mucho trabajaban estos pueblos. Ahora, al cabo de quince o veinte años a menudo pasan de largo porque no hay dónde pasar una noche y, a veces, ni dónde comer un bife, decentemente. Mientras tanto, en la Cabeza de Goliat, no se respira más que humo, petróleo y nicotina y centenares de miles de personas viven hacinados en los conventillos, en pleno centro de la Capital Federal y en las Villas Miserias. Figúrese lo que será pronto con el llamado a los “compañeros” del interior. Vivirán unos sobre otros, como hervideros de gusanos, en un país donde lo que sobra es “espacio vital”, mientras acá nos siguen invadiendo el cardo ruso y la morenita, que algún día crecerán hasta bajo nuestras casas.



—Bien. ¿Pero a qué se debe todo esto?

—Fácil es preguntar. Los izquierdistas o progresistas apuntan, y quizás con buena puntería, al latifundio. Los conservadores, cuidando que esta forma de civilización no se modifique en lo más mínimo porque la consideran la más perfecta, afirman que el hombre de campo, como el de la ciudad, se ha vuelto un inmoral y que padece una ergofobia o ignavia crónicas. Otros, un poco idealistas tal vez, y como quien agarra el rábano por las hojas, achacan todo a la falta de cultura, a las pocas escuelas... Y hasta hay quienes parlan de las condiciones étnicas y raciales de nuestro pueblo.

—¿Y qué opina usted?

—¿Yo? A veces ni yo mismo lo sé. Ahora se dice desde arriba que la tierra debe ser para el que trabaja. Cuando se empiece a “repartir”, avíseme y le daré mi opinión. Lo peor es que como todos tienen algo, aunque sea una pizca, de razón, cada sector se agarra de allí para elaborar toda una teoría. Y eso es lo que desorienta a mucha gente, como en ocasiones me siento desorientado yo.

Se presentaron en el comedor tres clientes más. Dos entraron del patio, y otro, alto y acicalado, de acento porteño, apareció por la puerta que daba al bar. Éste se acercó a uno de los otros dos, que estaba en camisa de mangas cortas, y se saludaron muy efusivamente, con apretones de manos y abrazos.

—¿Se conocen? —preguntó luego el de camisa de mangas cortas, mirando a su compañero.

Los presentó. Y a una indicación de don Nejas, que venía detrás del porteño, se sentaron a una amplia mesa, cerca del farmacéutico y de Anita.

—Los viajantes suelen ser pedantes y asparentos. Pero me son simpáticos porque ponen en movimiento al hotel y a todo el pueblo; y nos despiertan o nos distraen un poco con sus fanfarronadas. No tienen telarañas en el cerebro, como los que vivimos enterrados en el guadal. Escuchándolos se sabe en ocasiones cómo marcha el mundo o nuestro país mucho más que leyendo los periódicos, en los que no se escribe lo que el periodista quiere sino lo que ordena la “línea”

del diario. Y si esa “línea” no coincide con los grandes intereses oficiales o partidarios, el periódico deja de existir, simplemente.

—¿De dónde viene usted? —preguntó el porteño al que había saludado tan aparatosamente.

—Yo, de Huinca. Él —señaló a su compañero, calvo y de anteojos— de Italó.

—Temiendo que lloviera, yo me las piqué de Del Campillo; hice unos pueblos de mala muerte y espero que mañana mismo, si no llueve, pueda salir de esta... porquería —añadió bajando la voz.

—Nosotros vinimos solamente a pasar la noche —murmuró el calvo, masticando corteza de pan y haciendo un gesto de desagrado, después de mirar a su alrededor como oliendo algo feo.

—Por aquí ya no se puede andar: los caminos están cada vez peores —recalcó el de camisa de mangas cortas, con acento cordobés—. Córdoba es la provincia que tiene peores caminos.

—Más jodidos son los del litoral —aseguró enfáticamente el porteño—. En tiempos de lluvia nadie pasa por ellos, como en algunos de mi provincia.

—¿Pero usted cree que hay caminos más malos que los de Córdoba? —insistió el de mangas cortas, moreno, retacón y de cabellera crespa y renegrida, encendiendo un cigarrillo después de convidar inútilmente a los otros.

—Los de Entre Ríos y Santa Fe son intransitables cuando llueve.

—Yo no diría que en esta parte sur de Córdoba los caminos son malos —comentó el calvo, que había colgado el saco en el respaldo de su silla y que seguía masticando pan—. Ni siquiera son caminos: son una vergüenza nacional. Donde no hay problemas es en el norte; porque no llueve y son de piedra o afirmados.

—¡Quién pasa por esos barriales negros de Entre Ríos y Santa Fe después de una lluvia! —exclamó el alto y acicalado—. Días y días perdidos en una fonda o en un rancho, acorralado por el agua.

—Querido: es lo que me pasó el año pasado, ¡y no en el litoral! —gritó el cordobés—. Fue cerca de Los Surgentes, a principios de febrero. Cinco días en una chacra, en la chacra de un yugoslavo, Duzevich, de quien me hice amigo.

—¿Ve qué interesante? —dijo el farmacéutico a la maestra—. Esto no se dice por radio ni en los periódicos, ni que su escuela tiene el techo acribillado de agujeros y el piso lleno de cuevas de ratas. La radio y los diarios difunden discursos: el nuestro es uno de los países más ricos del mundo y que la tierra debe ser para el que la trabaja...

—...Un poco más, y el agua no llega a la parte alta del radiador —continuó el cordobés—. En partes cubría los alambros. También quedó interrumpido el servicio de ferrocarril. En muchos sectores el agua había comido el terraplén y las vías quedaban en el aire. Me pasé cinco días leyendo, mateando y comiendo pollos; ¡y el buen chacarero no quiso cobrarme un centavo!

—¡Pero la gran... pucha! —espetó de pronto el porteño, al cabo de un brevísimo silencio—. Con este calor, esta humedad y estos mosquitos, esta noche nos moriremos todos. ¿No habrá por ahí un ventiladorcito?

—Porteño tenía que ser —murmuró Rivera mirando a la maestra—. Éste es tan ingenuo u optimista como los que creen que uno que yo sé va a parcelar el latifundio...

Sin contestarle, Anita seguía mirando sonriente a los tres viajeros y a la muchacha.

—Hay uno pero está descompuesto —dijo al fin Nayibe, no sabiendo a quién dirigirse porque los tres hablaban aunque diciendo cosas muy distintas.

Luego, soplándose acalorada el discolorado mechón, se alejó entre enfadada y complacida. El calvo y el cordobés no despegaron los ojos de sus piernas y sus rítmicas caderas hasta que desapareció hacia la cocina.

—No es para tanto. Mucha exuberancia —opinó el elegante porteño, pasándose medio vaso de vino.

Anita, animada por la presencia y los comentarios de Rivera, aceptó de éste una pizca de vino. Y conversó largamente sobre su viaje tan desagradable y las primeras e inolvidables horas que viviera en el pueblo y, sobre todo, en su cuarto, con su horrible jaqueca. El boticario la dejaba hablar sin interrumpirla, sin dejar de mirarla a través de los espejuelos, con un codo apoyado en la mesa, la mano en la cara y en la misma mano el cigarrillo, cuyo humo ella dijo no molestarle. De tarde en tarde, la vida presentaba tales contrastes, contradicciones tan grandes o al menos aparentemente inexplicables, que por eso él se desorientaba en algunas cosas y en otras se afirmaba más y más en sus creencias pesimistas. Siempre había algún hecho que lo extraviaba o confundía obligándole a una especie de revisión de valores y de conciencia. Y esta delicada personita que estaba frente a él, dulce y femenina por donde la mirase, era una de esas cosas nuevas en su vida.

Habían quedado solos en el comedor, y Nayibe que entraba y salía llevando las cosas.

Los tres viajantes jugaban a los naipes en el salón llamado “Bar”, con ásperas exclamaciones y carcajadas.

Poco después, no terminaba Anita de saludar a Rivera cuando, al salir para irse a su habitación, el ánimo se le vino al suelo.

Peñaloza era ahora distinto para con ella, y no la molestaba como antes. Pero no era quizás más que una variación táctica. Haciéndose el sonso, y siendo el pueblo tan pequeño, estaba siempre al alcance de su vista. Y en su obsesión, ella multiplicaba estas apariciones del hombre de boca apretada en un rictus amargo y mirada torvamente fulgurante. Era como si lo buscase en vez de huir de él, tanto en las calles como en su propio mundo interior.

La verdad es que, a raíz de su cambio de relaciones con Nayibe y con el mismo “turco”, Peñaloza no frecuentaba la fonda, pero merodeaba por allí desde la llegada de la maestra, aunque tratando de que no lo viese la hija de Nejas. Y esa noche, cuando Anita se retiraba a su pieza, vio al rengo en la calle por la ventana del comedor.

—“Lo que faltaba ahora es que alguna noche llame a mi puerta” —se dijo, de nuevo en el pozo de su turbia inquietud.

#### 4

La lluvia que muchos esperaban esa noche sólo fueron algunas gotas que ni mojaron los profundos guadales de Agua Amarga. Y la atmósfera del día siguiente continuaba pesada y sofocante. Fue una jornada agobiadora para Anita: el cielo triste y cubierto y el pueblo sin sol. Todo era angustiosamente despiadado. Y algunos alumnos, como contagiados de la inquietud y la electricidad dominante en el ambiente, se portaron mal. Por la noche empezó a tronar y relampaguear en un continuo y grave chisporroteo con estruendos como de montañas que se desploman. Parecía que una catástrofe iba a arrasar con lo poco que restaba del pueblo o que por lo menos quedaría totalmente inundado.

Esa noche el “hotel” estaba tétrico y casi desierto. Solamente un hombre joven en el comedor: de camisa mangas cortas y llamativos colores: posiblemente un camionero. El solitario empleado del correo ya se había ido cuando ella entró a cenar, un poco retrasada después de proteger su jardincito con una chapa de cinc y dos cajones en los sitios más vulnerables. La tormenta ya estaba sobre las cuatro casas del pueblo amenazando volar los techos o hundirlos con el granizo, “porque ese ruido macizo y seguido” —decía don Nejas— “seguramente son piedras”. No hacía mucho “cayeron algunas tan grandes como huevos de gallina”.

Rivera no fue a cenar esa noche.

Después de cerrar herméticamente el cuarto y tapar los agujeros por donde pudiesen colarse los relámpagos, Anita se acostó tratando inútilmente de leer. Serían tal vez las doce, o acaso mucho más, y seguía revolviéndose en la cama. Su jardincito quedaría destrozado. Las piedras, aunque fuesen del tamaño de un huevo de gallina, como decía don Nejas, no rompería quizás su techo pero ¿cómo quedaría el de la escuela, de una simple chapa de cinc? Y el pobre escritorio, y los bancos, y los cuadros de Sarmiento y San Martín que ella misma había hecho

y colgado, aprovechando las estampas de una revista? Y algo debía pasarle a su madre, que no le contestaba la carta. Su madre, solita, en una noche como esta, en una tempestad que parecía cubrir y arrasarse el mundo todo. Nayibe. Parecía rehusar su contacto, su amistad. Silenciosa y terca, pero seguramente buena. ¿O también ella pasaba por un momento difícil de su vida? Anita sonrió interiormente. No concebía a Nayibe, con su apariencia de muchacha simple, fuerte y tranquila, preocupada por algo. Sin embargo, esa noche... parecía más rara que nunca. ¿Cómo iría a la escuela si la tormenta inundaba de tal modo esas calles, que más que calles semejabán zanjones y que se convertirían en arroyos o en ríos? El viejo Larinche era jubilado ferroviario, contaba como ochenta años y había estado muy grave del corazón, cubriéndose los pies de úlceras. Amigo del boticario, le pidió que le explicase la receta prescrita por el médico. Y dándole de entendido porque cuando chico estuviera de cadete en una farmacia de Laboulaye, él mismo se preparó y aplicó el medicamento. “Yo mismo me quemé, por testarudo —comentaba—. En cambio de un diez por ciento del mejunje, como decía Rivera, le metí un cincuenta por ciento”. Y afirmaba que expuestas las llagas al aire se curarían más pronto. La imagen del cojo siguiéndola por el guadal bajo el ardiente sol, persiguiéndola bajo la lluvia y enfangándose en las calles empantanadas, esperándola en el “hotel” y en cualquier esquina, acechándola noche y día, le quitó de pronto el poco sueño, que, dulcemente, como si alguien la hamacase en una cuna, la estaba ganando en el mismo instante en que Rivera con el cigarrillo entre los dedos y la mirada grave, simpática, casi protectora se quejaba de los políticos y de algunos historiadores y justificaba en cierta manera el prestigio que entre la gente inculta y menesterosa tenía el Líder. Cambió bruscamente de postura sintiéndose ahogar en esa cama, en ese cuarto. Mucho calor y poco aire, tan poco que acaso tendría que levantarse y destapar algún agujero aunque por él entrasen los endemoniados ojos de la tempestad... Se alumbró fulminantemente la pieza y no tardó en sacudirse con un espantoso estruendo como si se hubiese rajado la tierra. Después del cercano rayo todo quedó en un trágico silencio. Su corazón, sus pensamientos y sus nervios, como la tierra toda, se inmovilizaron unos pocos segundos en ese cósmico silencio

paralizador. Pero la figura dominante del rengo estaba todavía ante ella, detrás de ella, metida en ella como si fuese un nuevo signo que apareciera en su vida y del cual no pudiese escapar jamás.

Al filo del alba se durmió al fin, pero un extraño ruido la despertó. Era como si golpeasen el techo o la puerta; como si a fuerza de gritos bestiales y garrotazos quisieran entrar violentamente a su cuchitril. Algo pavoroso que nunca en su vida había oído, que la hizo pensar infantilmente en el infierno, en fantásticas películas de terror, de monstruos, de dragones; en mundos ni siquiera imaginarios pero que existen y subsisten en el fondo del alma y que ni Dios ni el diablo saben quizás por qué y cuándo aparecen ni su misterioso significado.

Irguióse en la cama, sentándose en ella. Prestando atención, no tardó en advertir, despabilada ya, que los ruidos no eran sobre su cabeza ni contra la puerta, y posiblemente ni siquiera de la tormenta. Al atardecer de la víspera había visto cerca de la esquina del “hotel” un enorme camión cargado de hacienda. Y era esa hacienda, el estrépito infernal de esa hacienda (ahora lo distinguía bien) que mugía y pateaba, aprisionada y apretujada bajo el viento, la lluvia y los rayos, lo que la había aterrorizado.

Encendió la vela, sonrió y besó el pequeño crucifijo que tenía a la cabecera, colgado de la pared y recordando que no estaba totalmente sola se volvió a dormir.

Empero las circunstancias se combinaban endiabladamente para que no pudiese esa noche reposar, a menos que fuese sorda o tuviese los nervios de acero o de piolines.

Temprano todavía, oyó voces, exclamaciones, puertas que se abren y se cierran. Se levantó rápidamente, aunque solía hacerlo mucho más tarde. De todos modos, no podría dormir más, por más que lo quisiese. Y pensando vagamente en lo que pudo haber ocurrido o estaba ocurriendo (tal vez la tormenta había destrozado alguna parte de la casa, quizás habían entrado ladrones, o quién sabe qué cuestión pudo haberse suscitado entre el patrón y algún viajante o el rengo mismo) se vistió con premura mientras abría apenas uno de los postigos de la ventana, sin vidrios, para mirar y escuchar. Un fresco y reconfortante hálito

vegetal llegó a sus narices; un aroma de húmeda mañana, de tallos triturados, de cruel granizo le hizo pensar que su pobre jardincito seguramente había sido tronchado o molido por las furias del cielo.

Una puerta golpeó fuertemente, y casi al mismo tiempo oyó la voz de don Nejas:

—¡No está...! ¡No está...! ¡No está en ninguna parte!

Los golpes parecían de un hombre rabioso o al menos enojado. Pero la voz era la inconfundible voz de don Nejas, más quejicosa, más lloriqueante, si bien nunca lo había oído hablar ni lamentarse en tono tan alto.

Vestida ya, Anita abrió todo el postigo, y entró más luz, una luz increíblemente limpia, candorosa y jocunda después de la infernal noche que había pasado.

La voz calló por un momento pero oía ruidos de pasos y cosas que se movían en el comedor, quizás en el salón del “bar”.

Miró al patio y no vio vestigio alguno del azote o la catástrofe que pudo haber volado techos, derribado árboles, matado animales. Desde esa ventana con postigos atado a hilo, vio también parte de su pequeño jardín, lindo y enterito, no advirtiendo en él nada anormal, sólo que estaba mojado, ya que seguramente había llovido. Más allá, las gallinas ya andaban picoteando apaciblemente; esas gallinas que le habían hecho pensar en rodear su pobre jardincito con alambre tejido y que en ocasiones hasta en la habitación se le metían, cuando salía por un momento y la dejaba abierta.

Estaba por lavarse cuando alguien llamó a la puerta. Durante un instante no supo qué hacer. Los golpes se repitieron y hasta le pareció que la puerta era empujada.

—¿Quién es? —se atrevió al fin con un hilillo de voz.

—¡Abra, por favor!

Era, parecía la voz de don Nejas. ¿Y si estaba equivocada? ¿Si era otro el que quería entrar?



—Discúlpeme, señorita Anita. No la ha visto...¿no sabe nada de Nayi?

*Pajarito* abrió la puerta. La estampa del “turco” era lamentable: en camiseta, con los pantalones caídos hasta el ombligo y los pies desnudos medio metido en las viejas y aplastadas alpargatas, la miraba con una expresión ridícula y desoladora. El ojo muerto parecía mirar al cielo y el otro, fijo en la muchacha, juntamente con sus manos que se retorcían, acompañaba y hacía más elocuentes sus palabras:

—¿Sabe que ha desaparecido la Nayi?

Con la toalla en la mano, la maestra iba a lavarse en la palangana que dejaba todas las noches sobre una vieja silla sin esterillas, y no sabía si invitar a pasar a don Nejas a su cuarto, rogarle que le explicara u ofrecerle ayuda.

Los lamentos del fondero continuaban.

—Anoche estaba. Usted la vio. Usted vio cómo servía las mesas... la sirvió a usted misma.

—Sí, don Nejas. Me sirvió y la noté algo extraña.

—Sí. Estaba con un camionero... Un hijo de una gran... un pobre desgraciado.

—¿Ese de camisa de cowboy, quiere decir, de color rojo y amarillo?

—Ese mismo.

—¿Usted lo... conoce?

—Desde hace un tiempo lo tenemos aquí cada cuatro o cinco días, dando vueltas y más vueltas, ¡como un moscardón!

—¿Es novio... o amigo de ella?

—Ese tipo a mí no me gusta ni medio. Soy un hombre pobre y no tengo pretensiones, pero ese tipo no me gusta nada: un camionero siempre anda de aquí para allá, y nunca está en la casa. Mi hija estaba ciega... Se dejó marear bien, la sonsa.

Al cabo de una pausa, se atrevió Anita:

—¿Y usted no tiene idea de a dónde puede haberse ido Nayi?

El hombre se apoyó en la puerta, dejó caer los brazos y la mirada, y todo su ser pareció desinflarse y empequeñecerse en un profundo suspiro.

—Supongamos que se haya ido... con ese hijo de... —y de nuevo el ojo muerto miró al cielo y el vivo la interrogó a ella.

—¿Le parece bien dejar así a un padre, como a un perro?

—¿Está seguro de que se ha ido? No podrá estar en la casa de alguna amiga, o en otra parte con... —y *Pajarito* no se atrevió a agregar: su *hombre*.

—No tiene amigas. Y el camionero, que durmió aquí anoche, tampoco está.

—¿No dejó alguna carta, un papel escrito?

—Nada, nada, nada. Peor que un perro —lloriqueó don Nejas como si eso fuese lo que más lo hería y como si en el fondo estuviera convencido de que su hija no había *desaparecido* sino que se había *marchado* voluntariamente, y no sola.

—Ese camión con hacienda ¿era de él?

El fondero movió la cabeza ambiguamente.

—¿No sabe a dónde iba?

En cambio de contestar, el “turco” murmuró:

—No sé si dar parte a la policía, avisar a mi primo, averiguar en otra parte... Peor que un perro...

—¿Cuántos años tiene Nayibe? —preguntó la maestra, entre afligida e impaciente, retorciendo una vez más la toalla, que había adquirido en sus manos casi todas las formas y tamaños imaginables.

—Veintitrés. Pero irse así no tiene perdón —y sin añadir palabra don Nejas se alejó.

De una de las habitaciones de enfrente salió un hombre en camiseta con una toallita que más bien semejaba una hilacha en su mano. Miró al cielo y al ambiente

que lo rodeaba, como olfateándolo, y luego de saludar a la muchacha, que se había aproximado a su pequeño jardín, comentó, metiéndose en el W.C.:

—Parece que la tormenta pasó de largo.

## 5

Media hora después, cuando la maestra entró en el comedor, el hombre estaba allí; pero tan distinto con su saco, su camisa, su corbata y su cabello peinado, que no lo reconoció. Tampoco lo había visto la noche anterior.

Bajó su portafolio en una silla, se levantó y por su bronca voz de fumador, ella advirtió quién era:

—¿No hay nadie aquí?

Luego de decirle que el patrón estaba muy preocupado y que quizás había salido un momento, la muchacha le preguntó si deseaba el desayuno.

—Sí, cualquier cosa. Aunque sea un cafecito. Estoy esperando aquí hace rato ya, y tengo que tomar el tren dentro de media hora —dijo el hombre, secamente.

No tardó *Pajarito* en encender fuego en una de las hornallas de la cocina y prepararle el café con leche. Rápidamente volvió a entrar en el comedor para retirar del viejo aparador la taza y el pequeño plato, bajo la mirada del viajante, quien, sin ocultar su curiosidad, no perdía el menor de sus movimientos.

—Un momentito, señor, por favor —le dijo ella, yendo a la heladera del “bar” en busca de la manteca.

Encendiendo otro cigarrillo, mirando el reloj y sacando casi simultáneamente la billetera, el pasajero preguntó cuánto le debía. Y fue cuando Anita sintió un súbito sofocón que le cubrió la cara como una llamarada.

—Usted pasó la noche aquí, ¿verdad?

Felizmente, en ese instante entró don Nejas.

Cuando el viajante se fue:

—Estaba tan apurado y al parecer molesto, que lo atendí yo —explicó *Pajari-to*—. ¿Sabe algo de Nayi?

El hombre movió los brazos, dando un paso hacia ella, como no sabiendo si estrecharle la mano, darle un beso paternal o fraterno o hacerle algo parecido. Mas sólo atinó a decir:

—¡Si todas las mujeres fueran como usted!

—¿No sabe nada de Nayi? —insistió la muchacha, sonrosándose.

—Seguro que se ha ido con el... desgraciado ése.

—Mire lo que encontré en la cocina, don Nejas. Su hija no es tan desatenta como usted cree —y le entregó un papelito doblado que sacó del bolsillo de su blusa.

*Disculpame, papá. Me voy con Guarino. Vos no lo pasás, pero a mí me gusta y lo quiero. Ya tengo veintitrés años y puedo gobernarme. A lo mejor no entendés lo que hice o por qué lo hice, como a veces tampoco entendías a la mamá. Pronto tendrás noticias mías. Con la cocinera y una chica cualquiera te las arreglarás.*

*Nayi*

## 6

La vida es un complicado tejido de coincidencias, más o menos organizadas, previstas o completamente imprevistas; y fue así que el día que más se necesitaba a la cocinera, ella no vino a su trabajo. Don Nejas caminó, maldijo, gimoteó y sudó toda la mañana buscándola y a la postre tratando de encontrar otra. Su cocinera estaba postrada, con un feroz ataque al hígado. Y en cuanto a la “chica cualquiera” mencionada por su hija:

—¡Qué fácil es decirlo!¿Pero quién encuentra una chica ahora? —comentaba el afligido y agotado fondero—.¿Y usted sabe en qué se convierte un hotel... cuando hay una “chica cualquiera”?

Avasallada por el dolor y la preocupación de don Nejas, que salía a cada rato desatendiendo su negocio y como si el desorden reinante en el alma del fondero, y en toda la casa, la hiriesen igual que si todo le sucediera a ella misma, Anita dejó de lado su propia toillet, el arreglo de su habitación y hasta algunas pequeñas tareas escolares, y se puso a la de ayudar a ese pobre hombre que sin ser viejo ni tampoco muy joven, se comportaba a menudo lo mismo que un anciano y a veces como un niño.

Era tarde ya cuando don Nejas trajo un poco de carne y de verduras. Y la chica se las acomodó de tal modo —temiendo quemarse, cortarse con el enorme cuchillo, llegar tarde a la escuela o que algún pasajero se levantara indignado de la mesa— que poco después del mediodía había un puchero con su correspondiente sopa, una tortilla de papas y algunos trozos de carne que podrían ser servidos a la plancha con huevos fritos.

—No debía haber ido a lo de mi primo. Hacia no sé cuánto que no lo visitaba y creo que no iré más. Que yo tengo la culpa. Que no supe educar a mi hija. Que maté a mi señora. Que el negocio más tonto imaginable era comprar una inmundada fonda que era ridículo llamarle “hotel”—se lamentaba el hombre, despeinado y sucio, mientras en la cocina hacía algunas indicaciones a la improvisada cocinera, que con el calor de ese día, el fuego y el humo creía no resistir más en esa madriguera donde todo, desde el techo al piso, era mugrientamente negro. —Y el comisario me dijo que ellos podían averiguar dónde estaba, y nada más, porque es mayor y dueña de sus actos.

Felizmente antes del mediodía no llegó ningún pasajero y en el comedor no se presentaron más que el empleado del correo, que no preguntó nada y se marchó de inmediato, y Rivera, que ya estaba enterado.

Al final de su almuerzo, el boticario era el único que se hallaba en el comedor, al que había entrado varias veces el “turco” arrastrando sus alpargatas, pues lo

único que no hubiera podido hacer *Pajarito*, “por nada del mundo” como le dijo al patrón, era servir las mesas.

—¿Y mi compañera? —estuvo por preguntar Rivera, encendiendo un cigarrillo, cuando el fondista empezó a retirar las cosas de su mesa. Pero lo inhibió el mutismo cansado y dolorido del hombre, que entre plato y plato, después que se fuera el empleado del correo, le había narrado lo sucedido.

Se levantó, desganadamente, para irse, cuando don Nejas entró nuevamente: esta vez con la escoba.

Rivera se detuvo un instante, como esperando que el otro dijera algo, mirando en un cartel adherido a la pared el anuncio de un próximo “remate-feria” en Huinca Renancó. Mas no eran las vacas ni los novillos el objetivo de sus pensamientos. También Nayibe, a su manera, había escapado de Agua Amarga, huyendo con su ardiente juventud del guadal, de la miseria, de toda esta porquería de la que él tal vez no sería capaz nunca de arrancar.

Si apenas ganase para vivir miserablemente, como este “turco” o como cualquier otro desgraciado, quizás hubiera tenido el coraje y la decisión de mandar a la mierda esta mugre y largarse a vivir en cualquier ciudad donde por lo menos hubiera con quién conversar. ¡Cuánta razón tenía Carmen al decirle que unos pesos roñosos no le permitirían desenterrarse más!

—Para colmo —se quejó don Nejas, que había dejado por un momento la escoba— la cocinera no me vino hoy.

Rivera se volvió físicamente hacia él, aunque todavía estaba muy lejos. “Cocinera”. Luego recordó un “no sabía qué” de la comida: distinta de la del gringo que lo había jodido al “turco”, y distinta también de la del nuevo dueño, cuya comida había cambiado a su vez cuando murió su guapa esposa, que en honor a la verdad no cocinaba mal, exceptuando aquella inolvidables, históricas albóndigas de arroz envueltas en hojas de parra y que había armado y aderezado bajo la dirección de don Nejas. Inolvidables, imperdonables, exóticas albóndigas que obligaron a su indignado estómago a decretar dos días de paro...

—Con razón... —dijo, volviendo a la realidad presente—. ¿Y quién cocinó, entonces?

Intentando sonreír, el fondero lo agarró del brazo.

—Venga a ver, Rivera... aquí está.

Don Nejas se detuvo ante la puerta abierta de la cocina, y a su lado, un poco detrás, también se detuvo el farmacéutico.

Con un delantal grande que la envolvía toda y que casi arrastraba, Anita acababa de levantarse de la mesa, con un vaso en la mano y que no alcanzó a llevarse a la boca porque viendo a Rivera lanzó un pequeño pero expresivo ¡Oh...! de vergüenza y de sorpresa.

Estirándose, el “turco” farfulló algo largamente.

Sin moverse ni hacer un gesto, Rivera no había articulado una palabra. Luego, una pequeña y dolorida sonrisa dulcificó tristemente su cara habitualmente seria.

Ante el prolongado silencio:

—¿Extrañó a su compañera de mesa? —preguntó ella, quitándose rápidamente el delantal.

—¿Ya almorzó? —inquirió a su vez él, casi simultáneamente.

—Un plato de sopa: lo suficiente. Se me hace tarde y no tenía apetito. ¿Tiene buena hora?

Ya estaba a su lado, ágil, vivaz, sonriente, poco menos que saltariqueando como un canarito en su jaula.

—Le quedan apenas cinco minutos.

Corrió Anita a su cuarto, alcanzando a oír:

—Quisiera ser su padre, para darle unos coscorrónes.

Rivera se quedó todavía un momento, reflexivo, entre las moscas, cerca de la puerta, bajo el fuerte sol perpendicular. Al ver otra vez al patrón, y contra sus sentimientos de un minuto antes:

—Si le puedo ser útil en algo —le dijo— avise nomás, don Nejas.

—No, gracias —vaciló antes de contestar—. Esta niña me sacó del apuro. Se fue sin comer por ayudarme.

—¿No quiere que le mande al chico? Puede secarle los platos, hacerle algunos mandados. No lo ocupé para eso, pero supongo que no se negará.

—Gracias, Rivera. Esa noche me arreglaré como pueda. La cocinera prometió venir mañana.

Con su blanco guardapolvo almidonado, el portafolio en una mano y un rollo de láminas en la otra, la maestra pasó cerca de ellos, saludó sonriente y salió por el comedor.



## V

### 1

Con la proximidad del verano se acentuaba todo lo malo y feo del pueblo y de la escuela: los vientos, la tierra, los calores insoportables bajo el cinc del aula, los olores nada gratos y las moscas en el “hotel” y en todas partes y, sobre todo, la imposibilidad de bañarse y hasta de lavarse cómodamente. Estas últimas eran las dos cosas que más extrañaba de su modesto pero cómodo hogar —sí que lo veía cómodo ahora! Y su pequeño cuarto, tan humilde mas tan arreglado y tan lleno de sus cosas, a través del tiempo y la distancia (que le parecían enormes), se le presentaba bonito, elegante y hasta regalón.

A todo esto se agregaba que algunos de los consejos de la Directora no había sabido aprovecharlos. O quizás por querer cumplirlos al pie de la letra al aplicar unos desatendía otros, cuando no sucedía algo peor; entonces veía entre algunos de ellos una absoluta contradicción. Como muchas de estas cuestiones no figuraban en ningún texto de pedagogía no le quedaba otra alternativa que obrar espontáneamente, de acuerdo con su criterio personal, o seguir estrictamente las indicaciones de quien enseñaba desde varios años antes de que ella naciera. La elección no era dudosa. Y he aquí que cuando quiso poner en práctica las sugerencias de la Directora, advirtió que no era tan fácil como al principio parecía. Y se le ocurría que entonces naufragaban su vocación, su inteligencia, su intuición femenina y todas las calificaciones y felicitaciones recibidas en el curso de los últimos años, pues en ese lapso había sido una de las mejores alumnas.

“La higiene es de mucha importancia en la escuela rural”. “El contacto con los padres se hace casi siempre necesario”. “Más que con los niños trate ante todo de llevarse bien con los padres y con el pueblo en general”.

En la mente de una maestra que llevaba más de veinticinco años de función escolar esos principios no tenían nada de contradictorios y hasta quizás armonizaban tan perfectamente que unos no podían existir sin el otro, como un banquito o una mesa de tres patas no podría mantenerse en pie quitándole cualquiera de ellas. Algo de esto pensaba Anita; aunque también pensaba y sentía que estos consejos le habían complicado la vida y que para ella la mesa o el banquito de tres patas se habrían sostenido mejor —por absurdo que parezca— quitándole precisamente una. Es decir, hacer caso omiso de las experiencias que le había transmitido la señora Directora. No preocuparse mayormente de la higiene de los chicos. O no tratar de tener contacto con los padres. O no preocuparse mayormente de llevarse bien con éstos y los demás vecinos.

Fuera de estos escollos —a los que otra maestra no les hubiera atribuido tanta importancia— su grado marchaba bien. Y más aún: había algunos alumnos que le daban muchas satisfacciones en medio de la desalentadora realidad de la escuela y del pueblo todo.

## 2

Fue uno de los niños más pequeños y de condición más humilde el que involuntariamente había complicado su ejercicio de maestra y que terminó por trastornarle la existencia.

Era Ramón Peñaloza, *Peñaloza el chico*, como le decían casi todos, para distinguirlo del *Peñaloza* a secas, pendenciero y hosco, que figuraba en el registro como su hermano mayor y que hacía tres años repetía segundo grado.

—M'hijito, ¿a usted no le enseñaron a lavarse? —y tratando de no revelar sus sentimientos y su asco a través de su rostro forzosamente sereno, la maestra abrió con la mano el cuello de su camisa remendada y mugrienta, mirándole el cuello y parte del pecho. La camisa, el pantaloncito demasiado largo para su edad y las bigotudas alpargatas eran toda su ropa. —Y este cabello, criatura de Dios, ¿nunca te lo cortaron? ¿No hay una tijera en tu casa?

De pronto se preguntó la maestra si era ese el lenguaje oportuno, si estaba hablando como una niña tontamente enternecida o si debía encararse con los padres con toda la energía del caso.

El chico, que parecía más flacucho e insignificante en sus pantalones que le llegaban a media pantorrilla, la miraba sin contestar. Lacias y descoloridas, las chillas se le acercaban por detrás de los hombros, le salían ante las orejas, que la maestra acababa de examinar disimuladamente, y en la frente casi le cubrían los ojos. Inútil intentar que hablase. El pibe bajó la cabeza y ella, viéndolo tan inerme y enfermizo en su inmovilidad y en su mutismo sin quejas ni lágrimas, sintióse herida cuando vio que uno de los más grandes hacía esfuerzos por contener la risa: otro alumno había dicho que en la casa de los Peñaloza a veces no había pan “pero nunca faltaba el tintiyo”.

Hizo sentar a *Peñaloza el chico* y ordenó a Rodríguez, quien reía, que viniese junto a ella. Pese a sus doce años, Rodríguez no era por cierto un modelo de higiene; no lo eran la mayoría de los varones ni muchas mujeres. ¿Cómo se le ocurrió entonces llamar al frente al más pequeño, al más buenito, a uno de los más desvalidos? Otros estaban acaso más sucios que él. Mas eran sus cabellos los que habían llamado tanto su atención. Y no podía permitir que ninguno se presentase así.

—Te ríes de Peñaloza. Pero vos, tan grandote, ¿asegurarías que estás más aseado que él?

Elevado y huesudo, casi tan andrajoso como Peñaloza pero seguro y firme sobre sus piernas tatuadas de moretones, cicatrices y rasguños, Rodríguez dejó de sonreír un momento murmurando algunas palabras que sólo la maestra oyó.

—¿De qué te ríes, entonces?

El muchacho calla. Algunas risas de varios grandotes que bajan la cabeza disimuladamente o la esconden bajo los bancos. En cambio las niñas permanecen serias y como asustadas. No obstante una de ellas, grandecita y con su delantal immaculadamente blanco, sonrío con toda naturalidad sin dejar de mirar a Rodríguez,

quien de pronto advierte que le arden las mejillas sintiéndose acorralado por ella y por la maestra.

—¿De qué te reías, Rodríguez? —insiste ésta.

Ha pasado un momento que al alumno le parece interminable, y más interminable siente cada segundo, cada minuto que va transcurriendo. Y para colmo, la maestra acaba de sentarse, poco menos que detrás de él, a la izquierda (casi la ve y la siente con su espalda); mientras enfrente, a la derecha, sigue sonriendo y al parecer masticando ¿un caramelo?, ¿un pedazo de pan? la desgraciada de...

Rodríguez conoce a la maestra; la ha conocido en las pocas semanas que lleva enseñándoles. Y tras su apariencia inofensiva y dulce tiene que salirse siempre con la suya. Y si se ha sentado es capaz de tenerlo así, parado y sudando, frente a toda la clase, durante una hora, haciéndole las peores preguntas. Repentinamente se le ocurre algo que le da un respiro por dentro:

—Yo no me río. Son otros los que se ríen —y la salida de un gran peso le alivia por un momento el pecho.

—¿De qué te reías recién, cuando te hice pasar al frente?

Rodríguez da un nuevo vistazo a las cabezas y resbalando la mirada por la sonriente cabecita de la primera fila advierte que la niña ni sonríe ni mastica y en cambio Tarelli, allá al fondo, cerca de su lugar ahora desocupado, saca y encubre otra vez la cabeza bajo el banco, sofocando las risotadas. De nuevo algo comienza a arder en todo su cuerpo, hinchándole el pecho y la cabeza.

—¿De qué te reías, Rodríguez? —sigue la voz, implacable, pareciéndole imposible que venga de una personita tan buena como ella—. ¿O prefieres que llame a tu padre, como los otros días?

Por segunda vez, el alumno tritura algunas palabras.

—Hablá más claro.

—Me reía de lo que dijo Tarelli.

—¿Qué dijo Tarelli?

Tarelli ya no ríe. Tarelli, su compañero de fútbol y de tantos juegos y andanzas. Tarelli, su vecino.

—Usted ya lo oyó, señorita.

—¿Qué dijo Tarelli?

—Lo oyó todo el grado.

La maestra se pone de pie. No tiene tanto interés en escuchar lo que ha dicho Tarelli —que ha oído a medias— sino en averiguar, indirectamente, en qué ambiente se desarrolla el cuerpo y el alma de un niño como *Peñaloza el chico*, que no es ciertamente una excepción en su aula ni en toda la escuela.

—De pie, Tarelli.

El chico se levanta.

—Repite lo que dijiste recién.

La cara del alumno adquiere la forma y el color de un enorme tomate.

—Yo no dije nada.

—Los voy a dejar de plantón toda la tarde si no me contestan.

—Dije lo que dicen todos... —Tarelli enmudece. Luego, bajando la cabeza y ludiendo fuertemente el dedo sobre el banco, como rayándolo: —Que en lo de Peñaloza podía faltar el pan, pero nunca el tintiyo —agrega.

La maestra advierte ahora que la frase tiene un sentido que no había captado al escucharla antes, y que ha incurrido en un involuntario error haciendo oír a toda la clase y al propio Peñaloza algo que puede herirlo profundamente.

Durante el recreo llama a Ramón Peñaloza, que casi nunca juega con los demás varones, y lo hace pasar al aula.

—Venga, chiquito, acérquese —le dice ella, sentándose—. ¿Usted oyó lo que dijo Tarelli, el que se sienta al lado de Rodríguez?

—¿Lo del tintiyo?

—Sí: lo del pan y el “tintiyo”. ¿Verdad que es mentira eso?

—No, señorita; es cierto —contesta el niño con indiferencia.

—Bueno: decíle a tu mamá o a tu papá que quiero hablar con ellos, con cualquiera de los dos. Que vengan mañana a la tarde, a la hora que puedan.

### 3

Pasó una semana, y ni la madre ni el padre de Ramón Peñaloza se presentaron.

El primer día, el chico dijo que se había olvidado. El segundo, que no había visto al padre. Después, que la madre, enferma, no podía venir. Más adelante, y ante la insistencia de la maestra, que los padres no le hacían caso. Finalmente, el niño, que faltaba con cierta frecuencia, estuvo varios días sin asistir.

Un día Anita les mandó una nota, que entregó al alumno.

A todo esto, hablando con la Directora, supo que los Peñaloza, acérrimos partidarios del nuevo gobierno, vivían en las orillas del pueblo, en una especie de antigua barraca, enorme y ruinoso, con una sola entrada cubierta con una lona y de paredes sin revocar. Frente a la barraca estaba el patio, invariablemente encharcado y lleno de trastos, con su pozo de balde y la batea para lavar. Los pibes y varios perros solían jugar por allí entremezclados; y sobre sus cabezas colgaban a menudo un muestrario de harapos puestos al sol. Se decía que el galpón era propiedad del municipio y que entre el intendente y el comisario habían “adomodauy” a Peñaloza con su mujer y una legión de vástagos entre los que había varias mujercitas que no eran hijas de aquél, una de las cuales, según los comentarios, “también vivía con el rengo”. El mayor de los varones era el camorrero que repetía segundo grado por tercera vez y aunque llevaba el apellido de la madre, Dora González, casi todo el pueblo lo conocía por Peñaloza.

—Se sabe armar un lío que usted no entiende —decía la Directora, refiriéndose a muchos padres—. Y es muy difícil verles la cara en la escuela. Este pueblo se dife-

rencia de otros en varias cosas, tenemos que ir a matricularlos nosotras mismas, y los padres los mandan como si nos hicieran un favor. Es un verdadero triunfo lograr que los niños vengan. Y lo peor es que, cuando usted manda llamar a la González, viene Peñaloza; y cuando manda a llamar a Peñaloza, es capaz de venir la González. Pero lo común es que no se presente ninguno de los dos.

A juzgar por la opinión de la Directora, la González era joven pero estaba arruinada por el trabajo, las penurias ocasionadas por Peñaloza, la caterva de criaturas y las palizas que recibía del rengo, quien le reprochaba que anduviera siempre sucia, hedionda y cubierta de andrajos, como una india. Y precisamente *india* la llamaba él.

—El marido... el que vive con ella, ¿es rengo? Ese hombre joven que anda con una muleta? —inquirió la muchacha, procurando ocultar la emoción que hizo temblar sus rodillas y que le cortó el aliento por unos segundos.

—Sí, ese vago que se la pasa en los boliches, siempre impecablemente peinado— y la Directora la miró un instante.

Se produjo un dilatado silencio poblado de lejanos ecos campesinos. Más cerca, balaba tristemente un cordero. Algunas tardes, durante los recreos o al terminar la clase, Anita se demoraba en el patio dulcemente aquietado o en la cocina, donde la señora solía convidarla con unos mates, mientras conversaban sobre problemas de la escuela y otros asuntos.

Después de la prolongada pausa, la señora de Lucero continuó, mirándola nuevamente:

—¿Usted nunca pasó por el rancho de los Peñaloza? La gente, cuanto más pobre, más bocas busca para alimentar; y cuanto más bocas tienen, más perros crían. Hay allí tantas criaturas que yo creo que ni los padres mismos llevan la cuenta ni los distinguen. Porque unos, como el Peñaloza grande y dos o tres de las mujeres —de las cuales la mayor, que sabe trabajar de sirvienta y que es linda, la Mecha, se dice que vive con el borrachín desde los doce o trece años— los tenía ya la Dora González cuando se juntaron. Y los otros, los de menos edad,

son hijos de los dos. El rengo no ignoraba, cuando conoció a la González, que ésta tenía tres o cuatro hijos. Pero de tarde en tarde, al venir tomado, la trata de perdida, y de puta, y de asquerosa, propinándole feroces vapuleos. Antes también la zurraba a la Mecha porque ésta, en la época en que era todavía una criatura, quería interponerse defendiendo a su madre ya que al rengo se le daba por tener celos y pretendía que la Dora le dijese quién era el padre de “esas porquerías de mierda” para liquidarlo.

En el pequeño paraíso del patio reñía estridentemente un racimo de gorriones. Las sombras de las cosas empezaban a largarse en el suelo. Un sulky pasó por la calle en medio de una tolvanera. La Directora, que debido tal vez a su soledad gustaba de charlar cuando se le presentaba la cuestión, hablaba ahora del hijo que tenía estudiando en la Universidad de Córdoba y del marido que vendría del campo en estos días para internarse en un sanatorio de Río Cuarto y operarse. A estas horas semejaba más una humilde criolla de un rancho cualquiera que la directora de un establecimiento de enseñanza. Salió al patio sin dejar de conversar; vació el mate cerca de una planta; volvió, diciéndole por qué no se sentaba un ratito; salió de nuevo con la olla y fue a sacar agua de la bomba.

Contigua a la puerta de la cocina, Anita no había pronunciado una palabra desde que la Directora le dijera quién era el padre del niño Ramón Peñaloza. Se decía a sí misma que era una tonta, que no había motivos para inquietarse y que lo único cierto era que estaba amedrentada y sugestionada. Pero la verdad es que esta sugestión y esta angustia aumentaban más y más, oprimiéndole bajo el pecho y debilitando sus rodillas.

Y cuando, como otras tardes, después de dar las gracias y saludar, Anita se retiró, la señora la miró desaparecer en la calle.

—A esta niña le pasa algo —murmuró luego.



El Peñaloza que acudió a la escuela a solicitud de la maestra eran muy distinto del cojo que ayudó a la delicada niña a entrar la valija al “hotel”; y muy distintos sus sentimientos de los de aquel emocionado muchacho que logró por fin una tarde conversar con ella.

El calor y el viento de esa tarde habían sido punto menos que inaguantables. El bochorno había cedido algo luego de la terrible siesta, mas el viento continuaba con todo su cortejo de polvo, basuras y crujidos de latas, molinos, ramas que se tuercen y frotan en un horrible panorama: el cielo sucio de tierra se juntaba y confundía con el suelo, más sucio y feo todavía.

Faltaba poco para que terminara la última hora de clase, y la llegada de Peñaloza en ese preciso momento no fue sin duda casual.

Estaba Anita lavándose las manos sucias de tinta frente a la bomba, inclinada hacia el fuentón colocado en el suelo sobre algunos ladrillos, cuando Peñaloza apareció en el patio. Apartando todo lo posible sus manos del guardapolvo para que éste no se manchase con las salpicaduras, ella daba la espalda a la calle y el viento levantó de tal manera sus enaguas y su guardapolvo, que sus muslos quedaron casi totalmente a merced de la ávida mirada del rengo.

Tal como sintiendo un mazazo, el hombre detuvo su marcha y se quedó muy quieto, casi sin respirar, cual si temiese hacer el menor ruido. Luego, reflexionando, sintióse como desgarrado en las partes pudendas; y el efecto del mazazo fue disminuyendo para convertirse en una carrera de su corazón. Esos muslos, esa carne blanca bien formada, esas nalgas que adivinaba y casi veía —y que tal vez vería si se quedaba allí escondido, detrás del muro sin revocar— aprisionadas fuertemente por la bombacha, que también podría verle si lo ayudaba el viento, no parecían de la pequeña silueta de la maestra. Era curioso comprobar cómo unas lindísimas piernas, unas redondas nalgas y quizás unos duros pechos que no caben en las manos abiertas de un hombre pueden estar ocultos o disimulados en un cuerpo aparentemente delgadito o menudo.

Descubría —emocionado, ardiente, dolorido— que la “viborita” y la “mosquita muerta” era una verdadera mujer, una hermosa hembra que tenía en ciertos momentos la apariencia de una criatura.

Las manchas de tinta son difíciles de sacar. El viento, arremolinado, cambió de dirección. No así los pensamientos y las llamaradas que ardían en la cabeza y el cuerpo de Peñaloza, quien, metiéndose la mano en el bolsillo y oprimiéndose la parte torturada y dolorida, trituró mentalmente la maldición contra ese viento que seguía levantando el guardapolvo y las enaguas, pero por delante, no pudiendo ver él ahora la indecible belleza que se le ofrecería a su vista si estuviese del otro lado, cerca de la cocina de la Directora.

Y cuando ella, volviéndose a medias entró en el aula secándose con algo que debía ser un pañuelo, él se quedó un rato todavía, apoyado en la pared, sintiéndose vencido, tonto, atormentado y dichoso simultáneamente, y capaz de arrodillarse ante la muchacha pero también de matarla.

Y en el momento en que caminando hacia la única aula que funcionaba de tarde, estuvo por golpear las manos, no tuvo necesidad de hacerlo porque ella, de costado al rengo y frente a sus alumnos, lo vio de pronto, como tocada eléctricamente por él.

—Buenas tardes —murmuró Peñaloza, con la boca reseca y sintiendo instantáneamente igual que si todo a su alrededor perdiese de pronto su sentido.

Sobreponiéndose, *Pajarito* sonrió y salió al patio. Él se acercó a su vez, afirmándose lentamente en sí mismo. Sus ojos, detenidos sobre el busto de Anita, buscaban toda la belleza que en otra parte de su cuerpo le había proporcionado el viento.

Ella dijo algo que en su aturdimiento y su observación el hombre no entendió y éste manifestó a su vez, porque era necesario decir algo:

—Soy el padre del niño Peñaloza.

Se aproximó la maestra un paso más y el cojo, recobrado, creyó ver en ella el vago ademán de darle la mano, y le extendió su diestra. Anita alargó la suya, se la estrechó suavemente Peñaloza y la retuvo en su mano largo tiempo, extendiéndose por todo su cuerpo una deliciosa tibieza.

Enrojeciendo vivamente, la maestra retiró su mano con más tardanza de lo que él hubiera esperado.

—Espérese un momentito, por favor —y en dos o tres pasos entró en el aula.

“Mandé a llamar a la madre o a usted... La higiene de algunos niños... Hace ya una semana...” —había oído de la graciosa boca de la maestra; boquita roja sin pintura y bien carnosa, mientras le apretaba la mano y el tibio estremecimiento recorría todo su cuerpo ansioso y martirizado.

*Pajarito* volvió y Peñaloza, calculadoramente, no dijo nada para que hablase. Además, era ella quien lo había llamado, era ella quien debía explicarse.

Más segura de sí misma, la muchacha habló nuevamente:

—Sucede a veces que los alumnos no vienen en las condiciones ideales de aseo que una maestra desea... —y calló, aguardando que algunas palabras del padre del chico le ahorraran molestas aclaraciones de algo que no se atrevía a expresar francamente.

Pero el rengo callaba. Callaba deliberadamente y lo mismo hubiera callado aunque no se lo propusiese. Callaba para mirarla a sus anchas y tan de cerca que veía las aletas de su naricita vibrar. Veía sus dos pechos que subían y bajaban rítmicamente, detrás de la blanca tela, un poquito más abajo del último de los dos o tres botones desprendidos. Miraba su cara y su busto, su busto y su cara con tan trágica fijeza que una oleada de sangre soflamó el rostro de Anita, quien llevó instintivamente su mano al guardapolvo y mantuvo sus deditos sobre uno de los botones, como para prenderlo. Callaba, además, para escucharla. Mas lo cierto es que la mitad de las palabras de Anita se le escapaban o no las entendía y en cambio la absorbía con los ojos, con el pensamiento, con el olfato y sentía en toda ella el mismo olor delicado y femenino que recién percibiera en su propia

mano, esa mano que había aprisionado la de ella y que había llevado a su nariz e el instante en que la muchacha se alejó por un minuto.

—...algunos niños vienen con el cabello un poco largo... —oyó Peñaloza, envuelto en el remolino de afuera, de viento y de tierra, y en el remolino interior de sangre y deseo que aceleraba el galopar de su corazón y el martilleo de sus sienes.

La cabecita de la maestra, esa fascinante cabecita de mujer y de varón a la vez, estaba locamente a merced del viento, y el hombre dijo con temblante voz y honda sinceridad:

—Me da pena hacerla tragar tanta tierra. ¿No podríamos...? —y no se atrevió a continuar.

Le pareció que ella, al llevarse la mano a los cabellos que semejaban un enorme pájaro con las plumas alborotadas, sonrió.

Sin embargo, estaba seria cuando dijo:

—No sabía que usted era el padre del niño Ramón Peñaloza. Hace más de una semana, como le dije, que mandé llamar a la madre o cualquier otro familiar...

...“o a cualquier otro”... —siguió oyendo el rengu.

Quiso explicar que el pibe no le había dicho nada o infinidad de cosas más relativas a sus hijos, a su casa, a su mujer y a él mismo. Pero en el torbellino de sus pensamientos —en el que dominaba, hiriente y rojo como un latigazo, el *cualquier otro*— sólo alcanzó a oírse a sí mismo, en tanto ella lo escuchaba con un encantador fruncimiento de cejas:

—La madre no puede venir... Está casi siempre en cama...

Varios chicos se acercaron a la puerta del aula, como espiando hacia el patio. Uno de ellos, vociferando llamó a la “señorita”; y ésta volviéndose un instante, pensó que la visita del padre de *Peñaloza el chico* se estaba extendiendo demasiado, que nada de fructífero estaba dejando y que en parte tenía la culpa ella...

Pero algo, inconsciente, esperaba en la muchacha; algo turbio, recóndito, inexpressable, que no hubiera podido explicar ni ella misma y le hacía temer a ese sujeto de mirada fulgente y torva que se aproximaba más y más, haciéndole desear al propio tiempo que no se marchara demasiado pronto y que no temiese manifestarse tal cual era.

—Discúlpeme. El día no está como para recibir a nadie en el patio. No lo hice pasar porque la clase termina dentro de pocos minutos y tenemos que irnos.

Recordó que la Directora estaba ausente y la casa sola, y añadió, con menos seguridad:

—Hágale comprender a la madre la necesidad de la higiene; y usted mismo, si ella no puede, podría cortarle el cabello...

Mudo, Peñaloza la miraba ahora con reconcentrada frialdad.

—A ver: que se acerque el niño Peñaloza —llamó la maestra, volviéndose de nuevo hacia el aula.

El chico vino. Y cuando la maestra habló de él, posando la mano sobre su cabecita (“Es tan buenito que merece más atención de sus padres”) la frialdad del hombre fue disolviéndose en una corriente de ternura hacia el hijo y hacia la muchacha.

Pero no había que hacerse ilusiones ni dejarse llevar por la emoción. Ella, otra vez seria, demasiado seria había mandado al alumno a su asiento y nuevamente el tono de su voz era el de uno que ordena y no que conversa. Era un imbécil si se hacía ilusiones: el pibe se había alejado, pero continuaba presente entre los dos con sus chillas que casi le tapaban las orejas, con su cogote negro de mugre, su camisa que era una hilacha, sus pantalones demasiado largos y sus alpargatas con puntas y flecos que parecían colas de ratones.

Él, Peñaloza, no se veía en ese instante tal cual era; mas su hijo, la miseria y la roña de su esmirriado hijo, por quien esa “señorita” se había dado el lujo bien barato de adornarse con su lástima, lo representaba cabalmente a él en ese mo-

mento. Y del otro lado estaba ella: con su título, su orgullo, su fingida delicadeza y toda la blancura de su guardapolvo y de su piel; de esa piel purísima y transparente, apenas rosada de la cara, que él había oprimido en su mano y que había visto en sus piernas y en sus nalgas y que lo estaba afiebrando de nuevo. Era imposible pensar y sentir de otra manera; eran dos mundos distintos. Y tan ridículo haberla parado en la calle que ahora se avergonzaba de ella. Era, sin embargo, una mujer. Y él, varón. Macho y hembra. Hembra y macho. Y le gustaba. Y esto era una fuerza tan poderosa y que venía de tan lejos que nadie podría destruirla, ni controlarla, ni detenerla.

De todos estos pensamientos, uno solo veía claro Peñaloza: el abismo que los separaba. Todo lo demás lo intuía o sentía oscuramente, inclusive que por momentos ella no parecía rechazarlo del todo.

Al acercarse la hora de la terminación de la clase, que Anita estaba dilatando algunos minutos; al no decidirse aún a enviar al más grande de los alumnos a tocar la “campana”; al no saber qué hacer pues aunque había dado por terminada la entrevista el padre del niño no se despegaba de su lugar ni dejaba de mirarla, empezó a retorcerse las manos simulando tener todavía un resto de la mancha de tinta.

Había comenzado a transpirar, paseándose ante los alumnos, que estaban preparando sus útiles para irse a sus casas, cuando un súbito pensamiento la iluminó, si bien dejándole una suerte de levísimo y oscuro sedimento de laxa tristeza: ¿no tenía derecho el padre de esperar a su hijo?

La “campana” sonó, al fin.

Empero temblaron sus rodillas y fue como si algo se le anudara en la región estomacal cuando al acercarse la criatura, en tanto los demás se dispersaban, el padre lo apartó secamente:

—¡Andá, *Piojito*! Ya voy yo.

Un dilema se planteó claramente en *Pajarito* cuando todos los alumnos hubieron desaparecido en la calle mientras Peñaloza permanecía clavado en medio del

patio, apoyado en la muleta que reemplazaba a su pierna: cerrar la puerta del aula e irse arriesgándose a que de nuevo el cojo la siguiera, o plantearse ante él y preguntarle enérgicamente qué estaba esperando allí.

Y ya se veía a sí misma acomodar la cosas sobre el escritorio, cerrar la desvencijada puerta de la clase y enfrentándose luego a él. Mas la verdad es que aún no hacía nada de esto y, mecánicamente, sin que pudiese explicarse por qué se puso a borrar el pizarrón, alzó una hoja de papel, examinó uno de los bancos de los niños, que no podía estar en peores condiciones y de soslayo vio que el hombre de la muleta, lejos de retirarse, se allegaba ahora al aula, lentamente.

Estremeciéndose de tal modo que durante algunos segundos sintió un invencible temor de que el hombre lo descubriese, agarró rápidamente el portafolio y fue hacia la puerta para cerrarla. No estando la Directora, debía cerrar con llave y dejar ésta en la cocina. Pero en la puerta estaba Peñaloza, y no podía cerrarla si él no se apartaba.

—¿Qué espera usted?

Inmóvil, el hombre con su muleta siguió mirándola.

Anita trató de interponerse, y era precisamente lo que esperaba Peñaloza, cuya sangre ardía como el sol de esa jornada.

—Aunque me estoy quemando solo, esperaré hasta el fin del mundo por usted.

Y como intentaba cerrar la puerta, ella tuvo que aproximarse más.

Estaban tan cerca que sus cuerpos se tocaban y él percibía perfectamente la nerviosidad de la muchacha, el temblor de su cuerpo y el respirar agitado de sus dos pechos, casi al alcance de sus ojos.

—¿No quiere que la ayude, Anita? —pudo murmurar apenas, con la voz estrangulada y la garganta áspera y reseca, poniendo su ardiente mano sobre la mano de *Pajarito*, asida al picaporte, e intentando apretarla contra la pared para morderle un beso en cualquier parte de su cuello o su cara. Pero con un imprevisto sacudón la maestra desasió su mano pegándole un fuerte codazo en el vientre y de inmediato una sonora bofetada que abarcó toda su mejilla.

Todo fue en pocos segundos de viento, de calor, de tierra, de rojo y de sangre que palpitaba, enloquecida, en el corazón y las sienas de la muchacha y en la mejilla izquierda de Peñaloza, donde parecía reconcentrarse todo el fuego del mundo.

Y ya se alejaba ella, sin dejar la llave en la cocina, pensando gritarle que era un asqueroso, un chupador, un vago que en vez de perder su tiempo en los boliches y en la calle debía llevarle pan a su mujer y a sus hijo, a quienes debía proteger, atender y alimentar...

No hubo caminado veinte pasos cuando se halló con la Directora.

—¿Se da cuenta qué hermoso día, m'hija? —dijo la señora de Lucero, con un paquete en la mano, al verla.

*Pajarito* no pudo hablar, durante algunos segundos.

—He tenido un día horrible —contestó luego, vagamente—. Lo que me haría falta en este momento es un buen baño...

—¡Ah... m'hijita! En días como éstos una estaría todo el día bajo el agua. Lamento no poder ofrecerle “mi” baño: yo como usted me defiando a fuerza de tachos y fuentones.

Se le acercó más y agregó, casi al oído:

—Dios da pan al que no tiene dientes. ¿Conoce el baño de Riverita?

—¿Riverita?

—El farmacéutico, su “compañero” de mesa. Es solo, pero tiene el mejor baño del pueblo y quizás de la zona. ¿Nunca se le ocurrió pedírselo prestado?

Riendo, y después de recibir la llave del aula, la Directora se marchó, diciendo que no era día para quedarse a conversar en la calle.

Envuelto en un remolino de viento, tierra y basura, Peñaloza se alejaba en dirección contraria a la de *Pajarito*.



## VI

### 1

Desde hacía un tiempo las cosas no andaban bien para Peñaloza. Realmente no anduvieron bien desde la muerte de su madre y la pérdida de su pierna, cercanas entre sí ambas fechas, veinte años atrás.

Nunca careció sin embargo de trabajo, algunos pesos en el bolsillo y, sobre todo, muy raras veces le faltaron mujeres.

Pero todo empezó a complicarse espantosamente en pocos meses. La enfermedad de su compañera, que da cada mes se pasaba diez o quince días en la cama, con su útero y su hígado arruinados; el extraño cambio de la Mecha, quien, más guapa y más bonita ahora, lo rechazaba y una noche le armó una gresca infernal echándolo a zapatazos del catre donde dormía con una de las criaturas más pequeñas; la sospecha de que andaba bien con su joven patrón y de que si la molestaba demasiado cumpliría su amenaza de irse y no regresar más para desgracia de la madre, de las criaturas y de él mismo (en los últimos tiempos era la Mecha quien corría no sólo con los trabajos más duros del “rancho” sino que inclusive traía algunos pesos para correr con los pocos gastos que en materia de alimentación allí se hacían); la última agarrada que había tenido con Rivera, que cansado de sus pechazos y de fiarle lo había corrido de la farmacia poco menos que como quien ahuyenta a un perro a cascotazos. Todo esto ensombrecía cada vez más el panorama de su existencia nada risueña desde las primeras inquietudes de su angustiosa y lisiada adolescencia.

Varios días antes, a poco de seguirlo y verlo entrar en un boliche en donde se reunió con unos amigotes, entró también el farmacéutico y se le sentó al lado;

—Me dijiste que tu mujer estaba por morirse de una hemorragia, y todavía tenés en el bolsillo el medicamento que te di; me dijiste que necesitabas plata para comprarle algo a los pibes, y la plata la estás gastando en tintillo. Mañana te espero para que conversemos en la farmacia. Para que me expliques que si tu mujer se muere es porque yo la dejé morir: porque soy un emperrado “contrera” y un miserable que se niega a fiarte un centavo y a prestarte unos pesos para comprar un poco de yerba y pan.

Naturalmente, el rengo no se presentó en la farmacia. Mas cuando Dora, la *india*, volvió a caer postrada y el médico de Los Médanos, que iba a Agua Amarga cada dos o tres días, le recomendó que su mujer se estuviera quieta en la cama puesto que corría el riesgo de morir por una hemorragia; y que cuando mejor convenía que se internara en un hospital y se operase, corrió otra vez al boticario, con dos o tres papelitos firmados por el galeno. La negativa fue rotunda: sin dinero el farmacéutico no entregaba ni un geniol. Peñaloza se rebeló entre alarmado y enfurecido; mezcló la política y la “oligarquía”; adujo que Rivera lo hacía por ser un “fanático contrera” y hasta llegó a esgrimir la muleta en son de amenaza.

Pálido, Rivera salió del mostrador y lo agarró de la camisa, zarandeándolo. Y cuando empezaron a caer algunos vecinos, que vieron por primera vez que en el boticario había desaparecido su natural y cachazuda bonhomía, el cojo se escabulló, gritando:

—¡Usted está matando a mi mujer, hijo de una gran p...!

—Andá que te la resuciten en el boliche o los que te ofrecieron el puesto de Comisario y ahora ni de vigilante te lo quieren dar, porque te falta una rueda —murmuró Rivera, con los anteojos en la mano y un rostro que no era ciertamente el suyo.

No obstante, pocas horas después el farmacéutico mandó los remedios para la *India*, con algunas indicaciones.

A todos estos últimos hechos, que se amontonaron en menos de una semana, como si una desgracia fuese vertiginosa semilla de otra o varias más, se adicionaba la partida de Nayi con el camionero. Hacía tiempo que la hija de don Nejas no era ya una esperanza para Peñaloza. Aunque en cierto modo seguían siendo amigos, inclusive cuando el rengo iba perdiendo la poca simpatía y consideración del vecindario. Sus inconscientes visitas, la constante exhibición de sus deseos, tolerada y alentada por una singular amistad de tantos años y por una persona del otro sexo y de carne y huesos como él, se cortaron casi de golpe cuando la muchacha lo rechazó violentamente. Y por un momento Peñaloza pensó que todo había terminado.

Pero sus instintos o alguna otra fuerza incontrolable, más allá de su conciencia y de su amor propio, decían otra cosa. Y, de todos modos, allí estaba la Nayi en el “hotel”, donde podía verla cuando quisiera, y sobre todo vengarse tratando de herirla con sus chistes o sus patochadas, como aquel de que “iba a entregar carne cuando ya ni los perros la quisieran por vieja y marchita como pasa de higo”.

Tampoco ella le fiaba ahora, y le mostró muy seria un cartelito que rezaba, entre las botellas, detrás del mostrador:

EL LEMA DE ESTA CASA

*Si fío  
pierdo lo que es mío.  
Si doy  
pierdo la ganancia de hoy.  
Si presto  
pierdo todo el resto.  
Por esto,  
no fío, no doy, ni presto.*

—Se han olvidado de una cosa, gorda.

Nayi no lo miraba ni contestaba, “viéndolo venir”.

—Te olvidaste de poner un cartelito detrás de ti, diciendo: “Ni me fío ni me doy ni me presto. ¿Quién se quedará con esto?”

Sonriendo sarcásticamente, Peñaloza esperaba un insulto o una simulada indiferencia. En cambio ella le contestó:

—No sé quién. Pero vos no: de eso podés estar bien seguro.

## 2

Pocos días después llegó la nueva maestra. Cualquier mujer que hubiera buscado pensión en la fonda habría tratado de ser utilizada por Peñaloza para sus fines, sobre todo para molestar y humillar a la “gorda”, a la “turca”, como la llamaba indistintamente en los últimos tiempos. Mas la llegada de Anita fue algo que estaba inmensamente lejos de sus planes y de su modo de ser; y quedó hechizado por esa encantadora personita que bajaba de un ómnibus más apto para transportar chanchos o bolsas de maíz que muchachitas como ésta. Hacía mucho tiempo que los sentimientos de Peñaloza no se removían tan profundamente ante una mujer. Acaso nunca sintiera lo que sintiera ahora, olvidándose en un instante de la “turca”, de que vivía allí, de la mala parada de la Mecha y su juventud, y de todos los problemas que le estaban creando esa “manga de mocosos de mierda” con la enfermedad de la *india*. Por primera vez en su vida le sucedía esto viendo a una verdadera “señorita”. Y sus más delicados sentimientos, inmersos y agónicos en el fondo de sí mismo desde la caída del molino y la muerte de su madre, afloraban y florecían a la sazón intensamente. Repentino retroceso a los primeros años de su adolescencia aunque con toda la turbia carga de sus amarguras y sus oscuros e insaciables instintos. O la terneza más pura y ensoñadora se agregaba extrañamente a su sangre y a su sexo.

Pero los hechos que acaecieron sin hacerse aguardar le hicieron comprender o intuir, aunque nebulosamente, que esos sentimientos, los cuales no recordaba haber experimentado antes, no encuadraban para nada en el ambiente o el mundo en que vivía. Lo mismo que si un espinillo o un yuyo cualquiera se pusiera a dar hermosas frutas completamente inútiles porque no servían para ser comidas y sólo provocaban conflictos entre las gentes que se abalanzaban sobre

ellas viéndose después engañadas, burladas, envenenadas por la ponzoña de ese señuelo misterioso, aparentemente generoso e inofensivo, y en realidad sólo servible para provocar amargas desventuras.

No se preguntaba si esta supuesta planta venenosa y maldita, con tan hermosas y exóticas apariencias, era encarnada por la maestría o por él mismo, o por la catalítica y diabólica realidad que se había creado en el mundo de ambos desde que ella bajase del ómnibus, y sus miradas se hallaron. Lo innegable es que las consecuencias de esta nueva mágica realidad estaban elaborando un terreno para los más inesperados y peligrosos frutos.

Cuando ella lo comparó con un perro que la seguía por todas partes, los sentimientos del rengo —como exóticas flores de un alma lóbrega— se replegaron sobre sí mismos. Luego, muy lenta y tímidamente, quemados por la vergüenza, se ocultaron en los vericuetos más intrincados y recónditos de su ser, adonde jamás llegase la luz del día ni las miradas de las gentes. Se replegaron, se encogieron, se ocultaron, pero no desaparecieron. Porque en ocasiones, en la íntima soledad nocturna, cuando la oscuridad y el silencio ponen al hombre frente a sí mismo y a su propio destino; cuando la Mecha y la *India* y la legión de mocosos dormían y él no podía conciliar el sueño torturado por esa cabecita de cabellos cortos, voces prodigiosas y jamás escuchadas en las cuales se amalgamaban las sonrisas y las lágrimas de su madre con las melodías del coro en la catedral de una ciudad a la que fue cuando niño y a la cual nunca más volvió, subían desde lo más profundo de la tierra y de él, tal como si él y la tierra fuesen una misma y única cosa; subían esas voces milagrosamente envueltas en pájaros y flores confundándose con ángeles y santos hasta llegar a sus oídos que se llenaban de esa música solamente por él oída y sentida en tanto sus ojos se anegaban en lágrimas.

Y así, maravillado y llorando en silencio, igual a una criatura; sorprendido de sí mismo y de las cosas que le estaban ocurriendo, se quedaba al fin dormido.

Después, el bofetón de Anita —la única afrenta grave de mujer recibida por Peña-loza en su existencia— cambió totalmente sus sentimientos y sus “planes”. Tanto, que éstos y aquéllos fueron mucho más allá de lo que el hombre hubiera pensado

el día antes, cuando ya no tenía hacia ella sentimientos amistosos sino única y exclusivamente instintivos y posesivos.

Entonces tampoco podía dormir, de noche, en su cama. Pero no eran voces misteriosas entremezcladas con ángeles y flores y pájaros y purezas de la infancia las que subían de bajo la tierra y de los subsuelos de su conciencia para visitarlo. Era la propia desolación de su miseria y su soledad. Y comprendió todo lo que, a pesar de no habersele entregado nunca, o acaso por lo mismo, significaba Nayi para él. Nayi, que también lo había despreciado rechazándolo. Nayi, que le había hecho la más tremenda broma yéndose con un camionero. Nayi, de quien más de una vez había pensado: *no será de nadie antes que mía.*

Y fue esta nueva situación la que tuvo el poder de lanzarlo otra vez a la búsqueda de sus amigotes, casi olvidados los últimos meses y con los que tan compañeros habían sido y tantas parrandas habían hecho juntos, antes y después de las elecciones.

### 3

—¿Qué te pasó, que no se te veía la cara? —quiso enterarse uno de ellos, más que sentado caído en una de las sillas del boliche de don Waldino, con las piernas estiradas y rascándose la nuca.

Sobre la mesa cubierta de moscas y salpicaduras de vino, había una botella vacía y un mazo de mugrientos naipes abandonados.

El boliche de don Waldino era a la vez almacén, verdulería y bar, y el pesado sol de la tarde entraba oblicuo formando un dorado cendal donde se juntaban las moscas, la tierra que venía de la calle y el humo de los cigarrillos.

El otro, fornido, de voluminoso tórax y musculosos brazos desnudos estaba en camiseta, golpeando la base del vaso sobre la grasienta mesa sin decir nada.

—A éste lo tienen “ocupao” las mina —insistió el que se rascaba la nuca, con los pantalones salpicados de cal, mirando a su atlético compañero y luego al silencioso Peñaloza.

Ante el obstinado mutismo de Cejas y del rengo, Carbalerra dejó de rascarse por un instante y arrojó despectivamente el cigarrillo al suelo.

—¿Pero se puede saber qué mierda les pasa a ustedes?

—Éste habla de minas: bien jodido estoy —dijo al fin Peñaloza, que, sin saco, su renegrida melena peinada, el pañuelo al cuello y la muleta entre sus muslos y la mesita, estaba casi elegante a la par de los otros dos pelafustanes.

—Ya sé: se te piantó la turca —observó Carbalerra.

Cejas levantó la cabeza y los miró a los dos, desde bajo la cornisa de su abultada y estrecha frente, para volver luego a bajarla, sin hablar ni mover el pucho de su boca.

—¿La turca? —lo miró de pronto el cojo, agregando—: No; la turca no es nada...

—No es carne pa mi gancho, decí más bien —aseguró al fin el robusto Cejas, dejando de tamborilear con el vaso sobre la sucia mesa y cambiando de posición en la desvencijada silla.

Peñaloza encendió un cigarrillo. Su fulgurante mirada a Cejas no pasó inadvertida para Carbalerra, que volvió a hablar.

—¿Han comido fósforos ustedes hoy?

—Ni pal mío: te lo dije en joda —aclaró el de atlético tórax, sonriendo. Era el más joven de los tres, el de menos experiencia, no sabía leer ni escribir y si bien a veces parecía lo contrario, Peñaloza, muchos menos inculto que los dos, ejercía una extraña influencia sobre él.

Cejas aceptó el cigarrillo que le ofreció el rengo, tiró el apagado pucho desde la boca misma, tornó a acomodarse en la silla con un visible movimiento de los músculos de sus brazos y del pecho, y de nuevo se encerró en su silencio.

—Bien jodido estoy —insistió el otro, con una mano en la muleta y la otra sobre la mesa—. La Dora, ustedes saben cómo está, que se opera, que no se opera, que hay que llevarla a un hospital, que quién atiende a los chicos, que los pasajes, que esto, que aquello. Y de cada mes se pasa quince días en cama... Y no puedo ni tocarla: ¡eso es lo peor! Vos sabés: las hemorragias —añadió dirigiéndose sólo a Carbalerra, como si Cejas no entendiera un pito del asunto—. Cosa seria, che...

—¿Y la Mecha? Anda con una pinta bárbara... ¿Sabés que está buena?

—Si lo sabré. Pero ahora tiene un “machucón”...

—Sí. El Pirulo, el hijo de Calandreli: trabaja medio día y, por lo visto, la tratan bien... —sonrió el albañil.

Ahora el cojo callaba, mirándolo: dijérase ofendido por un secreto que no debía haber existido para él.

—No te lo dije porque no te veía —agregó el obrero interpretando su mirada, y dejando de sonreír—. ¿Cómo te dejaste manosear por ese pituco?

Peñaloza callaba. Al rato miró la botella vacía, y pidió otra.

—Bien fresca, che gallego —agregó Carbalerra.

—Ustedes hablan así porque no están en mi lugar —aclaró Peñaloza, como si también Cejas, con su silencio, lo interrogara a dudas de su prevalencia—. En mi casa ya no se puede vivir, y la piba se raja en cuanto la vuelva a atracar otra vez. Y lo peor es que lava, cuida a los chicos y a veces hasta ayuda a parar la oya. ¿Qué me hago yo con la *India* en cama y esa manga de pendejos que no hacen más que tragar y joder y gritar el día y la noche?

Quiso hablarles claramente de su terrible situación. Tenía mujer y no podía disponer de ella. Estaba viva, pero en la casa pesaba más que un muerto, puesto que además de no poder moverse, era una boca más que engullía. Y había rachas, cuando no venía perdido del todo por la bebida, en que las veinticuatro horas del día no le bastaban al rengó para los sustos que se agarraba. Más que susto, horror. Un espanto morboso que le recorría desde la planta del único pie a la



raíz de los cabellos y la llegada a los tuétanos. Pese a su parecido color al del vino, la sangre lo horrorizaba. Y muchas mañanas, el levantarse, temía hallarse él y la *India* en un pantano de sangre espesa y caliente; espesa, caliente y pegajosa. Sangre en la cama, en el suelo, en todo el piso de tierra del rancho; sangre en la que chapoteaban y bebían los perros y jugaban los gurises, que a menudo se levantaban antes que él pidiendo algo para echar el buche.

Tenía mujer, pero era como si no la tuviese. La otra, que era una flor, y que estaba más linda que nunca, se le iba ahora con otro: más joven, con las dos piernas y, sobre todo, con mucha guita, que era lo principal. Quiso contarles que, efectivamente, no se la tiró a la “gorda”, a la “turca”: ella no le había aflojado nunca, y a lo mejor porque él esperó precisamente eso, y hoy se consideraba un imbécil. El prepo es lo mejor, y es lo que les gusta a la mayoría de las mujeres. Aunque fuera de eso, había hecho con ella lo que había querido.

Entre trago y trago de ese tinto amargo y fresco, Peñaloza procuraba salir de ese pantano, de ese charco podrido que lo rodeaba y lo sumergía más y más. Parte de ese fango hediondo y putrefacto que respiraba sentía salirse por la boca — con sapos, culebras, gusanos, arañas, moscas y trapos sucios y fétidos mezclados con las chinches y los excrementos y orinas malolientes de los más pequeños y con la sangre glutinosa y caliente de la Dora que se sabía de dónde venía pero nunca hasta dónde llegaba. Mas no lograba el rengo decir lo que realmente quería. No lograba vaciarse, aliviarse de ese peso, de ese “bulto enorme” que se le había atravesado en el pecho y que a veces le hacía sentir lástima y terror de sí mismo...

...Y de alguna manera debía también decirles lo sucedido con la maestra. Cantar pronto porque faltaban pocos días para la terminación de las clases, y ella no tardaría en desaparecer. Confesarles todo, desde el principio. Y su final, con la cachetada... de lo que seguramente algún día se arrepentiría la mocosita.

Lo más difícil era encarar el asunto, empezar venciendo esa fuerza que igual que una compuerta se le había atravesado y no sabía si era vergüenza, orgullo o quién sabe qué.

Por eso convidó a sus amigos nuevamente con cigarrillos y no tardó en pedir otra botella de tinto.

#### 4

A la salida de la escuela Anita volvió a encontrarse con Carmen y caminaron juntas hacia el “centro”. En el instante de subir las dos a la alta vereda de la farmacia, un muchachito venía corriendo seguido de un enorme perro detrás del cual corría a su vez un cuzco más pequeño. Anita no pudo apartarse hacia la pared por su amiga Carmen, quien tuvo que dejar paso a una viejita que salía de la farmacia. Y el chico y el perro (éste al parecer furioso) se le venían encima. La muchacha se desvió hacia el cordón de la acera, y casi cae de costado a la calle. Una de sus piernas rozó fuertemente contra el cordón y la otra quedó encogida sobre las baldosas de la vereda.

—“Me salvé un par de medias” —fue lo primero que pensó *Pajarito*, porque no las llevaba. El chico y el perro, flaco y negro, pasaron como una ráfaga cerca de ella.

La ardiente sensación que experimentó en la pantorrilla izquierda en cuanto se levantó con su portafolio, que no había soltado, la obligó a dirigir su mirada a la misma.

—¡Qué golpe horrible! ¿Se hizo daño, criatura? —exclamó Carmen.

—Apenas un raspón... —murmuró Anita, pasando su mano por el lugar donde había detenido su mirada. La delicada piel estaba como si le hubiesen frotado un grueso papel de lija y en algunas partes, cerca de la rodilla, comenzaron a aparecer pequeñas gotas de sangre.

—¡Es una vergüenza! —comentó Carmen—. ¡Por cada habitante que se va, aparecen diez perros!

Su colega estaba preocupada por la rodilla, que al caminar, le dolía un poco.

—¿Hasta se pudo haber fracturado, al caer!

—Felizmente, no caí —añadió *Pajarito*, sonriendo y pudiendo apenas marchar.

—¿No se habrá dislocado la rodilla? Aunque parece que no —dijo su amiga tocándosela suavemente—. Por desgracia, el médico viene recién mañana o pasado. Venga, entremos en la farmacia. Algo sabe Rivera de estas cosas.

El boticario estaba leyendo un diario, apoyado en el mostrador, y le explicaron el pequeño accidente.

—Ustedes lo tomarán a broma. Pero de seguir así, esto se convertirá muy pronto en el Imperio de los Canes, y terminarán por gobernarnos; por lo que deberá añadirse un capítulo fundamentalmente nuevo a la Historia Universal —comentó Rivera.

Después de echar un vistazo a las dos piernas de Anita —“Usted tiene la culpa, por haber hecho una vereda tan alta”, comentó seriamente ésta— la hizo entrar al laboratorio.

—Primero vamos a desinfectar y evitar pérdida de sangre —dijo, haciéndola sentar.

Mojó un poco de algodón en agua oxigenada y, muy suavemente, empezó a pasarlo por toda la parte afectada: desde la mitad de la pierna hasta la rodilla. Luego hizo lo mismo con alcohol yodado; aplicó después una pomada antiséptica y finalmente vendó.

—Si le arde un poquito aguante nomás: quedan muy feas las niñas cuando lloran —dijo Rivera irguiéndose.

—La otra rodilla, al quedar violentamente encogida sobre la vereda, ¿no se habrá torcido o dislocado?

—Esto le corresponde a un traumatólogo —agregó el farmacéutico, sin contestar la pregunta de Carmen—. Pero a falta de pan, buenas son las tortas, dijo un filósofo, mientras tomaba mate. Levántese y camine, como Lázaro, Anita. A ver, doble despacio la rodilla. ¿Le duele mucho?

—¿No la nota hinchada... no la ve más grande que la otra? —insistió Carmen, mirando luego su reloj pulsera.

Rivera, sin contestarle, palpaba la rodilla.

—Nada grave —diagnosticó al fin.

Carmen se marchó porque había salido “un minuto” dejando a su criatura sola.

—Se le ha torcido un poco, nada más —murmuró el hombre, mientras seguía palpando la rodilla, de nuevo en cuclillas ante ella.

—¿Más arriba no le duele? —y continuó su operación, como lo hubiera hecho un médico.

—Sí, un poco... dijo *Pajarito*, de pie, enrojeciendo y levantándose el guardapolvo hasta más arriba de la rodilla.

Quedaron algunos segundos sin hablar. Ella, sosteniéndose el guardapolvo y Rivera prosiguiendo su examen con las manos.

—¿Sabe, Anita, que he descubierto en usted unas piernas lindas, casi diría anatómica y estéticamente perfectas?

*Pajarito* se estremeció y en cambio de contestarle miró atrás del farmacéutico, por sobre su hombro.

Rivera se volvió. Casi a sus espaldas estaba Peñaloza, con una expresión poco menos que trágica en la cara, muy distinto al gesto que puso el boticario. Éste lo miró un instante, entre perplejo y sorprendido, y luego de un silencio le inquirió:

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

Peñaloza lanzó una última y centelleante mirada a la maestra y, sin articular una palabra, se alejó haciendo sonar rítmicamente su muleta.

“Este vivo hace sonar su muleta solamente cuando quiere” —pensó Rivera, recordando el sigilo con que había entrado—. “Juraría que cuando se lo propone ni

la necesita para caminar”—pero no dijo nada, un tanto intrigado por la actitud del cojo.

“La vendé para evitar cualquier infección”, “mañana puede quitársela”, “supongo que esta tarde no tiene ninguna *soirée* ni saldrá a pasear por nuestras románticas avenidas”. Conversando y haciendo algunas cuchufletas, el farmacéutico no mencionó la inesperada y extraña visita de Peñaloza.

Pero Anita no festejaba sus bromas y ni siquiera hablaba. Y, por más que quisiese evitarlo, repentinos temblores sacudían su cuerpo. Hasta que estalló. Y en una mezcla de furia, vergüenza y lágrima, le narró algo de lo que le pasaba con el alcoholista.

Mirándola lentamente a través de sus gruesos cristales —diríase que tratando de reconocerla— Rivera escuchaba.

Ella habló brevemente, en una leve explosión: Peñaloza la acosaba, no la dejaba en paz. A la postre sonrió y hasta casi se burló de su propio proceder, en cierto modo ridículo, y le pidió que la perdonase. El “hotel”, el pueblo y la escuela misma le habían caído tan distintos de lo que ella se imaginaba, que vivía con los nervios alterados.

—Este rengo es un mal bicho... —dijo parsimoniosamente el farmacéutico— si bien creo que usted le da demasiada importancia al asunto.

Veía a la niña tan grácil, tan femenina, tan inerme y confiada, y al mismo tiempo tan llena de una gracia o belleza inexpresable que no pudo menos que tomarle la masculina cabecita, como a un niño, pasándole luego las dos manos muy suave y lentamente por la cara retirándolas al llegar a la barbilla. Si Rivera hubiera tenido madre, novia o una hija, acaso no habría acariciado con tanta delicadeza sus mejillas como lo acababa de hacer en ese instante.

—Ahora me explico por qué la llaman *Pajarito*, según usted misma me dijo los otros días.

Tomando el portafolio con las dos manos y caminando algunos pasos cerca del hombre, Anita no decía nada, temiendo tal vez revelar el inmenso mundo que vivía dentro de sí.

Él la seguía mirando, con un pedazo de gasa en las manos, y ella seguía paseándose con su portafolio. Luego la maestra salió del laboratorio, pasando a la farmacia, que desde el primer día la había parecido un oasis en su nueva y extraña vida en Agua Amarga.

Rivera salió detrás de ella, encendiendo un cigarrillo. Contra la directa luz del sol, que penetraba por la vidriera, veáse su frente brillante de sudor.

—...Hay algo, sin embargo, que no me explico...

Acababa ella de pesarse en la balanza y bajó, mirándolo sonriente, casi radiante.

Sin apuro, y como tratando de concretar en pocas palabras sus ideas y sus sentimientos, el farmacéutico terminó su frase:

—...¿Cómo vino a parar acá, a este villorrio?

—*Señor Rivera* —contestó *Pajarito* disminuyendo su sonrisa y subrayando con irónica picardía sus palabras—: ¿usted cree que yo vine aquí como quien elige una zona de turismo barato? Y si usted no se enoja: ¿por qué se *enterró* usted aquí, como dice su amiga Carmen?

—Está bien. Ella lo sabe. Y admito la crítica... o el reproche. No obstante todavía no sé cómo aguanta usted este muladar.

Anita calló un momento, mirando hacia afuera por la vidriera y balaceando su zarandeado portafolio entre sus dos piernas abiertas, como si una no le doliera y la otra no la tuviese vendada.

—Además, me gusta enseñar... Y no todo en este “villorrio” o “inmundo burgo”, como suele decir usted, es malo ni feo.

Apoyándose en el mostrador, del lado de los clientes, y secándose con el pañuelo el sudor que corría por sus sienes, Rivera opinó:

—En Río Cuarto mismo, o en cualquier otra ciudad, trabajando de mucama (y no se ofenda) usted viviría en mejores condiciones que aquí como maestra.

*Pajarito* enrojeció, viéndose de pronto refregando muebles, lavando bacinas y cebando mate a los patrones.

—Ya le dije: no me imaginaba todo esto y, por otra parte, me gusta enseñar a los niños.

Y cuando se iba yendo y chanceando:

—¡Vea qué elegante he quedado con esta venda!

—Mañana puede quitársela, y dése una vuelta por aquí, a ver cómo anda —le dijo, casi le gritó Rivera, apoyado negligentemente en el mostrador—. De paso, tomaremos el té...

—¿El té...? —y *Pajarito* se detuvo en la puerta. Sus palabras y su actitud eran quizás un recurso para ganar tiempo y pensar antes de contestar.

—Es una manera de decir. El té o cualquier otra cosa. Yo tomo mate cocido con una gota de leche. Será mi modesta despedida.

—Mañana Dios dirá —contestó ella—. De todos modos, muchas gracias.

## 5

Al otro día, a la salida de la escuela, por razones que no hubiera podido interpretar, Anita deseaba en cierto modo que Rivera no estuviese en la farmacia. Y marcharse de inmediato a su cuarto de la fonda, quitarse las pocas ropas y bañarse, mojarse, refrescarse, echarse agua con una olla o una lata cualquiera. Así solía hacer casi todas las tardes.

El chico, barriendo la tierra que entraba de la calle, le hizo pensar que quizás su amigo no estuviera, y sintió simultáneamente en cierto alivio y una vaga tristeza.

—Si ahora hace este calor, ¿cómo será en pleno verano? —dijo Rivera, saliendo del laboratorio—. ¿Cómo le va, Anita? —agregó—. No es el calor lo horrible de

hoy; es este viento enloquecedor y que me llena el boliche de tierra. Aunque verdaderamente el calorcito está bravo: acabo de pegarme el segundo baño.

—¡Feliz de usted, señor privilegiado!

—Ya se lo he dicho: el baño es suyo, así como lo es la biblioteca. A propósito: ¿terminó el primer tomo del libro de Mansilla? ¿Vio qué notable novelista hubiera sido el autor de esta excursión a los ranqueles?

—Francamente: afirma cosas de los indios y de los gauchos que yo ignoraba.

—¿Cómo andan esas extremidades inferiores? —inquirió Rivera, cuando a su invitación, ella pasó al laboratorio.

—Todo pasó: la rodilla no me duele y el raspón está ya casi curado.

Mientras parlaba, con su habitual parsimonia e ironía, el farmacéutico iba desocupando de botellas y frascos una pequeña mesa de mármol, sobre la que había también un libro. Luego desapareció por unos minutos hacia las habitaciones y vino con un pequeño mantel, una panera con tostadas y dos tazas. Salió de nuevo y trajo dos teteras.

—Siéntese, por favor.

—¿Usted vive completamente solo aquí? —quiso saber la maestra, sentándose despacio y sintiendo una súbita desolación en medio de esos muros de congelados frascos y cajas que la cercaban en la leve penumbra y pensando sin querer que él debía sufrir perpetuamente esa fría soledad de vidrios, silencio y venenos. Hasta el olor de la atmósfera asépticamente enmohecida era aquí distinto. Decididamente: resultaba mucho más acogedora y más alegre, quizás por sus espejos y su luminosidad, la farmacia propiamente dicha.

—*Completamente solo*, no —dijo él, para interrumpirse y preguntar—: ¿Prefiere té, mate cocido o café?

—Lo que usted tome.



—Depende también de lo que se entienda por *solo*. Me acompañan mis libros, mis discos, mis sueños... Perdóneme la cursilería —añadió, sirviendo—. Quise decir: mis pensamientos.

—Por ejemplo: sueña que está tomando el té en un bar de algún bulevar de París.

—Sí. Usted habla a veces en el estilo de Carmen, que se parapeta e ironiza con mi casi frustrado viaje a Norteamérica y Europa.

—¡Cómo lo carga Carmen! Gracias, sin leche.

—Carmen es simpática e inteligente. Sobre todo tiene una base sólida y que le permite ciertos gestos que la hacen parecer más fuerte y segura de sí misma de lo que realmente está. Y seguramente si ella hiciera un largo viaje lo haría con un criterio “turístico” y “digestivo”, muy distinto del mío. Yo creo, a veces, en el progreso humano y social. Y trato de seguir creyendo, en medio de una angustia inenarrable, fina, corrosiva. Y quiero ver, palpar, comprobar con mis propios sentidos. Porque de lecturas parciales y opiniones interesadas estoy ahído y asqueado ya. Norteamérica, Rusia, Alemania, China, Japón; y la India con su roña, su hambre y su pasividad, capaz de florecer hombres de la talla de Mahatma Gandhi... Mas todo esto y el porvenir de la humanidad le interesa un comino a mi amiga Carmen, y tal vez haga bien. Esa base que la hace parecer fuerte y segura de sí misma son los incontables millones de su marido, dueño de centenares y centenares de leguas de campo chúcaro que rodean a Agua Amarga.

Siguieron conversando. Ana hizo algunos chistes inocentes. Rivera, en el mismo tono, mencionó a los “pobres diablos” que aguardaban sinceramente que esos centenares de leguas de campo fuesen repartidas para los menesterosos que quisieran trabajarlos. Y cuando terminaron de merendar, el boticario llamó al chico para que se sirviera su mate cocido.

Poco antes de retirarse, y en un clima espiritual más serio, Anita narró su viaje a Agua Amarga y la llegada al *fondacho*, como en ocasiones denominaba Rivera al

*Hotel y Bar “Italia”*. El peor día de su vida. Recordó a su madre y, sonriendo con mucho cariño, reconoció que era “muy a la antigua”.

—Si supiera que almuerzo en el “hotel” con un hombre que no es ni siquiera mi novio; aunque tampoco me permitiría hacerlo con él, si lo tuviese. ¡Si me supiera “mezclada” en estas “aventuras” y que entro en la casa de un desconocido a quien vi por primera vez hace un mes a tomar el té o a pegarme un baño porque no tengo dónde hacerlo...! ¡Diría que estoy enloqueciendo o que este maldito viento con tanta tierra, la soledad y la ausencia materna me están llevando por mal camino! ¡Pobre mamá! Ella tiene sus ideas muy especiales y muy precisas de lo que debe ser una señorita. “Una verdadera señorita, cuando se casa, tenga quince o treinta años (ella se casó a los catorce *aconsejada* por el padre) debe ir al altar pura, inocente y limpia como una flor”. ¡Desde luego que sin altar no hay casamiento posible...!

—Bueno, ella tendrá sus ideas... y usted las suyas.

—¡Pobre mamá! ¡Cuánto la quiero y cuánto hemos batallado y batallaremos hasta que pueda hacer de mi vida lo que yo quiero!

*Pajarito* estaba en la puerta, con su portafolio fuertemente ceñido en la mano, recortada en silueta contra el incendio solar que la envolvía como una llamada. El refulgente fuego demoraría aún un rato en apagarse, y aunque el viento había mermado, miríadas de partículas de polvo que venían de la calle y se levantaban de todas partes danzaban como enanitos casi invisibles en torno a ella. Así, de espaldas al poniente y en el centro de esa rutilante luz de fuegos artificiales, su diminuto contorno poseía algo de irreal, fantástico, quimérico. Y una sutil pero inquebrantable energía parecía irradiar de ella.

Callando, y a través del humo de su cigarrillo y de sus gruesos cristales, Rivera la miraba.

—Trataré de no hacerla sufrir. Pero mi vida es mía y la quiero para mí.

Había énfasis y casi una suerte de reto en las palabras de Anita, e iban más allá de lo que había calculado el mismo boticario.

—Tenía mis dudas al invitarla a charlar un poco aquí.

—¿Creía que no vendría?

—No lo sé bien. Sin embargo ahora veo que puedo decirle lo que realmente pienso: sé que al invitarla la comprometí y usted se comprometió al venir. Y no estoy arrepentido porque creo que usted se sobrepone a todas esas miserias; y si me apurase un poco diría que trata de enfrentarlas para darse el gusto de vencerlas.

Detenida en la puerta contra el sol, con las piernas un tanto separadas y bamboleando entre ellas su portafolio, *Pajarito* escuchaba en silencio con una sonrisa radiante y absorbiendo e intuyendo cada palabra casi antes de ser pronunciada.

El hombre calló un momento, mas continuó pensando. “El pueblo ya habla. *Andan bien*, es una de las frases corrientes. ¿La maestra de cabecita de hombre y el farmacéutico andan bien? Ese juicio, tan vago y tan preciso, cada uno lo interpretaba a su manera y, según el análisis que se hiciera de él, tenía mil o un solo significado. Empero Rivera creía conocer a las gentes que los rodeaban. Estaba convencido de que prevalecía una mentalidad media como la del rengo Peñaloza. Y seguramente éste no tendría ninguna duda respecto del alcance de lo que significaba *andar bien*. Él anduvo bien con la Mecha hasta que...

—Todo lo que está ocurriendo y lo que usted acaba de decir, Rivera, es muy significativo para mí —dijo *Pajarito*, sin dejar de sonreír—. Dentro de dos o tres días terminan las clases y dentro de dos cumpla veintidós años: podré disponer entonces de mis acciones, de mi cuerpo, de mí misma...

Rivera enrojeció sintiéndose nuevamente responsable de algunos actos —pasados, y posiblemente futuros— de la jovencita.

—Actualmente dispongo de mis ideas, ella van y vienen, pero no se liberan de mi cuerpo, de mi cuarto, ni de mi casa. Mis pensamientos dan una vuelta por el pueblo a las doce de la noche. Pero mi cuerpo no puede moverse, no se atreve, no se le permite hacerlo. Le advertí a mi madre que al cumplir los veintidós años cortarí el cordón umbilical que me aprisiona, y me ata a ella. Entonces la

“loquita” de la cabeza de varón o de “pajarito” dará una vuelta por el pueblo a las doce de la noche porque se le dará la real gana.

—Ahora, creo que usted exagera un poco. Mecánicamente, diría que está “fuera de punto”.

—¿Quién le priva al señor Rivera dar una vuelta por el pueblo a las doce de la noche?

—Aparentemente, nadie. Sin embargo, deseándolo, en ocasiones me privo de hacerlo. Y en cambio me pongo a cavilar, en mil vericuetos mentales, haciendo y deshaciendo una interminable madeja, todas cosas que podría tramar la imaginación de la gente si lo hiciera.

—No lo hizo nunca —rió la maestra— y los acostumbró mal. Después de tantos años no se lo tolerarán.

—Usted dirá que es cobardía. No olvide que vivo entre ellos y soy una parte del pueblo.

Entró un chico de alpargatas, que se apeara de un caballo, con un papelito en el que traía varias cosas anotadas.

—Mi vida la quiero para mí —terminó Anita, mientras el farmacéutico atendía al pibe—. Y desde hoy, adelantándome, haciendo uso de los derechos que me corresponderán dentro de cuarenta y ocho horas e invirtiendo la fosilizada costumbre de que siempre ha de ser el varón el que asuma la iniciativa, yo lo invito a usted al baile del sábado. Porque supongo que usted sabrá, aunque vive enterrado en sus venenos, sus libros y sus guías internacionales de turismo, que el sábado es la fiesta del pueblo, el día de la Virgen. Y para que vea que no me detiene lo que el pueblo piensa de nosotros, acepto e invitación y mañana haré uso de su baño.

*Pajarito* se fue riendo, y riendo entró de nuevo, exclamando;

—No hay derecho a que un hombre solo, sin mujer, sin hijos, tenga un hermoso baño y todo el resto de Agua Amarga carezca de comodidad para bañarse.

Y riendo, *Pajarito* se marchó.

## VII

### 1

Doce días después de su viaje en el ómnibus, en un hotel de Huinca Renancó volvieron a toparse Galenti y Albertini,

Era poco menos de medianoche de un viernes y el hotelero estaba cerrando la puerta de su local, frente a la estación ferroviaria, cuando llegó su viejo amigo Galenti, quien paraba allí desde varios años atrás.

Albertini era el único viajante que había quedado en el bar del hotel al cabo de una animada noche. Se habían juntado siete u ocho colegas en una cordial cena y luego continuaron con sus discusiones, sus anécdotas y sus facecias en el bar.

Al ver a Galenti, Albertini se alegró.

—¡Cómo! ¿Usted todavía por aquí? ¿No volvió a sus pagos la semana anterior? — exclamó Galenti, que lo veía alicaído y desaliñado y hasta un poco pálido, si bien con su constante sonrisa.

—Me quedé “empantanado” en varios pueblos, y sigo “empantanado” aquí.

Galenti calló un instante, tratando de captar el verdadero sentido de la frase de su colega.

Ruidosamente, el dueño cerraba la puerta de la equina encajando el pesado travesaño de hierro.

—Yo tampoco volví a casa —dijo luego Galenti—. El sábado anduve por Realicó, La Pampa, en la fiesta del casamiento de un amigo. Allí me quedé hasta el lunes, que empecé a trabajar de nuevo. Algunos colegas no pudieron regresar a sus

pagos por las lluvias. Hice Realicó, Huinca Renancó y Cañada Verde. Mañana, en el ómnibus de las cinco, vuelvo a Río Cuarto. ¡Me parece que hace un año que falto de casa!

—Creo que usted me viene... como enviado de Dios —dijo Albertini, mirando disimuladamente al hotelero, el cual hacía algunas anotaciones detrás del mostrador, con el cigarrillo, emboquillado, en la boca.

—Me imagino que te habrás agarrado una regia curda en la fiesta de Martínez —comentó el patrón en voz alta, sin levantar la vista.

—Y no. Me estoy quedando sin amigos... —contestó del mismo modo Galenti. El joven viajante había alejado algo del mostrador a su veterano colega, tomándolo de un brazo.

—Aquí estoy verdaderamente *empantanado* —dijo, bajando la voz.

—...sin amigos solteros, querrás decir —agregó el hotelero sobre sus papeles y llevándose nuevamente el cigarrillo emboquillado a la boca.

—No pude volver la semana anterior porque los ómnibus, usted sabe, no marchaban. Y las cobranzas no me alcanzan para pagar el hotel. Tiré hasta hoy como pude. Si pago el hotel, no tengo para el ómnibus. Si pago el ómnibus, no tengo...

—¿No trajo plata?

—Salí de Río Cuarto con algunos pesos, creyendo que con la cobranza...

—“Con la cobranza le pasó lo mismo que con la ropa: no fue muy prevenido que digamos” —pensó Galenti, quien después de escucharlo un rato preguntó:

—¿Y ése es todo su problema? Me han dicho que la novia, digo la señora, además de ser un churro tiene más vento que Anchorena —prosiguió el hotelero, sin mirar a Galenti, detrás del mostrador.

—Recién, cuando usted llegó, estaba por proponerle al patrón que me aceptara el “baúl” con los juguetes hasta que le mandase la plata...

—¿Usted le dijo algo?

Albertini contestó que no, que tampoco se había decidido a contarle nada a ninguno de los viajeros, que ya se habían ido a dormir.

—Bueno, déjemelo por mi cuenta. ¿En qué habitación está usted? Vaya, que ya voy por allá.

—No ha tenido mala puntería Martínez —siguió el dueño, mirándolo al fin.

## 2

Al día siguiente, anticipándose al alba, se encontraron por tercera vez. Cuando Albertini subió al colectivo ya estaba en él su colega, que le había reservado un asiento a su lado.

—Casi me quedo dormido. Anoche me olvidé de avisarles que me despertaran —dijo el muchacho, sonriendo somnolientamente dentro de su arrugado y sucio tropical, que ahora le caía algo grande.

—¿Qué le pasó en el saco?

—¿Atrás? —y ríe Albertini—. ¿Se acuerda de aquella señora con la criatura, que viajaba detrás nuestro, desde Río Cuarto? El pibe comenzó por tocarme la cabeza, luego me deshizo la peinada y terminó por vomitarme encima. Una chica de un hotel trató de limpiármelo, pero quedó igual o peor que antes. Lo que me dejó completamente limpios fueron los bolsillos.

—¿Le dio el saco con la billetera, con plata?

—Sin darme cuenta. Menos mal que eran unos pocos pesos.

—Anoche, cuando yo le avisé, ¿habló con el patrón? —quiso enterarse el viajante veterano, luego de un breve silencio.

—Sí, se portó muy bien: sólo me hizo firmar una boleta. Las cosas que aprendí en estas dos semanas creo no haberlas aprendido desde que nací.

Encendiendo un cigarrillo después de ofrecerle a su compañero, y echando un vistazo a la valija, a su lado, añadió Albertini:

—¡No se imagina usted los dolores de cabeza que me ha dado y me sigue dando este valijón!

No tardó el guarda en moverla, hacia atrás, hacia adelante, murmurando, pero en todas partes estaba descolocada y algunos pasajeros aguardaban a que se les diese paso. Finalmente la llevó al fondo del vehículo, dejándola sobre un cúmulo de bolsas, líos, paquetes y valijas.

El colectivo se puso en movimiento, ahuyentando las tinieblas con la enceguedora refulgencia de sus faros.

—Este coche parece un poco mejor que el que nos trajo —comentó Albertini.

—Nosotros, que no disponemos de auto, debemos viajar lo más livianos posible. ¿Cómo se las arregla usted para visitar a los clientes con ese “baúl”? ¿Tuvo que alquilar un taxi o un peón? —espetó, riendo, Galenti, contento porque retornaba a su hogar.

—A veces me ayudaba un pibe. Pero casi siempre me las arreglaba yo solo.

—¿Usted solo?

—Con el entusiasmo que tenía, con los chiches y demás chirimbolos que llevo allí dentro, con las notas de ventas que pensaba hacer dejando con la boca abierta a los gringos o a los gallegos de los boliches cuando vieran funcionar mis juguetes, todo esfuerzo me parecía poco.

—¿Y no tuvo éxito?

—¿Usted recuerda que uno o dos días salió el sol y después comenzó a joder de nuevo la lluvia? Ese día de sol empecé a trabajar. Me empilché, me peiné, tomé el desayuno y arreglándomelas como pude con el portafolio en una mano y el “baúl”, como usted dice, en la otra, a las ocho de la mañana estaba yo en marcha hacia mi primer “cliente”: felizmente a sólo tres cuadras de la fonda. Pero había tanto barro y tuve que saltar tantos pantanos que llegué hecho una porquería.



Mis pantalones estaban tan embarrados que recién entonces se me ocurrió arregármelos hasta casi las rodillas. Para colmo, el hombre todavía no había abierto su boliche. Cuando lo hizo, con el mate en una mano y la tranca de la puerta en la otra, me olvidé de todas las formalidades del caso: presentarme, informarle sobre los renglones que vendía, hablarle de la casa en nombre de la cual viajaba, ¿no es así como debe presentarse un verdadero viajante?, y creo que sin decirle “buenos días”, me metí adentro con mi valijón y mi portafolio y, después de sonreírle le aseguré que le mostraría algo que indudablemente no había visto nunca en su vida.

“Me arrodillé ante el “baúl” y empecé a sacar juguetes. Sin moverse y mudo, con la estaca en una mano y el mate en la otra, el hombre me dejaba hacer sin dejar de mirarme con el ceño fruncido. Cuando puse en el suelo, sobre las sucias tablas del piso, muy cuidadosamente, una hilera de tanques, aviones, submarinos, soldados armados y un equipo de desembarco, me levanté, le ofrecí cigarrillos, que el hombre no aceptó, y le pregunté, encendiendo uno:

—¿Qué le parece?

“Ante su silencio sólo atiné a seguir mi “demostración” pensando que debía dejar lo mejor, el “golpe de efecto” que no podía fallar, para el final y como último recurso.

“Cambié de posición los chiches, empujé algunos haciéndolos deslizar por el desparejo suelo, sin dejar de hablar un solo instante. En cambio de mirar detenidamente o con entusiasmo, el hombre se alejó hasta la puerta de calle. Se apoyó en ella dejando la tranca a su lado, entregó el mate a una chinita que por poco no se lleva por delante una vidriera por mirar mis operaciones, y desde allí siguió pispeando de soslayo.

“Al cabo de un largo rato, con la boca reseca de tanto hablar y fumar y cansado de estar agachado, sacando y mostrando juguetes, comencé con los artículos de bazar: floreros, ceniceros, estatuitas de santos, de animales, de niños, de gauchos, borrachos agarrados a un poste para no caerse, y los fui enfilando en el suelo, cerca del ejército en miniatura.

“Así pasó casi una hora, que me pareció un suplicio interminable. El hombre, recibiendo y devolviendo los mates, arrimado en la puerta de calle, miraba con la misma fiaca e indiferencia con que de vez en cuando enderezaba sus saltones ojos hacia la calle. Y solamente abría la jeta para chupar su adorada bombilla.

“A lo mejor no le interesaban los artículos de bazar ni los tipos de juguetes que le había enseñado. Intenté mostrarle, entonces, sin dejar de hablar (porque su emperrado silencio aumentaba mi tortura y sentía necesidad de entretenerme y aturdirme y tapar mi bronca y mi ridículo con mi propia charla) revólveres, fusiles, ametralladoras y los iba colocando cerca de los soldados y de los tanques, aviones y submarinos.

“La llegada del primer cliente de esa mañana —una señora que miró cuatro o cinco portarretratos, cinco o diez cuadritos, diez o veinte apliques de yeso y de metal para terminar diciendo que ninguno le gustaba del todo pero que tal vez a la tarde viniese a buscar “algo”— me hizo perder media hora más.

“Después fue un vecino que vino a preguntar la hora y que se quedó a conversar un rato el que interrumpió mi nuevo trabajo. Eran las once o más cuando el tipo, luego de poner punto final a un centenar de mates, se dignó acercarse otra vez a mí, honrándome con su palabra:

—“Han estado otros viajantes antes que usted. Y casi todas las cosas que usted lleva acabo de mostrárselas a la señora. No sé si se habrá fijado que ya las tengo.

“En ese momento fue cuando, y sin entrar a discutir (porque dicen que un verdadero viajante nunca debe discutir) y aunque me consideraba ya perdido, recurrí al “golpe de efecto” final.

—“No me va a decir que este artículo no es de fácil venta —y comencé a darle cuerda a un tanque. Lo dejé enseguida sobre el piso, sonriendo y mirando al bolichero, mientras encendía mi octavo o noveno cigarrillo. Pero las tablas eran tan desparejas que el artefacto apenas se movió para quedarse quieto a los pocos segundos. Le había dado poca cuerda por miedo a romperlo: esos chirimbolos no eran míos y tenía que devolverlos o pagarlos. Antes de intentarlo por segunda

vez alineé los soldados y los aviones en sentido contrario, como en plena acción bélica y cuando de nuevo empecé a darle cuerda al hermoso tanque (porque en realidad son lindísimos, totalmente metálicos, fundidos a inyección, con torre giratoria y otros detalles que lo hacen parecer un verdadero tanque) —¡trac!— la cuerda se rompió.

“—No quiero hacerlo trabajar inútilmente. También se le han adelantado los viajantes de juguetes —advirtió el hombre, yéndose nuevamente hacia la puerta que daba a la calle, moviendo increíblemente su enorme nuez y todos su pescuezo lleno de nudos, nervios y arrugas—. En julio o agosto anduvo uno por aquí.

“Las palabras de ese hombre en camisa y cuya extraña cabeza recién comenzaba a llamarme la atención, no bastaron para llenar o dejar atrás el terrible vacío que siguió al fracaso de lo que debía ser mi demostración: el tanque avanzando lenta pero implacablemente hacia el enemigo y creando el suspenso: ¿qué sucedería cuando empezasen a actuar los aviones de la línea contraria?

“Pero no tuve tiempo de sentir del todo el nuevo dolor de la derrota, porque el “cliente” elegido por mí esa mañana no tardó en agregar:

“—Además, soy profundamente pacifista, y odio las armas y todos los instrumentos de destrucción, aunque sean juguetes. No sé si habrá visto que no los vendo. Por mí, los quemaría a todos, y también a sus fabricantes. Hasta estuve en la cárcel, en junio de 1950 (cuando comenzó la guerra en Corea) por mis ideas y mi acción pacifistas”.

### 3

Esta primera tentativa de Albertini como agente vendedor fue en Los Médanos, cerca de Agua Amarga. Y continuó refiriéndole a su amigo las experiencias que le siguieron. De vez en vez Galenti soltaba una carcajada al recordar el cliente que Albertini *había elegido* para iniciarse como viajante en “las quinientas millas”. Durante los pocos días que la lluvia y los pantanos le habían permitido moverse,

el muchacho había estado además en Pintralauquén, Del Campillo, Villa Valeria, Mattaldi, Jovita y uno o dos pueblos cuyos nombres no recordaba ya. Y es que se le había “formado en el mate un merengue” entre los que tenía que haber hecho y los que en realidad pudo hacer. En ese “merengue” figuraban también Realicó, Coronel Mansilla, Tierra Seca, Arroyo Turbio y Huinca Renancó, además caía cada dos por tres porque había trenes o lo llevaba en su coche algún colega. En uno de esos puebluchos tuvo que dormir sobre un colchón, en una pieza donde pernoctaron tres viajantes más, que le hicieron un lugarcito en el suelo. La verdad es que esa noche no durmió ninguno, exceptuando un gordo que no dejó de roncar como un avión hasta el amanecer. Y no porque las dos camas, el catre y el colchón tirado en el suelo fuesen muy incómodos o estuviesen muy duros, o hubiese chinches o pulgas, o algo parecido. Hacía días que Albertini, comiendo de todo y con exceso, no andaba en muy buenas relaciones con su aparato digestivo. Y esa noche, con un grupo de varios “compañeros de huella” embauló, tomó y hasta charló y gritó más de lo que convenía. Tantas veces fue al baño que, propiamente, dos de los otros tres compañeros de habitación no pegaron el ojo en toda la noche, mientras la lluvia seguía cayendo como una plegaria infinita sobre los techos de cinc de la fonda y en uno de los rincones del cuarto, en el que entraba más agua que aire.

El gordo seguía roncando fuera de este mundo. Otro, hecho un bollo bajo las colchas, cerca de la interminable y rítmica gotera, no hacía más que moverse, volverse y revolverse, como sobre un hormiguero o una asamblea de pulgas o chinches, maldiciendo entre dientes; y el tercero se levantó y le hizo un té con sus propias manos, en la cocina, encendiendo fósforos y velas, pues el muchacho, no teniendo tiempo de ir afuera, empezó a vomitar allí mismo; aunque era ya muy poco lo que tenía en el estómago y en sus intestinos.

“No sé lo que me pasó, pero creo que por la boca largué todo el salame y los chorizos que tenía en el estómago y por el otro lado todo lo que tenía en las tripas. Difícilmente me olvidaré de esa noche”.

“Era un fondín parecido al de Moldes –contaba Albertini–, ése que había frente a la plaza. En ese boliche, en ese pueblito de mala muerte pasaron cosas no fáciles de olvidar. Allí conocí a un corredor de joyas, un viajante “oligarca” que llevaba en su hermoso coche un enorme y no menos hermoso perro de policía. Lo llevaba desde una vez que, en esa misma fonda, en un instante en que bajó del auto, para pedir pieza, le birlaron de la caja varios relojes”.

No todos los pueblos son iguales, ni es igual la gente en todas partes. Y, para colmo, la desgracia o la mala suerte se acumulan a veces unas sobre otras como llamándose mutuamente. En esa población Albertini vendió muy poco, pero tenía que hacer algunas cobranzas; una era muy importante y el cliente no podía fallar. Mas el día antes de su visita, el hijo del almacenero –hijo único, de seis años– había caído en el pozo de cal de una edificación vecina y cuando el flamante corredor fue a cobrarle halló al padre y deudor en pleno velatorio. El muchacho, que hasta llegó casi a llorar cuando se fue enterando del hecho y de ciertos detalles, estuvo casi toda la mañana en el velatorio sin atreverse a cobrar la abultada cuenta y sin ni siquiera presentarse al patrón como cobrador de la firma acreedora.

La “noche inolvidable”, desde mucho antes de cenar, la esquina de la fonda, con la escasa luz y el humo de los cigarrillos de la gran cantidad de jugadores, a los que se agregaron cinco o seis viajantes y pasajeros, parecía una cueva de “brigantes”.

Solamente estaban alumbradas las cinco o seis esquinas principales del poblado, pero con una luz tan triste y esmirriada, oprimida por la continua llovizna, que el villorrio presentaba un aspecto que no podía ser más desolador. No habiendo sillas ni mesas desocupadas, Albertini estaba apoyado en la pared mirando hacia las tinieblas de la noche. Cielo, casas y tierra parecían convertidos en un solo barrial.

De pronto apareció por la puerta abierta, como emergiendo de un pozo de barro en esa esquina sin luz, un hombre alto, en cabeza, con el portafolio en la mano. Venía embarrado de pies a cabeza y hasta el portafolio chorreaba lodo.

El hombre largó una mala palabra, tiró el portafolio al suelo y se sacó el piloto.

—¡Ésta es la gran Argentina que tenemos! —gritó, buscando con la mirada una silla o una mesa para arrojar el piloto y quedándose con él en las manos al no encontrarlas.

Uno de los viajantes dejó la mesa donde estaba jugando con otros colegas y se aproximó.

—¿Qué te pasó?

El recién llegado, no sabiendo en el primer momento qué hacer, se sacudía los bajos de los pantalones, los cuales, al igual que los zapatos, estaban literalmente cubiertos de barro hasta media pantorrilla.

—Sobre que no hay calles (porque éstas no son calles: son zanjas, barrancas, arroyos, acequias, y no calles) tampoco disponemos de luz. Y hasta no hace mucho teníamos que leer, oír y aguantar que somos una gran potencia y que ¡hasta contamos con una planta de energía atómica!

Soltó otra palabrota y añadió, gritando más:

—¡Energía atómica! ¡Cuando la realidad es que ni antes ni ahora tenemos ni una lamparita de morondanga para alumbrar estos zanjones llenos de agua que llamamos calles!

—¿Pero se puede saber qué te pasó?

—¿No lo ves? ¿Te lo tengo que decir? ¡Me caí en un foso, un pantano, qué mierda sé yo!

\*\*\*\*\*

—¡Pobre tipo! —concluyó Albertini—. Ése fue el que se levantó a hacerme el té.

—Hace mucho que no voy por allá —comentó Galenti, refiriéndose al poblacho de la anécdota—. Es parecido a Agua Amarga, y creo que pronto tampoco no figurará más que en los mapas.

—No. A mí me parece que no —advirtió el muchacho—. Pasé por Agua Amarga y tuve la impresión de que no paran allí ni los linyeras. Me dijeron que hasta don Roberto, el alemán, con su furgón y su cine ambulante, pasa de largo por Agua Amarga sin quedarse.

#### 4

Cuando empezó a clarear, Albertini todavía estaba narrando. De allí quiso telegrafiar a sus patrones pidiendo un poco de dinero “a cuenta”. Pero no había servicio telegráfico del estado, como tampoco lo había en la mayoría de esas poblaciones. Más tarde se enteró de que podía telegrafiar desde la estación ferroviaria. Pasó a Mattaldi en tren, adonde el servicio de ómnibus estaba suspendido por el mal estado de los caminos.

—A eso de las doce de la noche va a pasar un tren de carga —le dijo el jefe de la estación, al verlo preocupado y deprimido—. El de pasajeros pasará recién dentro de dos días.

Así y todo, no le fue fácil lograr la autorización para viajar en tren de carga. Tuvo que mostrar la documentación, convencerlo al jefe de que era para él una desgracia permanecer un día más en el pueblo, y debió pagar el pasaje a precio de primera clase, como se le exigía. De todos modos, le convenía mucho más que permanecer en un lugar donde ya no tenía nada que hacer. Viajó en el furgón de cola, sentado en un banco, con los guardas, tomando mate y jugando al truco.

Cuando el sol comenzó a decorar los campos y la gente del ómnibus a despabilarse ante el espectáculo siempre hermoso de un nuevo día, Albertini calló un rato y encendió otro cigarrillo. Acababan de dejar el pavimento y aparecían los saltos, los pantanos, el zangoloteo que duraría horas y horas.

Luego de echar un vistazo a los pasajeros que los acompañaban, Galenti, que no había conseguido un diario desde hacía varios días:

—Yo le hablé de Agua Amarga —dijo, de puro aburrido—, porque me acordé de algunas cosas... Pero al final son todos los mismos. Pueblos mucho más importantes: Moldes, Mackenna, Del Campillo, San Basilio. Además de todos los que usted me acaba de nombrar, no son mucho mejores. Sin contar los de otras zonas: como Las Acequias, Las Perdices, Cabrera, Pascanas y tantos otros. Donde puede tomar un buen plato de sopa no puede dormir, donde puede dormir no puede bañarse ni tiene con qué medios mandar un telegrama y a menudo ni un giro. A veces ni de teléfono se dispone para un caso de urgencia. Y si lo agarra una lluvia, de ninguna de esas poblaciones podrá salir: en ocasiones el tren pasa cada dos o tres días.

—Y a Agua Amarga ¿no fue más? —preguntó Albertini, al cabo de una pausa, aplastando el pucho sobre el piso con el pie.

El sol, recién nacido, terminaba de ocultarse tras un brumoso nubarrón en un cielo no totalmente despejado, y Galenti, levemente empañado su anterior optimismo, miraba a la lejanía melancólicamente.

—Creo que se lo dije los otros días: no fui ni pienso ir más —contestó distraído, pensando casi a la vez que no sería raro que se quedaran empantanados entre Del Campillo y Mackenna, pues no le agradaba el aspecto de los caminos.

—No terminó de contarme la historia —repuso el viajante joven—. Quedamos donde la chica, *Pajarito*, estaba contenta porque en esos días cumplía veintidós años y haría de su vida lo que se le antojase. ¿Qué pasó con ella, que se bañaba en la casa del farmacéutico? ¿Se convirtió en su hembra o, dueña de su vida y de su cuerpo, entre milonga y milonga, se hizo una vulgar rea? Es decir...

Sonriente y excitado, Albertini prosiguió hablando, y de tal manera que su compañero lo miró como preguntándose si esos desatinos eran dichos en serio o en broma. Volvió a mirar el paisaje, más gris que momentos antes, sin ganas de conversar, y menos con un interlocutor como el que tenía al lado. Su narración, empero, no había sido terminada. Y, después de todo, Albertini no era ni más ni menos idiota que él cuando tenía veinte años. Además, el tiempo sobraba y



era necesario hacer algo, aunque más no fuera para distraerse de esta incesante zarabanda que continuaría hasta casi llegar a Río Cuarto, si es que llegaban...

—Usted parece no darle importancia al rengo Peñaloza —comentó Galenti—. El rengo tuvo en el asunto un papel importantísimo. No olvide la cachetada que le dio la maestra en la escuela y que, por otra parte, ella le gustó y lo trastornó desde el primer momento.

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

## VIII

### 1

Las blancas y delicadas carnes de Anita y su bofetada fueron para Peñaloza dos ardientes y muy distintos latigazos que conmovieron su organismo y su existencia.

Estos profundos sacudimientos de todo su ser eran muy diferentes del arrobamiento que le produjera la maestra al bajar del ómnibus el día de su llegada y que lo había como engualichado. Tal sentimiento, aunque aparentemente dormido, aún persistía en el alma del hombre, pero como telón de fondo, como detrás de una bruma que él no quería ni se atrevía a desgarrar. Dijérase que más allá de sus quemantes latigazos de deseo, odio y vergüenza vivía en su interior otra mujer que no tenía nada que ver con la maestra del bofetón y que a veces confundía y desorientaba a Peñaloza en su interminable tortura.

Y cuando vio a *Pajarito* en la farmacia mostrándole la pierna a Rivera, su compañero de mesa, a sus sentimientos se agregó uno más, que hasta ese momento no se había manifestado totalmente: los celos. Y estos celos se exacerbaron cuando supo por el chico de la botica —el hijo de doña Hermenegilda— que la “maestríta sabía ir a tomar el té a la farmacia”.

En ocasiones los hombres se complacen, quizás inconscientemente, en aumentar sus aflicciones o sus torturantes dudas escarbando más y más en sus propias heridas. O en su desesperación buscan acaso una esperanza que saben de antemano les está vedada. Y fue así que, disimulando sus desgarramientos interiores, Peñaloza se acercó a doña Hermenegilda.

Ésta se hallaba visitando a la *India*, quien se encontraba en cama; y el cojo dejó escapar, como al descuido y ambiguamente:

—¿Y la maestra?... ¿Qué me dice de la maestra de Río Cuarto?

Regordeta y morena, hecha un ovillo en el sucio cajón que le servía de asiento, con un pañuelo cubriéndole la cabeza, doña Hermenegilda lo miró un instante, sin contestar. Hacía la limpieza de la casa de Rivera y le lavaba la ropa.

—No sé... Hace días que no la veo. ¿Oyó cómo le dicen: *cabeza de urraca*? Pero vean los peinados que estas mocosas nos traen de las ciudades.

—¿Mocosa?... —dejó escapar Peñaloza, chispeante la mirada y con miedo de que dejara de hablar o dijese algo que confirmara sus sospechas.

—No sé... Se la ve tan chiquita, tan delicadita. Parece buena, la chica. Ahora se ha hecho muy amiga de Riverita. ¡Este pobre Riverita ya no tiene solución! ¡Va pa solterón nomá!... Un día le dije: tan solitario y tantos libro: ¿por qué no siguió pa' cura? ¡JaJaJa!...

Cortando una brevísima pausa, la humilde mujer añadió:

—Ayí andan los do muy amigo y conversadore. Yo los veo poco. Pero el Juancho dice que va a tomar el té y que hasta se bañó los otro día en la farmacia.

—¿Se bañó en la farmacia... la maestra? —y la garganta de Peñaloza, reseca, se le cerraba, haciéndole sentir como si el aire del rancho fuese poco para él.

—Bueno, se ha hecho tarde y me voy —se levantó doña Hermenegilda—. Sí —volvióse nuevamente a Peñaloza, que estaba de pie frente a la cama matrimonial donde se marchitaba y padecía silenciosamente la *India*—. Me lo dijo el Juancho...

La vieja palmeó cariñosamente el hombro de la resignada enferma, que no había hablado, después de prometerle que al día siguiente vendría a darle “otra manito” y le mandaría un poco de comida. Y se marchó sin saludar al rengo. Pero éste, como si muchas cosas hubieran quedado sin decirse y como si doña Hermenegilda llevase en sí algo de *Pajarito*, no tardó en salir detrás de ella, pegando un muletazo a uno de los cuzcos, que se le cruzó en el camino y que largó un grito.

¿Podía dudar ahora?

## 2

La fiesta del pueblo de Agua Amarga –fiesta religiosa que coincidía casi todos los años con la terminación de las clases– era famosa veinte y hasta treinta años atrás. Agua Amarga cobraba una animación excepcional. Gringos, gallegos y paisanos de muchas leguas a la redonda. La plaza y las inmediaciones de la iglesia convertidas en una verdadera feria y romería con sus toldos, sus boliches improvisados, sus carpas. Parrilladas. Naranjas y bananas. Ventas de bebidas, estampas de santos, estatuitas de la Virgen protectora del vecindario. Y la festividad, que duraba a veces dos y hasta tres días, dejaba en las gentes hechos y argumentos para conversar todo un año. El baile se hacía en uno de los grandes galpones de la estación. Y la banda no sólo animaba la danza sino que recorría las calles durante toda la primera jornada deteniéndose y tocando sendas marchas frente a la comuna, la comisaría y los negocios más importantes. Y en casi todas partes convidaban a los músicos con buenas copas de cerveza o vermut.

Con el tiempo, y a medida que la conmemoración de la fiesta declinaba, la banda fue sustituida por una orquesta y el baile se realizaba en el salón de la Sociedad Italiana. Este salón era suficiente para albergar y animar a la gente que acudía, sumamente poca en comparación con la que, años antes, iba a los memorables festejos del galpón, los cuales tenían algo de grandioso, de apoteótico y a la vez de salvaje.

Pocos años más, y la Sociedad Italiana dejó de existir. En su salón se instaló un negocio. Y nuevamente las fiestas se llevaron a cabo en un galpón del ferrocarril, ahora sumamente reducido por una especie de cortina o tabique de lona y alfajillas, ya que año tras año el entusiasmo y la concurrencia mermaban evidentemente.

Agua Amarga llegó a no tener cura estable, y sólo muy de tarde en tarde venía uno a decir misa, a hacer algunos bautismos y a casar algunas parejas. El clérigo abría las crujientes y pesadas puertas cubiertas de mohos y telarañas, encendía las

escasas velas, limpiaba un poco y oficiaba su misa el día de la fiesta, reconviniendo a la población por “todos sus pecados” y afirmando que el Señor castigaría algún día su poca fe dejándolos completamente desamparados.

La pequeña y vieja iglesia no quedaba muy lejos de los galpones de la estación, en uno de los cuales se efectuaba la fiesta anual. Pero antaño las pocas cuadras que los separaban dejaban prácticamente de existir: toda la abigarrada masa humana que de día iba o salía de la iglesia y a partir del atardecer se allegaba a los galpones, llenando la plaza y las carpas y boliches, formaba un solo ambiente y constituía una sola muchedumbre con extremos muy distintos. Semejaba un monstruo con dos invisibles cabezas que por momentos parecían identificarse.

—Aquí se junta lo material y lo espiritual —comentaba el farmacéutico, joven y recién llegado—. Por un lado: el arrepentimiento en unos y los goces celestiales en otros. Por el otro lado: el Dios Baco con todo su frenesí, su violencia y su sensualismo, dionisiaco o salvaje. Una parte es o parece ser la negación de la otra. Pero acá, lejos de contradecirse parecen complementarse, como si una no pudiera existir sin la otra. Diríase un monstruo fabuloso integrado por millares de pequeños monstruos y con dos cabezas por momentos invisibles: una en cada extremo y que en cierto modo se confunden e identifican, tanto física como moralmente.

Más amigo de escuchar que de conversar, y sabiéndolo a ese jovencito de anteojos parapetado tras muchas lecturas de la más diversa índole, González callaba.

Con agridulce sonrisa, terminaba el boticario:

—Debe ser por eso que lo veo tan triste y abatido al Cristo en su Cruz —y señalaba el ruidoso y enorme crucifijo, que, un tanto torcido, parecía destinado a caer de un momento a otro—. ¿No ha notado la impresión que deja al que lo mira, de que su base es frágil y de que está tan extenuado que no podrá resistir mucho más?

El joven Rivera no tardaba en añadir:

—Aunque todo puede ser imaginación mía. ¿Qué tiene que ver, por ejemplo, la fragilidad material de la madera o el hierro que lo sostiene, con el agobio, supuesto o real, de la carne y del alma del propio Cristo? Y por otra parte, ¿de qué carne y de qué alma estoy hablando si esto no es más que un símbolo? Quizás exista en mí la misma confusión de las muchachas que después de confesarse y bendecirse y acaso derramar piadosas lágrimas cristianas allí adentro, ante la Virgen, se refriegan frenéticamente con el sexo opuesto bailando tardes y noches enteras.

—El baile no es forzosamente eso —se atrevía González, convencido—. Es una distracción, un esparcimiento muy sano y en cierto modo espiritual.

—En algunos casos, no lo discuto. Pero no podrá usted negarme que después de algunas horas de baile, vienen a *completar fisiológicamente su esparcimiento espiritual* en esta propia plaza, bajo estos mismos árboles.

—Es usted terrible, Rivera.

—Yo no: la realidad, que usted no podrá ocultar. Y los ridículos o los hipócritas somos nosotros que nos empeñamos en no verla o en disfrazarla. Consulte al doctor Floresta y le dirá por qué todos los años, “casualmente” en agosto, o sea nueve meses después de las fiestas, aumenta el índice de natalidad en esta zona.

—Eso sucede y sucederá siempre con o sin bailes.

—Tenemos que fundar ese club, esa biblioteca —finalizaba Rivera desviándose del tema, si bien no de las condiciones culturales y espirituales en que vivían—. Es necesario no pudrirse enterrándonos en el guadal.

### 3

Varios planes tenía Peñaloza en relación con la maestra. Sus emociones y sus ideas no le permitían la menor vacilación en ese sentido. Y debía apresurarse ya que, terminadas las clases, ella se marcharía de un momento a otro. Pero sus sentimientos lo escaldaban de tal manera y había tal desconcierto en su mente

—máxime cuando estaba alcoholizado— que los pensamientos se le atropellaban y mezclaban pareciéndole al principio todos excelentes y terminaba, sin embargo, por rechazarlos siempre, porque no se ajustaban a la realidad inmediata, no lo satisfacían plenamente y porque la maestra, más dueña de sí misma, lo rehuía con cierta facilidad.

Muchas cosas estaban previstas en estos confusos proyectos, y no obstante hubo algo que Peñaloza ni en sueños esperaba: que la “delicada señorita” fuese al baile del galpón, donde cada año iba menos gente y, sobre todo, menos “pitucas” o “chicas bien”.

¿Y con quién iba a estar sino con el “contrera” del farmacéutico? ¿Y cómo habría hecho ella para sacarlo de su cueva de frascos y libros? ¿Cómo lo habría arrastrado al galpón a mesturarse con los negros que venían ahora: los infelices como él, el sirvientaje y el pobrerío roñoso y pulguinto de las ranchadas?

Cuando a eso de medianoche Peñaloza apareció con sus dos amigos y vio a la “señorita” bailando —o más bien “paseando” un tango porque el boticario “podrido en plata” no sabía bailar— y tan pegadita a él que parecía apoyada en su pecho, toda la sangre y los sentimientos del cojo se pusieron en movimiento como para revivir. Buscó, febril, una mesa, poco menos que gritando escandalosamente. Llamó al mozo y empezó a pedir bebidas. La muleta, las manos, los nervios y hasta los ojos dijérase que le estorbaban. Y en cuanto los músicos finalizaron la pieza atravesó todo el galpón y se les acercó para pedirles una milonga.

Lejos de la puerta del galpón —donde estuvo parado un milico toda la noche— al lado mismo de la murga encaramada sobre cuatro o cinco tablones, estaba la mesa de “ella” y de Rivera. ¡Y cómo empinaban! Con ellos había dos más: la directora de la escuela y su marido, de botas y bombachas blancas, que no le metía a la cerveza sino a la ginebra o algo parecido.

Al extremo opuesto se habían ubicado el rengo y sus dos amigos, a los que después se agregó uno más, en camiseta, con las manos en los bolsillos, el cigarrillo en la boca y una flor en la oreja.



Al entrar en el galpón Peñaloza ya había bebido. Y lo siguió haciendo con sus compañeros, de los cuales sólo Cejas, el de músculos de atleta, bailaba. Pero mucho antes de terminar el baile se aquietó, quedándose inmóvil en la silla con la muleta entre los muslos, extraviada su mirada hacia la orquesta, hacia la mesa que ocupaba la maestra o quién sabe hacia qué rumbos interiores; y soportando que ante sus propias narices y las de sus compañeros, que conocían su “aventura” con la “mosquita muerta”, pasase ella bailando y apoyada su cara en el pecho o el brazo de Rivera...

Finalmente, el rengó se marchó con uno de sus amigos y no tardaron en imitarlo los otros dos.

A esa hora restaba muy poca gente en el galpón casi en penumbra. Nadie se preocupaba de bombear los faroles, que reemplazaron a la luz eléctrica desde poco después de medianoche. El milico ya no vigilaba la puerta: comía y tomaba cerveza frente al improvisado mostrador, con un amigo integrante de la barra de Peñaloza, que había regresado al “salón de la fiesta”. Un paisano gemía y vomitaba fuera, cerca de la puerta, punto menos que en la propia jeta del representante de la autoridad. Y uno de los muchos perros que entraban y salían muy orondos del galpón, lamía y tragaba lo que el otro despedía...

Con la moribunda luz, con los pocos bailarines que impertérritos continuaban arrastrando sus alpargatas, sus zapatos o sus botas sobre la tierra, que nadie se cuidaba a la sazón de humedecer, y levantando el polvo que hacía más turbio el ambiente; con los canes olisqueando los rincones y restregando sus hocicos en el suelo; y con los músicos —un violín, un bandoneón y una guitarra, que medio dormidos proseguían ejecutando— el “salón de fiestas” presentaba un cuadro misérrimo y desolador.

Mas no lo era quizás tanto para la maestra y el farmacéutico. Habían quedado solos en la mesa y, si bien ya no bailaban, seguían conversando y mirándose: ella con una suave y extraña sonrisa, él serio y más bien parco de palabras.

Por muchos motivos, este original baile era para ella una experiencia y una aventura memorables: tal vez uno de los capítulos más importantes de su vida.

En cambio Rivera nada nuevo había visto allí. Ni siquiera era novedoso lo del gringo: como corolario de una trifulca había sido sacado con la cabeza rajada a talerazos por un criollo; éste continuó luciendo su insidiosa valentía en la calle, y al final ganó el tatuaje de un chirlo en la frente. Observando ese mundo y todo lo que en él acontecía, el farmacéutico se convenció una vez más de que la conquista del desierto no había sido una hazaña; que la victoria sobre el indio o el “salvaje” era un hecho incontrovertible; pero que la “civilización” (en nombre de la cual se había hecho todo eso) seguía siendo tan o más bárbara que la de los propios enemigos a quienes se exterminó.

Aunque en otro sentido, también para él esta noche significaba una excepcional experiencia, que seguramente no se repetiría en su vida. Y esto estaba pensando y analizando mientras Anita hablaba, cuando se presentó González, el viejo amigo de Rivera.

De saco pijama, en cabeza y sin corbata, González se aproximó a la puerta del galpón y luego de husmear estuvo por retirarse en el momento en que la voz del boticario lo detuvo:

—¡Eh, González, arrímese!

—Ni loco hubiera pensado que usted estaba aquí, y mucho menos a esta hora. Perdóneme, señorita —completó de inmediato, más seriamente—. No estoy en condiciones —señaló su ropa— de entrar en un “salón” de baile y menos habiendo damas con un amigo...

—Síntese, hombre —dijo Rivera, como si la presencia de González le reanimara—. Ella es tan distinta... que usted no se lo imagina.

González estrechó afablemente la mano de la maestra. No era la primera vez que conversaban. Cuando Anita intentó inútilmente formar una cooperadora para adquirirles guardapolvos, alpargatas y útiles a los niños más pobres, el único en presentarse a las pocas reuniones que se realizaron fue González, a pesar de no tener hijos ya que era soltero.

González explicó su intempestiva presencia y su vestimenta: había jugado un poco a los naipes, no tenía sueño, se quedó luego a conversar con un amigo y, de puro aburrido, vino finalmente a husmear al baile.

La maestra y el boticario enmudecieron un instante, después que éste invitara a su amigo a sentarse.

—Sí, de puro aburrido —adicionó González, permaneciendo de pie—. Se dará usted una idea de cómo habrá sido mi hastío para que me decidiera a echar una mirada por acá...

—Síntese, hombre —insistió Rivera.

El gesto del otro, acompañando sus últimas palabras y mirando a su alrededor y a las pocas parejas, fue tan elocuente y gráfico, que aclaró:

—Perdóneme, señorita. Quizás usted lo habrá hallado divertido y, sobre todo, pintoresco...

—Lo confirmo: nunca había estado en un baile así y la verdad es que me he entretenido.

Otro largo silencio. Entre ajumados y semidormidos, los tres músicos arrastraban pesada y morosamente los compases de un tango. La música arrastraba a su vez a unas pocas parejas que entre el polvo que se levantaba y la escasa luz a querosén arrastraban sus alpargatas y sus zapatos en un lento y turbio vaivén.

El farmacéutico pidió un vaso y cuando González se sirvió un poco de cerveza, éste salió un momento a flote de sus sombrías meditaciones.

—Ya no doy más: ésa es la verdad —confesó, como hablando consigo mismo—. Hace varios años que me lo vengo diciendo: la próxima fiesta del pueblo no me encontrará más aquí. Y ni siquiera me atrevo a repetirlo...

“No hemos tenido la suficiente ‘decisión’, ‘valentía’ o ‘inconsciencia’ para marcharnos” —rumiaba Rivera— “ni hemos sido lo suficientemente ‘aptos’ o ‘capaces’ o ‘generosos’ o ‘solidarios’ para ‘identificarnos’, ‘mezclarnos’ o ‘convivir’ con la materia humana que nos ha rodeado durante tantos años. Estamos ‘desarraiga-

dos': acaso sea ésa la palabra. Aunque ya ni las palabras nos sirven. Es necesario renovarlo todo. Hasta el diccionario. Y volver a unir lo que está separado tan trágicamente, entre nosotros los argentinos..."

—¡Por favor!... ¿Me hará tomar más todavía? —exclamó ella, con una alegre voz que contrastaba con la fúnebre actitud de González y el mutismo caviloso de Rivera cuando éste sirvió de nuevo—. ¡Me tendrá que llevar en brazos como a una criatura!

—La llevaré, si es necesario. Pero no como a una criatura. ¿No me dijo los otros días que hoy festejaría sus veintidós años?

—Así es, señor mío. Lástima que precisamente hoy no podré dormir a mis anchas y quizás ni valga la pena acostarse tan tarde...

—No se apure: el ómnibus, cuando llega, nunca llega a horario.

—De todos modos, tendré que estar levantada a las seis.

Cuando las cuatro o cinco parejas se fueron, y los músicos, calladamente, empezaron a guardar sus instrumentos, semejando bultos de sombras, muñecones de trapo, González, lamentándose de que esa noche no podría dormir por el calor se retiró deseándoles muy buena suerte en "su envidiable optimismo".

Inesperadamente, se volvió unos pasos y señalando a Rivera con el índice en un curioso gesto:

—Nunca como esta noche le reproché tanto a usted y a mí mismo —dijo— el no haber fundado aquel club, aquella biblioteca, ¿recuerda? Aunque usted no lo crea, han pasado veinte años... ¡Buenas noches, señorita!

#### 4

El calor había sido calcinante esa jornada. La tormenta se había venido aglutinando, durante toda la tarde, al sur. Dispersas nubes parecían reorganizarse

lenta y solapadamente, lo mismo que un ejército disperso y que no se propone avanzar todavía, esperando que nuevas fuerzas se les unan.

—Con esta luna es difícil que llueva —comentó Rivera al salir del galpón con Anita. De rato en rato, pequeños relámpagos chispeaban tenuemente, como detrás de remotas montañas translúcidas.

—¡Qué oscuro se ha puesto de pronto! —murmuró ella grave y suavemente, acercándose más al hombre.

—...las nubes...

—Recién se podía leer el diario —susurró Anita.

—Ya aparecerá de nuevo esa vieja bruja ataviada de novia.

Caminaban despacio, por momentos a oscuras, por las calles o remedos de aceras enharinadas por la deslumbrante claridad lejana y sin embargo tan presente y efectiva que parecía poder tocarse con los dedos.

—Supongo que me permitirá acompañarla hasta el “hotel” —dijo él, quien, como ella, decía en esas circunstancias lo que decía como podía haber dicho cualquier otra cosa, sospechando que lo de “vieja bruja ataviada de novia” no cayó bien a su amiga.

—¿A esta hora valdrá la pena acostarse?

Sin darse cuenta, o advirtiéndolo con indiferencia, pasaron por la calle que conducía a la fonda del “turco”, pero siguieron caminando lentamente, dejándola atrás.

—Jamás he tomado ni hablado tanto —confesó ella.

—Jamás he reflexionado tanto —contestó él, tal como un lejano y retardado eco.

Así, diciéndose cosas, pasaron por la farmacia, mas no por la vereda, sino por la calle blandamente guadalosa de tierra y de luna.

—Allí vive un serio señor farmacéutico a quien la gente llama “el intelectual del pueblo” —susurró la muchachita, con una indescriptible mezcla de zumbona ironía y ternura.

—El señor farmacéutico piensa que podría invitarla, muy galante o muy camarada, a entrar y tomar una copita...

—¿Otra más?

—...o a descansar. Pero al mismo tiempo no se atreve y piensa que no debe hacerlo... —reflexionó, hablando, Rivera.

—No aceptaría: me gusta caminar... así... a la ventura. Y no se olvide que son las últimas horas que estaré en el pueblito, señor farmacéutico.

Al cabo de otro silencio:

—“Serio señor farmacéutico”, “el intelectual del pueblo”, ironiza usted. Y de quien en realidad se trata es del *pobre bolichero con un guardapolvo blanco y un título universitario sumergido en los médanos*.

Ella le oprimió el brazo reprochándole esas palabras, la verdad de esas palabras o quizás pidiéndole disculpas por lo que había dicho. Tal vez él había interpretado mal su broma.

Un grave, pesado, ardiente silencio se derramaba aplastante desde el turbio cielo, contrastando con la tranquila y extraña blancura que de tanto en tanto parecía poder tocarse con los dedos.

Nuevamente a oscuras, siguieron marchando en silencio.

Anita se estremeció de pronto, y por poco lanza un grito. Mas no dijo nada y apenas lo rozó con el brazo, en el que llevaba un saquito.

—No se asuste: nos ha tocado un perro. Usted no se ha dado cuenta: nos han olfateado y casi orinado —ella rió levemente— cinco o seis perros desde que salimos del “salón de fiesta”, como dicen algunos. Y aquí tiene usted la plaza, la famosa plaza de Agua Amarga, que tanto la impresiona.

—*Impresionaba.*

—¿Ahora no?

—Quizás me he acostumbrado. Además...

—...¿Porque va acompañada?...

—Puede ser —admitió ella—. Y la verdad es que ahora todo es distinto...

—Para mí también —esbozó él, como un lejano, temeroso eco.

Entraron en el rústico bosquecillo de altísimos pinos que en una época fuera una plaza y que tanto había conturbado a la maestra las primeras veces que lo vio.

—En otros tiempos, cuando aún tenía ilusiones o al menos esperanzas, consideraba a éste el mejor lugar del pueblo. Hasta venía a leer: en invierno a la siesta, en la tibieza del sol; en verano a la sombra, al atardecer.

La jovencita se le aproximó, participando del estremecimiento de soledad de su compañero. Y cual si repentinamente un peligro la acechara desde los altísimos árboles cuyas puntas se mecían majestuosa y casi imperceptiblemente, y éstos se convirtieran otra vez en el inmenso y aterrador bosque que tanto la sobrecogía, se apoyó en el brazo amigo, estrechándolo con el suyo.

—Ese murmullo... como bosque... o de mar lejano. Es raro: no hay viento y sin embargo...

—¿Le da miedo?

—Quizás no sea ésa la palabra. Aunque ya todo ha pasado y me siento feliz.

Caminaban al azar, muy suave y dulcemente. Ella asida, casi colgada del brazo de Rivera, sintiéndose una pequeñísima cosa cobijada por algo inmenso y poderoso como un gigante, una montaña, una catedral y simultáneamente adherida a él. Inmenso y poderoso, pero triste también.

—Parecerá ridículo: pero usted, Anita, uno de esos tangos de la “guardia vieja” o ese vals vienés que pidió usted; todo eso, en química y psicológica combinación

con la cerveza, me han puesto caviloso y sentimental enfrentándome conmigo mismo y con mi propia vida. Y mis sentimientos han sido tan claros, tan terribles, que hasta he sentido temor.

Por momentos oscurecía completamente. Las nubes proseguían organizándose, cubriendo a menudo a la electrizada y electrizante luna.

La muchacha se apretó más a él. Acaso hubiera sentido Rivera, de no estar ordenando sus ideas y sentimientos para expresarlos, la sangre de Anita circulando tumultuosa por sus venas y el fuerte latir de su corazón.

—Alguien nos sigue... ¿No escuchó voces?

—No. ¿Quién puede ser? Jamás he visto esta plaza tan extrañamente desierta después de la fiesta del pueblo. Escúcheme, *Pajarito* —y el hombre se detuvo, guardando algunos segundos de silencio que a ella le parecieron partículas inmortales de vida—. ¿Quién la mandó a Agua Amarga? Una vez se lo dije por usted. Ahora se lo repito por mí.

Anita se soltó un instante de su brazo y Rivera, no sabiendo qué hacer con sus manos, se las pasó de pronto muy suavemente, casi sólo la punta de los dedos, por las mejillas, por el mentón, mientras ella, sonriendo, comenzó sin embargo a temblar como si el terror o una extraña felicidad la dominara.

—Sí, *Pajarito*: usted se puso frente a mí como un espejo mostrándome lo que soy y mi vida íntegra: mi desastroso fracaso. Esta noche me he dado cuenta de que estoy muerto, que he muerto como este pueblo maldito donde dentro de muy poco tiempo no habrá más que perros: perros flacos, sucios, sarnosos, hambrientos, feroces, devorándose los unos a los otros... como la gente misma...

El hombre había dejado caer los brazos, apoyándose en un árbol. Pero no como un vencido o un desesperado. Simplemente como un cadáver que reconoce su condición y, apática sino tranquilamente, se dispone a encender un cigarrillo, esperando que lo entierren. Es lo que hizo el farmacéutico. En tanto la maestra, después de mirarlo intensamente se estiró lo más que pudo sobre sus pies, sobre



sus piernas, sobre toda ella misma, colgándose del cuello masculino. Y apretando su mejilla contra la de él (quien tuvo que dejar caer el cigarrillo) decíale cosas que por un momento sorprendieron a su amigo. Buscó luego la boca de Rivera y no pudiendo ya hablar ninguno de los dos, se confundieron ambas respiraciones y el ardiente hálito de sus vidas.

Tantas cosas expresaba *Pajarito* con sus palabras y con todo su cuerpo pegado al suyo; la veía y la sentía él tan delicada y bella en su gracilidad; era una entrega tan total su actitud que allí, bajo los árboles y en una claridad lunar que a minutos se convertía en la más discreta sombra, pudo haber improvisado su más poético y auténtico lecho nupcial.

La más maravillosa felicidad presentida iluminó por un momento la vida y el porvenir de Rivera. Mas el tiempo fue muy fugaz.

—Puedo ser tu padre, Anita.

—Mi vida desde hoy es *mía* —dijo la joven, acurrucadita ahora, como ocultando la cara y también su cuerpo y su alma entre las manos y el pecho del hombre.

—Te vi tan inerme y desamparada cuando llegaste aquí, que me sentí hermano, padre, camarada tuyo.

—Me sentí menos desgraciada y menos sola desde el primer día, aquel horrible primer día de mi llegada. Tu delicadeza, tu discreción, ese no sé qué que salía de tu cabeza o tu persona me hizo tan bien como si hubieras lavado mi alma de ansiedad y de temores.

Ahora Rivera le acariciaba muy suavemente, apenas con las yemas de los dedos, los díscolos y cortos cabellos de su cabecita, muy dolorido, muy feliz, y temiendo al mismo tiempo de ella y de él.

—Podría ser tu padre. ¿Te das cuenta, *Pajarito*? Y te he permitido que fueras a ese galpón, te he permitido que tomaras tanta cerveza, te permito ahora mismo todo esto. Hay cosas que no se entienden, o que nos empeñamos en no entender.

—Debo irme, mi madre me espera, y me da miedo irme.

—Tienes que irte, *Pajarito*: no volver más a este muladar y construir tu porvenir sobre bases firmes, jóvenes, luminosas. El mundo debe cambiar, cambiará, estoy seguro, pero no con gente como yo.

—Tuve miedo al llegar aquí. Ahora tengo miedo de llegar a casa y... —murmuró Anita.

—En estos mismos instantes tu madre te estará esperando; tal vez no pueda dormir pensando que regresarás de un momento a otro. Y si supiera que estás sola, casi en pleno campo, con un hombre viejo y fracasado pero que todavía es capaz de cometer una vileza, se moriría de vergüenza y de horror.

Con su mano le cubrió ella la boca.

—En mis veintidós años no conocí a un ser tan delicado y noble como vos.

—Cualquier persona decente de cualquier parte; el mismo González, por ejemplo, hubiera obrado como yo; quizás mejor que yo.

—No, Rivera. Lo que yo siento no es gratitud, ni simpatía, ni camaradería. Es todo eso, y mucho más que eso agregado a un inmenso terror a la soledad y a tu propia soledad. Por fin he comprendido aquello de que “cada uno es también parte de los otros”. Y te veía tan solo en tu laboratorio, más frío y despiadado que una celda de monje, que no puedo dejarte así.

—Hasta me habrás tenido lástima.

—No, lástima no, Rivera. Toda mi sangre, todos mis deseos, todas mis ansias de mujer y mis ilusiones de niña, y a la vez todo lo que de bueno pueda sentir son para vos. ¿No te lo estoy demostrando?

Nuevamente se encaramó sobre su propio cuerpo y el del hombre tratando de hacerse comprender con sus besos, que llenaban la cara y la boca del farmacéutico.

Suavemente, él también la besó, y poco a poco fue alejándola de su cara.

—Yo también te quiero, Anita. Y creo que son tan grandes mis sentimientos, tan profundos, como los podría tener por mi madre y por una hija. Pero reflexiona un poco. Tu soledad y la miseria de todo esto, te han lastimado, y deben curarte. No digo yo, sino otros mejores que yo se enfermaron quizás para siempre. Recién nombré a González: en su juventud hasta luchó, aquí mismo, en una especie de agrupación cultural y política, por una familia humana mejor: él llama “familia” a la sociedad. Creía en el hombre, en la evolución, en la lenta aunque firme perfección de la humanidad. Eso era antes. Y acaso ahora no pueda ya curarse, como yo. Todo esto te ha lastimado, te ha enfermado, Anita; pero tienes tiempo de reponerte y salvarte. Y dentro de algunos meses o años, te acordarás con alguna amiga o con vos misma: “era divertido aquello; y el hombre, que me doblaba en edad y aún le sobraban años, era muy simpático pese a su corrosivo escepticismo y le gustaba hacer discursos cuando estaba en vena...”

Agarrándole las manos, en una doble actitud de búsqueda y de reproche, *Pajarito* volvió a apoyarse en él.

—No debes perder el ómnibus, está por aclarar —dijo Rivera, tomándola suavemente del brazo.

Sin una palabra, sonriendo o sollozando interiormente (jamás lo supo él) Anita se dejó conducir.

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

## IX

### 1

En Vicuña Mackenna el colectivo paró diez minutos y casi todos sus pasajeros bajaron: a desayunarse, a tomar “un cafecito” o a cumplir otras necesidades. El conductor y el guarda aprovecharon la tregua para cambiar una rueda y toquetear el motor, cuyo funcionamiento no había sido satisfactorio desde Del Campillo, donde unas lagunas enormes por poco los obligan a detenerse.

Reanudada la marcha, Galenti siguió su relato.

\*\*\*\*\*

...En la preparación del plan le correspondió a Cejas el deportista la parte quizás peor: ocuparse del farmacéutico anulándolo a trompadas y amarrarle a un árbol con una sogá que olvidaron llevar o se le perdió en el barullo de la pelotera y la oscuridad. Pero en la confusión, y en un tris de claridad, Peñaloza alcanzó a ver que solamente su amigo Carbalerra se las entendía con Rivera. Cejas únicamente se empeñaba en agarrar a la maestra que pateaba y mordía y rasguñaba como un gato montés. Y la primera intención del rengó fue asestarle al deportista un muletazo en la cabeza. Mas aunque lo hubiese decidido le habría sido imposible por la reciente oscuridad, esta maldita oscuridad que los envolvía nuevamente y a cada rato como un pozo. Y si al principio fue o les pareció una ventaja, ahora les hacía correr el riesgo de destrozarse entre ellos mismos.

Durante unos segundos Peñaloza intentó con el oído, con el olfato o con el instinto lo que no lograba con sus ojos. Y empuñando la muleta que temblaba en su mano, quedó completamente desorientado y con la impresión de que se hallaba entre dos fuegos. Por un lado estaba el boticario tal vez dominando a Carbale-

rra el albañil (oía las exclamaciones de los dos, sus respiraciones jadeantes, sus monosílabos) y por el otro (donde sólo se percibía ahora un forcejeo, como algo que se arrastra sobre la hierba) el cuerpo de la maestra tirado sobre los yuyos. Y sus carnes blancas, sus polleras subidas, hechas girones por la lucha y por las manos del bárbaro y corpulento Cejas, que aún no podía acomodarse porque la muchacha seguía pateando, mordiendo y rasguñando. Todo esto vio o creyó ver el cojo en un relámpago de odio, temor y deseo. Y en ese periquete en que, guiado por su vista, su oído o su imaginación iba a lanzarse sobre Cejas (sin saber qué haría con esa muleta que le ardía en la mano) alguien cayó sobre él buscándole la cabeza, la garganta. Pero las manos volvieron a alejarse en el momento en que Peñaloza oyó un crujido, un quejido corto y hondo y un cuerpo que se desploma. “Cuando el farmacéutico quiso agarrarme el cogote el otro se le vino encima y Rivera le encajó una patada en las piernas o en los...” —pensó o intuyó el rengo, quien de nuevo sintió venir a su enemigo. “A lo mejor fui un pelotudo al ordenar que nadie trajese armas”... Esta vez no le buscaron el cuello. En la leve clareza que de pronto dejó transparentar el cendal de una nube Peñaloza no alcanzó a dar un vistazo hacia donde debía estar el deportista sobre las blancas y delicadas carnes de la maestra, porque una fuerte piña del boticario le hizo sentir como si hubiese dado con la mandíbula y toda la cara contra un árbol. Y precisamente contra un árbol fue a dar tras el golpe. Mas con las espaldas en el tronco del árbol tomó impulso y le propinó un feroz muletazo a Rivera. El trastazo no acertó en la cabeza: fue en el cuello, entre la mejilla y el hombro, aunque tan poderoso que el hombre se tambaleó. Todavía se veía algo, y después del segundo garrotazo, en plena cara, el rengo logró ver al albañil que se levantaba dirigiéndose hacia donde debía estar Anita. Esta vez Rivera cayó y, luego de observarlo unos segundos, Peñaloza siguió a Carbalerra. La muchacha estaba más lejos de lo que le pareció minutos antes; a diez o acaso veinte metros de donde había caído Rivera, que seguramente no se movería por un buen rato. Siguió caminando hacia ella, pensando que hacía horas lo quemaba la impaciencia y la lujuria y sin embargo todo parecía haber empezado menos de cinco minutos antes. ¿Y qué pretendía este infeliz de Carballera adelantándosele como el otro y dejándole después una piltrafa? Todo estaba saliendo como la m... esta noche:

uno de los muchachos, el “chueco” Cuevas, había fallado; el farmacéutico no fue amarrado a un árbol como se hace en las películas de “combóis”, y lo demás se estaba haciendo al revés: “. . . y ustedes me dejan a la mina. Después se la entrego y ustedes, siguiendo el becerro, harán lo que quieran con ella”. Pero Cejas lo había mdrugado y ahora quería hacer lo mismo Carbalerra. Corría éste hacia la maestra. Corría hacia el bulto de la muchacha bajo el hombre, en el suelo. Y detrás del albañil corría el rengo; y detrás de ellos y bajo ellos los seguían sus sombras sobre la tenue luminosidad que la gasa de una nube dejaba transparentar levemente. Corría el obrero agarrándose con ambas manos el bajo vientre. Acaso no era un dolor continuo o tan intenso como para detenerlo. O seguramente lo otro —el instinto, el deseo, la blanca víctima aguardándolo quietita sobre los yuyos— era mucho más poderoso que lo demás. Mas no consiguió llegar: las enormes raíces, sobresalientes, de un árbol cuya sombra le impidió verlas, le trabó un pie y Carbalerra cayó tan violentamente que el rengo sonrió con ferocidad al oír el porrazo. “Si se le encajó el pie en la raíz a lo mejor se quebró” —se le ocurrió vagamente y con acre alegría. Y cuando Peñaloza llegó a la muchacha, con la sensación de haber lidiado contra una manada de bestias invisibles en las tinieblas, Cejas se alejaba y al parecer limpiándose las manos con algo que podía ser yuyos, quizá un pañuelo o girones de ropas arrancadas a la maestra. Y ésta no estaba totalmente de espaldas, sino con el cuerpo medio torsionado, como durmiendo o descansando, y una de las piernas desnuda hasta casi la cadera. . .

. . . Y cuando después Peñaloza se incorporó, quedó sorprendido y asustado ante la alarmante claridad, recordando por qué había dicho o discurrido que les convenían las sombras pese a todos sus inconvenientes.

Y en el momento en que Carbalerra, de pie, detrás suyo, se abalanzó a su vez a cobrar su parte con una extraña exclamación de impaciencia y ansiedad, Peñaloza se acordó del farmacéutico y aproximóse a él. Estaba boca abajo y seguramente manaba sangre de la cabeza porque logró distinguir manchas oscuras. Repentinamente espantado pasó su mano y efectivamente era sangre: sangre tibia, sangre pegajosa, sangre como la de Anita, que seguramente lo ensució

todo. Ahora se miró la mano y no sabía si era sangre del boticario, de la muchacha o de los dos. Quedó un instante inmóvil, arrodillado sobre su única pierna y el muñón de la otra, pasando nuevamente la mano pero sobre el suelo, entre la gramilla y la cara del hombre. Y también había mucha sangre, sangre viscosa y no enfriada todavía. Estos últimos días había vivido como enloquecido, era cierto. También era cierto que había chupado como pocas veces. Y que todo lo de esta noche y esta madrugada no parecía enteramente real. Pero de esta sangre que seguía saliendo, tibia y pegajosa; de este hombre que continuaba desangrándose en el suelo; de Ana que estaba a quince o veinte metros sin quejarse, sin moverse, sin defenderse, con el tercer o cuarto macho encima (¿no había fallado el “chueco” Cuevas?) no tenía la menor duda. Y un miedo cervical, que abarcó desde la planta de su único pie hasta la punta de sus largos cabellos revueltos; un miedo que por un instante lo paralizó y luego lo impulsó a desaparecer inmediatamente de allí, levantó como por un resorte al cojo haciéndolo huir.

Medio saltando, medio arrastrándose, no supo cómo se encontró de pronto frente a la plaza, apoyándose en el muro, por donde tantas veces había pasado la jovencita y él una tarde la siguiera. Al echar un vistazo hacia el lugar vio al boticario en el suelo, inmóvil, y más allá, en el claro entre las sombras nítidas y negras de los árboles, yacía la maestra sola, de espaldas y desnuda hasta la mitad del vientre. El albañil también había desaparecido. Únicamente él quedaba todavía en el lugar del hecho, aunque alejándose, cada vez más espantado, con la sangre helada y el tumultuoso corazón queriéndole estallar entre el tórax y la garganta. Tal vez ningún ojo humano tuvo esta visión fantástica y pavorosa: casi arrastrándose, casi saltando, haciendo las dos cosas a la vez, bajo la alucinante claridad lunar que multiplicaba y agigantaba sus contorsiones y su horrorosa figura, el rengo y su sombra semejaban una araña monstruosa, un especie de pulpo negro que corría o intentaba correr por la vereda aferrándose a la pared y arrastrándose en un diabólico y siniestro balanceo.

No tardó en advertir que se manejaba sin la muleta. Que todo ese inaudito esfuerzo se debía a que reptaba como un reptil enfermo o una bestia herida por la falta de la muleta.



Regresó, y con tanta impaciencia, y doliéndole tanto la única pierna y las caderas, que esta vez el trayecto resultó interminable. Y el veloz transcurso del tiempo, más rápido que su temor y el galopar de su corazón, zumbaba como un viento agorero en sus oídos.

Allí, al lado de Rivera, que aparentemente no se había movido, estaba su muleta. Tuvo la fugaz idea de tocar nuevamente al ¿muerto? Mas la sospecha de que estuviese completamente frío le detuvo la mano, que ahora advertía sucia de sangre casi seca, mezclada con tierra; sangre de...

¿Y si fuese también sangre de la muchacha? ¿No estaría muriéndose también ella?...

...Y dejar la muleta allí hubiera sido su más grave error.

Desapareció finalmente por detrás de la iglesia, porque era un recorrido más corto para huir del lugar, aunque que dar un rodeo para llegar a su casa.

Faltaba poco para el alba. La plaza quedó desierta, por momentos densamente oscura, frente al agobiado crucifijo de la vieja iglesia, con el susurro de los altísimos pinos; ese susurro que a *Pajarito* le impresionaba como el grave murmullo de un mar lejano y que la sobrecogió el primer día que pasó cerca de ellos.

## 2

—¿Desde entonces no volvió más a “Tierra sucia”, como la llama usted? —preguntó Albertini cuando Galenti terminó su relato.

Dentro de pocos minutos llegarían a Río Cuarto con dos horas de atraso y el ómnibus cubierto de barro hasta el capot.

—Pasé hace varios años, con un viajante amigo que me llevó en su coche hasta Laboulaye. Cuando nos acercábamos, el villorrio estaba envuelto en un nubarrón de tierra y basuras y mi colega Vásquez se acordó a su vez del hecho.

—“Y todo quedó como si nada —concluyó Vásquez—. Rivera hizo la denuncia solamente contra el rengó, porque a los otros no pudo identificarlos pese a sus sospechas. Esta actitud se explica además por el carácter del farmacéutico, por su excesivo decoro y escrupulosidad.

“Pero no había pruebas concretas y el rengó negó. Si bien la herida del farmacéutico producida por “un objeto contundente” lo eximió a él de toda sospecha, fue acusado a su vez por Peñaloza, por “falsa denuncia”. Con todo esto salió más perjudicado Rivera que el rengó, ya que, amén de la herida, el farmacéutico quedó en la justicia con *antecedentes criminales*. Por otra parte, Peñaloza y sus compinches eran “de la causa”, y usted comprende... En cualquier otra época hubiera sido lo mismo, y con más razón en aquélla. “Hacete amigo del comisario”... Pero yo me pregunto: ¿quién la mandó a esa chica a meterse con un hombre de más de cuarenta, casi de cincuenta años?”

—“Sin refutar a mi colega y callándome con amargura todo lo que sabía —prosiguió Galenti— le pedí que diésemos una vuelta por “Tierra sucia” antes de seguir viaje.

—“Aprovecharé para comprar cigarrillos —dijo él.

“En ninguno de los dos boliches encontré las marcas que prefería. En el segundo lo convidé a tomar algo fresco, más por gentileza que por ganas de hacerlo allí. Vásquez no aceptó: indudablemente sentía, como yo, el intenso calor de ese día ventoso y pesado; y juntamente con la sed también el deseo de llegar cuanto antes a Laboulaye o a cualquier otro pueblo. No veíamos la hora de sentarnos cómodamente diez minutos y tomar algo en vasos limpios o por lo menos libres de la tierra y de las moscas que quisieran disfrutar con nosotros la cerveza o la naranjada.”

“Para llegar a la plaza tuvimos que atravesar casi todo el pueblo —contaba Galenti—. Usted no va a creer: lo cierto es que se me crisparon los nervios al ver encendidos, en pleno día, los focos de algunas calles recordando que a las once o a las doce de la noche ya no había luz en ninguna parte. Creo que en aquellos tiempos la escuelita ya no funcionaba. Hasta poco antes había una sola maestra,

que atendía la única aula en función, con muy escasos alumnos. Las calles, completamente desiertas, cubiertas de basuras, semejaban enormes zanjones donde el viento, jugando con el guadal, impedía ver nada a pocos metros de distancia. Aunque la única población que no disminuía y, por el contrario, sospechaba que debía aumentar alarmantemente era la canina, alcancé a ver un solo perro, flaco, enorme, descostillado e impresionante, atravesando la calle lentamente, como un lobo, cerca de la comisaría. En la vereda de ésta, bajo un árbol y a pesar del viento y la tierra, sentados en el alto borde había dos milicos tomando mate, con la pava entre ellos, sobre la tierra recién regada en ese lugar. Los tres únicos seres vivientes que vimos por las calles en esos pocos minutos: un perro y dos hombres...

—¿Y el farmacéutico? ¿Y González, al que le quiso vender un reloj? ¿No se llamaba González? —quiso saber el viajante más joven, mientras varios pasajeros, advirtiendo que pasaban por la Cárcel de Encausados, se ponían de pie con sus bolsos, sus paquetes o su valija en las manos.

—Espere. Déjeme contar. Llegamos a la plaza (lo mejor que tenía Agua Amarga cuando yo era un pibe) y la vimos convertida en un potrero, y llena de yuyos. Un caballo masticaba minuciosamente y los árboles, eso sí, seguían siendo impresionantes: altos, enhiestos y hermosos. De pronto le dije a mi amigo que se detuviera.

—“¿Ve aquello? —le pregunté—. ¿No le parece un hombre?

—“¡La gran pu... cha! —exclamó Vásquez—. ¡Es un tipo colgado de un árbol! ¡Un ahorcado!

“Bajamos del auto, acercándonos. Era frente a la iglesia —cuya puerta estaba casi literalmente cubierta de malezas que parecían arbustos— aunque de este lado de la plaza, hacia el centro del pueblo.

“Efectivamente: un hombre colgado de un árbol. No exactamente un hombre: sino su símbolo o como quiera llamársele. Un muñeco grotescamente hecho, aunque bien proporcionado en su tamaño natural. Y por los zapatos amarillos, el lacito negro en la corbata y el saco color de tierra, ese muñeco no era otro que

mi amigo González, quien había vivido, desde que lo conocí, con la esperanza de abandonar Agua Amarga. Por el estado del muñeco, colgado lo suficientemente alto como para que nadie pudiese alcanzarlo con facilidad, creímos advertir que no hacía mucho había sido puesto allí, o por lo menos, que no había llovido en esos días y que no había sido maltratado por los muchachos.

“Eso no interesa, como tampoco el hecho de que nosotros podíamos haber sido algunos de los primeros en verlo. Un cartelito, casi escondido entre sus pies, y aproximadamente a medio metro sobre nuestras cabezas, me afirmó en mis creencias. Sus caracteres permanecían nítidos, como escritos poco antes, con tiza roja. Y la verdad es que nunca olvidaré lo que decía:

“ÉSTE PUDO SER EL FIN DE UNO QUE,  
INEXPLICABLEMENTE,  
LOGRÓ SOBREVIVIR A ESTA CALAMIDAD”.

### 3

El ómnibus acababa de llegar a la estación terminal. Galenti ya se había puesto de pie, con el portafolio y el piloto en una mano y la pequeña valija en la otra, cuando, sonriendo acremente, refirió lo del cartelito.

Los altos edificios cercanos. La esbelta elegancia de algunos de reciente construcción. El enorme rascacielos que más allá, cerca de la plaza central, hundía su sobria estructura de hierro, cemento y cristal en el cielo purísimamente azul. El rutilante sol de la siesta que caía a pique sobre el límpido pavimento. Todo esto le hizo percibir, una vez más, que ese polvoriento y destartalado mundo de tierra sucia y moscas y miseria quedaba a sus espaldas en el tiempo y la distancia. Quedaba como a medio siglo atrás y a miles de kilómetros, y ojalá no tuviese que regresar nunca más a él. Tenía además por delante ese medio sábado y el domingo íntegro libres para descansar y conversar con sus familiares y amigos, enhebrando ideas y afectos con unos buenos mates hogareños.

No estaba alegre. Pero sentíase sano, contento, y hasta en cierto modo optimista. Y agregó, en tanto Albertini esperaba la salida de los últimos pasajeros para hacerse cargo de su enorme y problemático “baúl”:

—Cada vez que vuelvo de una gira, y más si ha sido larga, Río Cuarto me parece, si no una gran urbe por lo menos una preciosa ciudad. Y admiro a algunos muchachos de los pequeños pueblos...

—¿Cómo? ¿No decía los otros días que todo en esos pueblitos es una porquería? Antes de contestar, Galenti dejó pasar por el pasillo a una gruesa señora con una criatura en los brazos.

—Hay excepciones. En algunos pueblos existen pequeños grupos que se esfuerzan en hacer algo fundando bibliotecas, clubes, ateneos. El año pasado, en Los Cisnes, ¿lo conoce?, un pueblo tan insignificante que ni siquiera cuenta con una fonda donde comer un bife y pernoctar, un muchacho dejó el tractor en plena tarea vespertina para salir rajando en sulky hacia el pueblo. Formaba parte de un cuadro filodramático y esa noche continuaban los ensayos de una obra de Florencio Sánchez. Y yo mismo los vi actuar, pocos meses después, en un salón de La Carlota. La Carlota, al lado de Los Cisnes, es una verdadera ciudad. Y sin embargo no cuenta con un cuadro de aficionados, y tan meritorio, como tampoco lo contaba Río Cuarto hasta hace poco. Deme el portafolio, que usted apenas si podrá con el “baúl” —añadió de inmediato Galenti.

—Pero usted no me contó todo —dijo Albertini, bajando tras él—. Al fin: ¿qué pasó con la maestra y el farmacéutico? Usted los dejó tirados en la plaza, y no me contó más.

—Creí que lo sabía. Todo eso apareció en los diarios. Rivera desapareció poco después del villorrio y no supe más de su vida. Pero llegué a conversar con él al poco tiempo de lo ocurrido: estaba tan deprimido que me impresionó como un hombre acabado. En cambio González revivió al abandonar Agua Amarga: se transformó de tal manera que casi no lo reconocí cuando lo hallé de casualidad, no hace mucho, aquí en Río Cuarto. O quizás no se transformó: era el que

quería y debía realmente ser. Tenía una oficina de no sé qué, cerca de la plaza General Roca y también dirigía un periódico, una pequeña hoja, y hasta fue perseguido por defender sus ideales.

—¿Y *Pajarito*?

—Murió como un pajarito, la pobre. Como un gorrioncito que todavía no había aprendido a volar, abandonado en medio de la calle —agregó Galenti, con distinta voz—. Cuando, al amanecer, Rivera reaccionó y quiso hacer algo, ya era tarde. Le aseguro que no hubiera querido estar en su lugar. Una hemorragia había concluido con la vida de Ana un día después de haber cumplido veintidós años.

Estaban en la playa de estacionamiento, y Albertini hizo un gesto fiero y amargo, como cuando una vez, indispuerto, le hicieron tragar un té de carqueja. Vivían en dirección opuesta, y se separaron después de saludarse. Y mientras el muchacho esperaba un taxi masticaba, todavía impresionado, una pregunta que le cosquilleaba desde hacía rato y que no se atrevió a desembuchar en el momento de darse la mano: ¿tendría Galenti una hija jovencita y sería maestra?

# Carlos Mastrángelo

## El guadal crucificado

A la izquierda del conductor, en un horizonte neblinoso y gris apareció por fin el sol como una enorme úlcera en medio de un organismo agrisado y putrefacto. Luego, a medida que esférica masa de fuego se hacía más nítida y más roja, se abría paso dificultosamente entre gigantescas nubes sucias y sombrías. Los maravillosos rayos dorados no tardaron en penetrar por el flanco izquierdo del colectivo, y todo el mundo dirigió sus miradas hacia aquella admirada lejanía, donde las nubes, igual que inmensas montañas oscuras y amenazantes parecían rozarse y luego chocar entre sí produciendo un profundo estruendo prolongado y vibrante que no por lejano dejaba de oírse.

**#YoMeQuedoEnCasaLeyendo**  
**UniRío editora**

UniRío  
editora



Universidad Nacional  
de Río Cuarto

